FRAY MOCHO



"LA CHICA DEL GOLF"

N.° 715

FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 5 de enero de 1926 — Núm. 715



LA PRUEBA

Por Francois de Nion

Mi "flirt" con Arabela Linton fué brusco y trágico. La encontré durante una excursión que hice por Suiza sin objeto determinado, y en seguida trabamos conocimiento. Viajaba sola. Un te que había pedido, y que se hacía esperar, me dió motivo para ponerme a las órdenes de la linda inglesa. Gracias a mis cuidados pudo tener pronto su tostada, dorada y llena de manteca... Admirado, vi sus blancos dientes hundirse en la miga sabrosa, y hablamos.

Venía de Escocia, y se proponía durante el verano visitar los ventisqueros suizos.

Hice cuanto pude por disuadirla de su propósito de subir a Cervin, empresa de cuyos peligros dan fe las tumbas del pequeño cementerio de Zermatt.

Llegué en el curso de esta discusión a pronunciar palabras tan definitivas, que ella, fijando sus ojos claros en los míos, me preguntó:

—¿Por qué insiste usted tanto? Yo puedo arriesgar mi vida. Aparte de una hermana, que vive en Glasgow, y a la que veo muy de tarde en tarde, nadie se acuerda de mí en el mundo.

—¿Cómo puede usted decir eso?

—Porque es verdad.

—¿Y yo?

—¿Usted? Usted es un amable compañero de viaje y un notable alpinista. ¿Qué más?

Hacía ocho días que viajábamos juntos, y la amaba. Le confesé mi cariño, y en nombre de este amor pretendí evitar que comprometiera una existencia que yo le suplicaba que compartiese conmigo.

Arabela palideció, y me dijo tan sólo:

—Eso está mal.

—¡Cómo! ¿Qué mal hay en que le diga que la amo? Usted sabe mi nombre, que es el de un hombre honrado y hasta bastante conocido; sabe que mi fortuna es suficiente para dos; me ha demostrado usted algo más que simpatía. ¿No tengo derecho a hablarle como acabo de hacerlo y a suplicarle que me dé la esperanza de que un día será mi mujer?

—¡Qué de prisa van ustedes los franceses! Apenas hace ocho días que nos conocemos, y ya habla usted de casamiento, es decir, de eternidad...

—La eternidad es un minuto; no se cuenta por semanas ni por días..., y ese minuto hace que la amo a usted.

—Es usted muy amable, querido Lionel...; pero no le creo.

—Póngame a prueba.

—Pues bien; marche usted y espéreme en Basilea, en el Hotel de los Tres Emperadores. Necesito..., necesito aislarme un poco para hablar a solas con mi corazón antes de contestar a usted.

Esto era casi una promesa. Me incliné, tomándole una mano, una mano un poco viril y muy bella, y salí para Basilea, donde me consumí de impaciencia, hasta que al cabo de diez días el portero me entregó un sobre bastante voluminoso. El membrete era de un hotel de Zermatt y en la viñeta se dibujaba el monte Cervin.

Lo que leí fué lo siguiente:

"Señor: Cumpliendo las órdenes de mi cliente, miss Arabela Linton, le envío adjuntas unas líneas que ella escribió para usted antes de sucumbir a consecuencia del terrible accidente de que fué víctima al querer subir al Matterhorn, en el monte Cervin. En el periódico de Lucerna que también le incluyo encontrará usted los detalles del terrible suceso. Por voluntad expresa de miss Linton, sus funerales se hicieron con la más absoluta reserva.

A sus órdenes, y en espera de su contestación, tengo el honor..."

Un recorte de papel impreso cayó del sobre: era el artículo en que se relataba el siniestro, sin dar el nombre, pero que yo adiviné cuando, en aquel fúnebre revolver de papeles, encontré, al fin, algunas líneas de Arabela:

"Le desobedecí y he recibido el castigo. Intenté la ascensión que usted quiso impedir, para probarme a mí misma que no le amaba. Ya que voy a morir, puedo decirle que me engañaba. Si usted me quiere algo, si no me ha olvidado ya, vaya a Glasgow y comunique mi muerte a mi hermana Mary, cuya dirección es ésta: Graham Park, 125. Es como si me visitara a mí. Adiós.—Arabela."

¿Para qué hablar de mi desesperación? Algunos días después me encontraba en la sombría ciudad de Escocia llamando a la puerta de una casita de campo en un barrio apartado.

Una "maid" me abrió y me hizo entrar en un salón de muebles reseda y cortinajes azules. La puerta giró suavemente... ¡Y me encontré en presencia de Arabela! Era ella misma, con sus bellos ojos flúidos, su frente ancha y pura, sus labios espirituales y bondadosos. La reconocía en los menores detalles, y quedé confundido, creyéndome en presencia de una aparición. Sin embargo, la manera de vestir era distinta: un luto riguroso envolvía de negro el elegante talle de la que me habló así:

—Ya conozco, señor Lionel, la horrible noticia que viene usted a comunicarme... y comprendo también su sorpresa al verme. La desgraciada Arabela no le había hablado de nuestro asombroso parecido. ¡Ay! Eramos gemelas.

Balbuceé, inmutado, hosco. Ella continuó:

—Me llamo Mary Linton y conozco su simpatía por mi hermana. ¿Quiere usted venir algunas veces por aquí y hablaremos de ella?

Entre el aturdimiento y el dolor, estaba yo sin fuerzas. Todas las energías de mi vida estaban destrozadas por aquel amor tan bruscamente muerto y que—en seguida tuve de esto la espantosa impresión—parecía renacer y renovarse. ¿Iba yo a amar a Mary como había amado a Arabela?

Veía a Mary todos los días; hablábamos del pasado. Le decía yo cómo había amado a Arabela; exaltaba su ingenio, su belleza, y cada una de mis palabras era un himno de amor que dirigía yo a Mary. ¿Qué más os diré? Un día—ya su luto iba siendo menos severo y el negro se iba atenuando con el malva,—un día caí a sus pies, confesándole que la amaba, que las amaba, que no creía la vida posible sin ellas. Se inclinó hacia mí, se humedecieron sus ojos, y una sonrisa entreabrió su boca:

—Ya le dije a usted, hombre voluble, que pronto olvidaría a Arabela.

—Entonces..., ¿es usted?

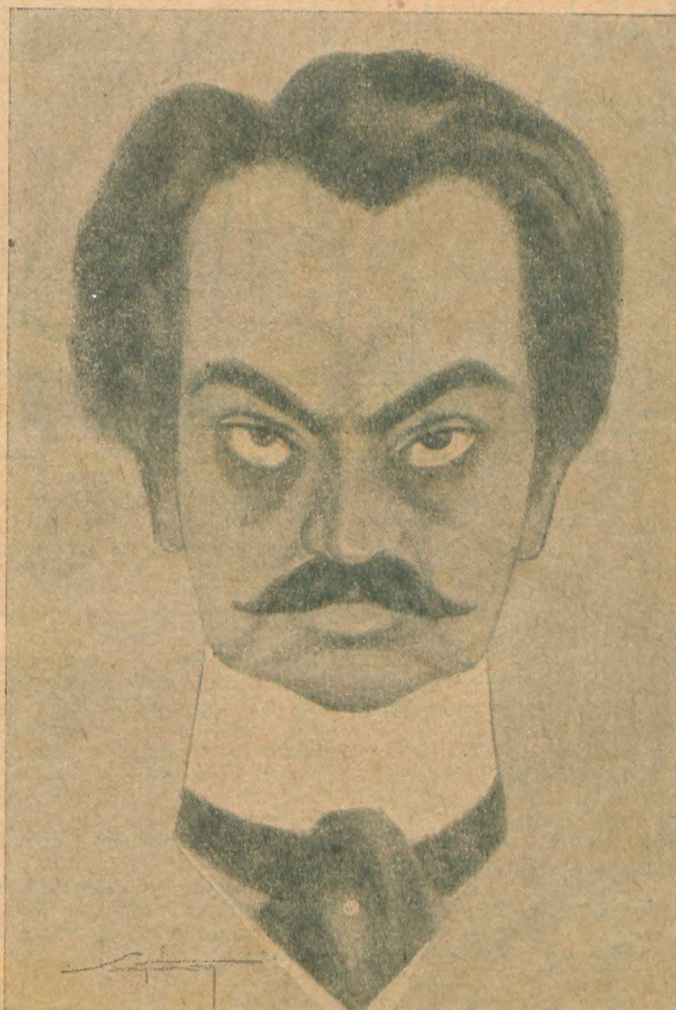
—Perdóneme este engaño, que más de una vez me he reprochado a mí misma. Conseguí del "maitre d'hôtel" de Zermatt que escribiese aquella carta y recorté de un periódico viejo el relato de un accidente. He jugado una partida arriesgada, ¿verdad?

—¿No estaba usted segura de mí?

—Estaba equivocada, puesto que es a Mary a quien usted ama ahora... Y Arabela tiene envidia de Mary...

Desde aquel día las amo a las dos... únicamente.

Caricaturas de Sanguinetti



Doctor Ricardo Rojas, recientemente elegido rector de la Universidad de Buenos Aires.



EL PARAISO PERDIDO

Por Curro Vargas

—¡Mamá, por Dios, lee pronto!—exclamó Rosario.

—¡Sí, tía; a ver qué dicen!—añadió Elena con ansiedad.

—¡Ya voy!... Pero traedme los impertinentes. Sabéis de sobra que sin ellos no veo—repuso doña Laura.

Y rectificándose, añadió:

—O si no, léelo tú, Elena; toma.

El telegrama decía:

"Dentro de una hora embarcaremos en el "Alfonso XIII". Estamos bien. Un millón de besos.—Luis y Ramón."

Las tres se quedaron silenciosas y tristes.

—Lo que hace falta—dijo doña Laura, rompiendo el silencio—es que la travesía sea feliz. ¡Y que vuelvan pronto, sobre todo! Nosotras, ya sabéis, les aguardaremos en nuestro rincón, cerca del mar...; en nuestra aldea, el hotelito está preparado. De modo que el lunes, si Dios quiere, saldremos de Madrid.

Ambas muchachas asintieron. Rosario, una venus trigueña, de ojos magníficos, le hizo unas caricias a "Thomy", su mimado "lulú"; y Elena, la rubia, blanca y espiritual, de talle ondulante y pupilas de profunda negrura, se sentó al piano y dejó correr sobre las teclas sus deditos de nácar.

Hijas únicas las dos, aunque sin madre Elena, siendo primas, eran de hecho dos hermanas, hermanas incluso en belleza, no por desemejante menos seductora.

Se habían criado juntas, se habían educado en el mismo colegio, se habían vestido de largo el mismo día, y en muchas cosas pensaban de la misma manera. Quizá lo único que rompía íntimamente ese acuerdo absoluto era una disimulada y muy mujeril rivalidad... Cuando la una ponía a sus atractivos el marco favorecedor de una "toilette" sabia, la otra, mordiéndose los labios discretamente, y a solas, ante el espejo, disponíase a eclipsar a todo trance el éxito admirativo de su competidora. Si la rubia tenía seis sombreros, la callada obsesión de la morena estribaba en tener unos más; y si era ésta la que danzaba maravillosamente, la rubia no se sentía dichosa hasta haber conseguido bailar mucho mejor...

Todo esto, sin ser bastante a hacerlas hostiles y a enfrentarlas de un modo brusco nunca, constituía, sin embargo, para ellas un motivo de agitaciones y desazones recónditas, tan recónditas como su amor propio hiperestesiado... El mutuo afecto, el cariño sincero que las unía era más fuerte, sin duda, que su rivalidad; pero esa rivalidad perduraba como una sombra inaniquilable, impalpable, invisible y... separadora. Por eso Rosario y Elena se sintieron tan felices, tan por primera vez "absolutamente" y verdaderamente hermanas en aquel paradisíaco rincón del Mediodía, bañado por el mar latino. Bosques, naturaleza de una virginidad ensoñadora y silenciosa. ¡Calma infinita, hecha luz y horizontes, que mecía el espíritu, abandonándolo con sus sortilegios al deleite de la contemplación!

Fué en un anochecer. Rosario y Elena, en la terraza del hotelito, y acodadas en un muro de ladrillo rojo, contemplaban el mar terso, como una luna de Venecia; la playa en espumosa curva fosforescente; los campos, ya en reposo; la inmensidad, sin una nube, y en el jardín frontero, unos añosos eucaliptos, cuyo aroma se confundía con el perfume de las mimosas, de las madreselvas y de los claveles...

—¿Oyes las cigarras? ¡Se han vuelto locas!—exclamó Elena.

—¡Qué delicia de anochecer! ¡Qué lejanías, qué mar, qué... lindo todo!—suspiró Rosario, bebiendo con los ojos la claridad remota de una estrella.

—¡Y nos aseguraban las de Vélez que nos íbamos a achicharrar aquí! ¿Te acuerdas lo que dijo Piedita?

—¿Han ido a Biarritz, no?

—A Biarritz irán después. Ahora están en San Sebastián.

—Sí; tres trajes cada día, el paseo en automóvil, el te, el casino, el teatro, el baile, los "flirts", lo... de siempre. Aburridísimo por eso, ¡porque es lo de siempre! ¿Te acuerdas tú de esas cosas ahora? ¡Dilo de verdad, de verdad!

—¡Te juro que no!



—¡Ni yo! ¡Esto es un paraíso!

—¡Completamente! Yo no me he sentido nunca en ninguna parte tan a gusto, tan feliz, así como sueña, tan feliz...

—Oye, ¿y tú te has fijado qué cosa tan sencilla y tan... difícil al mismo tiempo es ser feliz? ¿Qué es la felicidad?

—¡Ay, hija mía, yo la defino en el acto y sin rodeos: es hacer lo que a uno le da la realísima gana!

—¡Toda una "definición"!...

—¡Ah, no te quepa duda! El que puede hacer lo que le da la gana ¡es feliz! Nosotras, ahora mismo, ¿por qué nos sentimos tan felices?

—¡Porque hacemos lo que nos da la gana!

—¡Precisamente!—exclamó Rosario, riendo.

Y así era. En aquel nido de gaviotas, las dos frívolas podían permitirse todas las sinceridades y los abandonos en medio de un paisaje divino, pero desierto. La carretera, que huía entre sembrados, para desaparecer en un recodo; a derecha e izquierda del camino, unos hoteles de juguete, que nadie habitaba en el verano. Al borde del mar, una fonda modesta. Alrededor de la estación, de un solo andén, unas tiendecitas y la panadería: en total, treinta vecinos; gente humilde toda, sencilla y apacible en sus hábitos patriarcales. Todo lo que allí se podía hacer era... soñar, meditar y olvidar el mundo, un mundo fabulosamente huído a lo remoto.

Elena y Rosario se levantaban tarde, prolongaban todo lo posible el desayuno, leían, hacían un poco de música, hablaban o se paseaban y dormían como lirones. Pero el mayor encanto para ellas, la novedad, era su abandono. No se "vestían". Alpargatas blancas, amplios trajes-camisas de linón, nada de rizos ni ondulaciones; los cabellos, recogidos con gracia y un peine para sujetarlos. Ni carmín para los labios, ni lápiz para los ojos, ¡ni polvos de arroz siquiera!

—¡Debemos parecer unas salvajes!—decía Rosario.

—¡Como que ya lo somos!—asentía Elena.—¡Yo, al menos, me "siento" salvaje y encantada de este nuevo estado! Hay que decírselo a papá cuando regrese...

—¿Qué?...

—¡Que nos deje aquí!

—¡Para siempre!

—¡Para toda la vida!

Y así transcurrieron para las dos muchachas, elegantes y superficiales, las horas dulces y libertadoras, en aquel paraíso desierto, donde era absurda la coquetería y la rivalidad...

Una noche, sin embargo, la doncella, que había ido a echar una carta a la estación, les contó:

—Me acaban de decir en la panadería que ya no estamos solas en la aldea...

—¡A ver, habla!—interrumpieron con curiosidad Rosario y Elena.

—Sí, señoritas—prosiguió la doncella;—dicen que ha llegado a la fonda un caballero joven, muy guapo y muy rico, que es no sé qué de Banca, que ha ganado muchos millones con la guerra, y que quiere adquirir aquí terrenos para hacer un palacio y venir los inviernos...

—¿Quién será?—exclamaron a coro las "salvajes".

Y por primera vez en tanto tiempo, Elena y Rosario no hablaron casi.

—Entérate quién es.

—Procura verlo, y fíjate cómo es... —le dijo cada una, aparte y en tono confidencial, a la doncella.

Y desde ese momento se fué operando el cambio... El primer día, Elena abrió tímidamente la polvera y se pasó la borla por la cara. Rosario tardó mucho en peinarse... Al día siguiente, la "toilette" se prolongó todavía más... A los ocho días, las alpargatas y los trajes de linón habían pasado a la historia, substituyéndolos los zapatos Luis XV, de piel de gamo; las medias de seda y los "jerseys"... Ambas se espiaban y se comparaban, mirándose con el rabillo del ojo, estudiando gestos y actitudes graciosas...

Al fin, la transformación fué tan rápida y tan visible, que hubo un momento en que las dos se miraron, se contemplaron y echáronse a reír...

—¡Ay, Elena; me parece que ese forastero... te "preocupa"!

—¿A mí?... ¡Te aseguro que no; es decir..., sí; me preocupa que no tome de veras por unas campesinas! ¡Es una "confusión" desagradable; no me lo negarás!

—Tienes razón... Esa era también la preocupación mía.

Y Rosario añadió, con estudiada indiferencia:

—¡Tiene una buena figura..., alto..., moreno!... ¿Te fijaste cuando nos saludó en la playa?

—¿Quién?—preguntó Elena en un tono glacial.

—El... forastero.

—¡Ah, sí!... ¡No me acordaba! ¡Pchs, en efecto, no tiene mala figura!... Pero tú, por lo visto, lo miraste más despacio que yo...

—¿Yo?...—dijo Rosario, irónica y con despique.

La doncella vino a interrumpir el diálogo.

—¡Señoritas, ya sé más cosas del forastero!... Es de Granada, se llama don Luis, tiene cinco automóviles, está casado y...

Elena hizo un gesto agrio, de desencanto.

—¡Basta!—exclamó.—¡No nos importa ese tipo!

—Sí, Carmen; no nos interesa... ya! Anda y pregunta a qué hora es hoy la pleamar.

—¡Oye, y no nos cuentes nada del señor ese, ¿sabes?... ¡Para qué!

La doncella, confusa, hizo mutis.

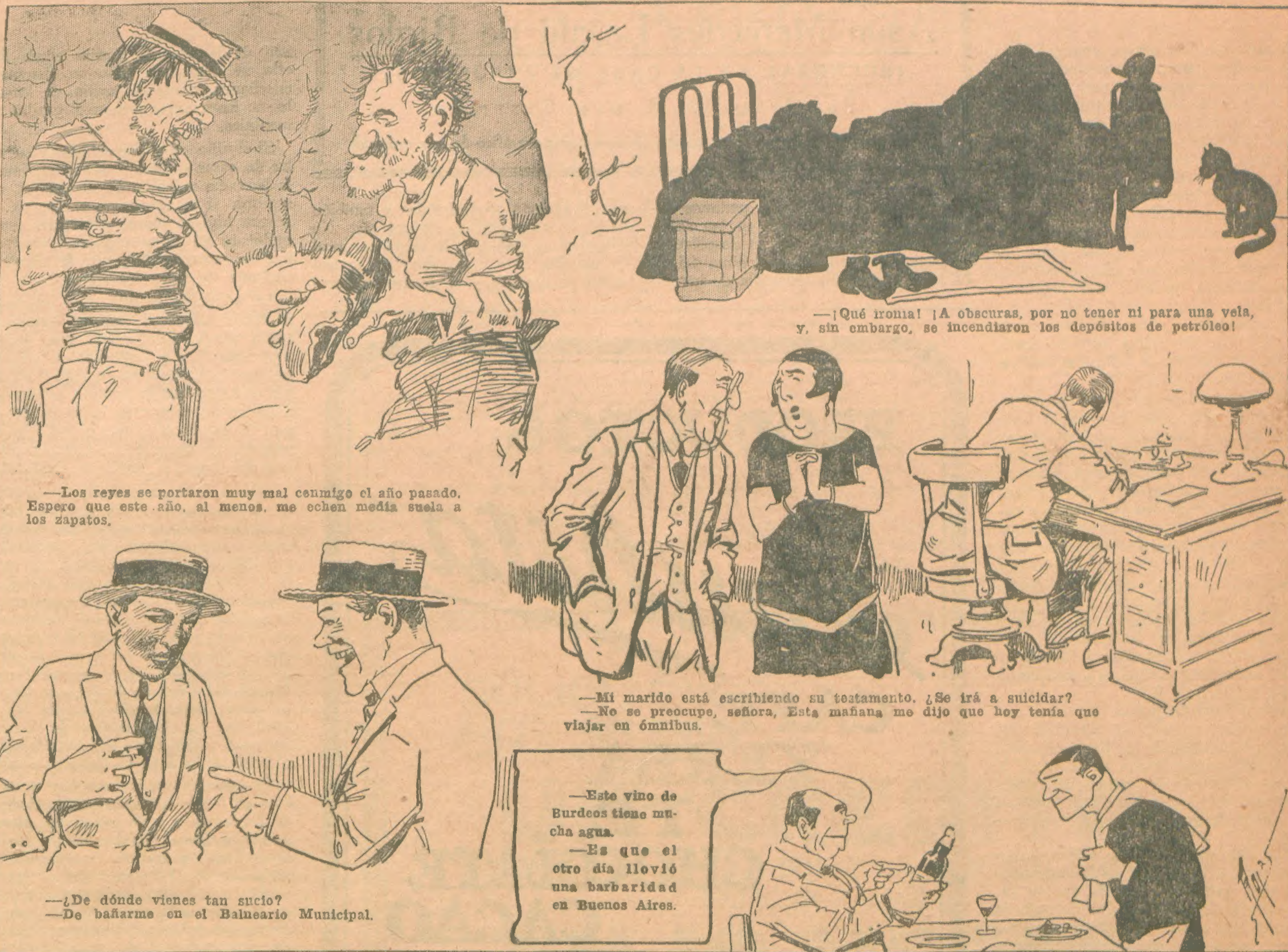
Hubo un silencio largo, muy largo.

Al fin, Elena, con una sonrisa un poco triste, fué la que habló:

—Decíamos que esto era el paraíso... ¡Pero la verdad es que no ha resultado tan paraíso! Si acaso..., ¡el paraíso perdido! ¡Tengo unas ganas de volver a Madrid!

—¡Y yo!—dijo Rosario, sonriendo también...

ASI ES LA COSA..., *por Rojas*



Eros en el convento, por José Pérez Bojart

—Hay que echar a Eros del convento—le dijo a la madre superiora el viejo capellán.

—¿Quién es Eros?—inquirió la monja.

El capellán no le contestó que era un dios. Debía respetarse el cándido monoteísmo de la esposa de Cristo. Le contestó que era un demonio, el de los pecados de la carne. Y se lo pintó, según se acostumbra, como un niño alado y travieso, más lindo que un lucero y maestro insuperable en el arte de lanzar flechas.

—Flechas tal vez envenenadas... —murmuró ella.

—Envenenadas de impurezas, de deshonestidad.

—¡Jesús, María y José! ¿Habráse visto el arrapiezo?... ¿Y dice su paternidad que hay que echarle? ¡Luego está entre nosotras!

En la faz redonda y beática de la excelente religiosa ponía el espanto una expresión casi infantil.

—Sí, madre—respondió el anciano;—está entre las siervas del Señor encomendadas a mi vigilancia espiritual; está en el convento. *Cibus ejus electus*, que dijo el Profeta.

No podía ser más explícito. El sigilo sacramental se lo vedaba. La intromisión del alado arquero había llegado a su noticia en el confesonario. No era precisamente a las monjas a quienes el intruso hacía sentir su presencia. Quienes, llenas de confusión, se declaraban turbadas por ella eran las novicias. Haciaulo—huelga decirlo—sin mentar para nada al dios, del que, como la superiora, no habían oído hablar en su vida, y les llamaban a los flechazos venenosos *tentaciones del diablo*. El capellán veía con una claridad meridiana la mano alevosa de Eros en la índole especial de las tentaciones.

—Hay que echarle—añadió—sin demora.

La monja preguntó en qué forma: si valiéndose de exorcismos, si por medio de una novena, si, tal vez, recurriendo a penitencias extraordinarias. Y el capellán le habló de esta suerte:

—Nada de eso, madre. Ni exorcismos, ni penitencias ni novenas. Dejarme a mí tomar ciertas providencias que juzgo del caso y no poner trabas, ni aun reparos, a su ejecución: helo ahí todo.

—Ya sabe su paternidad que sus medidas de buen gobierno espiritual nunca se discuten...

—Las que quiero tomar con motivo del asalto de Eros a esta santa mansión parecerán quizá arbitrarias y hasta odiosas.

—Aunque así sea, ¡Dios me libre de estorbar su fiel cumplimiento! Su paternidad, que es teólogo, conocerá a fondo las mañas del rapazuelo de las flechas y estará en el secreto de cómo se le ha de combatir. Obre, pues, su paternidad según su ciencia y su criterio.

El buen clérigo se inclinó. Luego de despedirse de la superiora, retiróse. Sus enérgicas providencias se hicieron esperar muy poco.

¡Cuán dolorosas fueron, cada una a su modo, para la superiora! A no ser por su fe en las luces y el saber del anciano, no hubiera ella consentido en la realización de aquel plan de campaña contra el rapazuelo inmortal. ¿Quién hubiera pensado que un santo y un muchacho—un pedazo de pan este último, según declaraba el sacerdote—fuesen cómplices de su intrusión y su permanencia en la casa?

El santo era San Sebastián, mártir, y el muchacho, el nieto del pobre viejecillo encargado de cuidar la huerta. El capellán, que estaba segurísimo de la complicidad de ambos—se trataba de un hecho que "se sabía de buena tinta",—fué inexorable con los dos. Al santo—una maravillosa talla patéticamente apolínea—le hizo trasladar del oratorio a una estancia apartada, donde le encerró bajo llave. Al muchacho—una especie de Dafnis rubio, tostado por el sol y ojiverde—le mandó admitido "ex abrupto" en calidad de recadero, a un convento de frailes, lo que llenó de desconsuelo al viejo hortelano, para quien el nieto lo era todo: no sólo la única familia, sino también la única ayuda como trabajador.

Apenas se cumplieron medidas tan enérgicas, las novicias dejaron de manifestarse en el confesonario turbadas por la tentación. El capellán cantó victoria. No le cabía duda de que el dios arquero había volado de la santa casa al verse sin cómplices en ella. La madre superiora, aunque le traspasaban el alma el encierro de San Sebastián y el exilio del joven rústico, respiró, tranquila, ante la alegría del sacerdote.

Pero su tranquilidad duró sólo unas cuantas horas. Aquella tarde se asomó la monjita, en uno de sus paseos por los claustros, al salón donde las novicias, con motivo de ser domingo, esperaban la noche entregadas a sus recreos predilectos. Una, rodeada de nueve o diez más, que coreaba a media voz la sagrada música, tocaba el armonio. Otra les leía a varias compañeras el martirio atroz de una santa. Otra bordaba en oro una casulla. Otra hacía ramos de rosas—subidas del jardín en una gran cesta—para engalanar los altares. No había una cuyo rostro y cuya actitud no expresasen un absoluto apartamiento de cuanto no fuese el recreo seráfico a que estaba entregada. "Todas—se dijo, edificada, la madre superiora—le están rindiendo culto al Señor".

—Eso piensas tú y piensan ellas —contestó una voz, que oyó ella sola;—pero es a mí a quien me lo rinden.

La monja volvió la cabeza hacia donde la voz había sonado. En lo alto el armonio, un hermoso niño con alas, provisto de un carcaj y un arco, presidía la fiesta.



Una visita al

Asilo Mercedes Lasala de Riglos

(SUCURSAL DE LA CASA DE EXPÓSITOS)

Por Joaquín M. del Castillo

(Véase, en las páginas de rotograbure, el complemento gráfico de esta crónica)

El asilo que nos ocupa, sucursal de la Casa de Expósitos, está destinado a niños sanos, con capacidad para ochocientos asilados de ambos sexos de dos y medio a diez años de edad.

Fué fundado por la Sociedad de Beneficencia, el 28 de marzo de 1868, desapareciendo en febrero de 1873 para dar lugar al establecimiento del Buen Pastor, y reabierto en el año 1888, inmediatamente de clausurado dicho asilo.

Es en parte, este asilo, que ocupa local propio, un sencillo y cómodo edificio, obra meditada y feliz del ingeniero Buschiazo.

Franqueando la verja de su entrada principal, luce vistoso y amplio jardín, que en ese instante lo anima el bullicio de los niños.

La mañana es luminosa y primaveral. Por todas partes vense niños y más niños, que, en actitudes varias, revelan diferentes estados de alma, debido quizá, a influencias hereditarias o atávicas que parecen manifestarse, en diversas modalidades, desde los taciturnos y esquivos a los completamente huraños, que contrastan visiblemente con los espansivos, risueños o alegres. Bulliciosos unos, juegan, corren y brincan; silenciosos otros, de pie, sentados o inmóviles, parecen como si buscaran en derredor el ala protectora que los cobije, que reclamaran en sus miradas indecisas el cariño materno que muchos jamás conocieron.

Acércanseme hermosas cabecitas rubias, de rizos negros o castaños, que clavan en mí sus pupilas llenas de vida, con la curiosidad propia de la edad. Y en sus ojitos vivos e inquietos, dulces o melancólicos, asoma toda la ingenua sinceridad de sus almitas en lenta evolución.

Más allá, algunos otros, saltan, hacen piruetas y cabriolas, y en su incesante actividad, gritan y ríen. Es que su febril movilidad forma parte integrante de su propia naturaleza. Alentemos sus juegos, pues son movimientos imprescindibles para su desarrollo corporal y signos útiles al psicólogo investigador que quiera estudiar en cierta edad del niño los fenómenos de su vida interna.

Quedóme un momento meditando ante estas bandadas de alegres gorriones, que revolotean en el jardín alrededor de los arbustos y de las flores y juntos los mayorcitos a los más pequeños, a quienes pronto inician en sus primeros aleteos. Dijérase que un ansia de vida trasunta en cada una de esas diminutas personitas y que sus risas francas, sonoras y cristalinas hicieran el efecto de un puñado de perlas al chocar sobre la bruñida superficie de un cristal, que así es el timbre de sus voces infantiles.

Bajo la radiante luz de una mañana de estío, toda esa intensa y agitada vida de tan breves instantes, ha teñido de rosa las mejillas de los niños como a esas verdes manzanitas que penden del árbol, libres del follaje y que prematuramente el sol colora.

En compañía del médico director de la casa, doctor Madrid Páez, comenzamos una excursión por el interior del establecimiento.

Todo cuanto representa en el campo de las ciencias un progreso científico para descubrir y prevenir enfermedades hereditarias en los niños, se practica con una escrupulosidad y celo encomiables. Llévase con tal fin un estado de esas investigaciones, como también de los antecedentes de la salud física y moral de los padres, datos que servirán de elementos de juicio en el sistema curativo y preventivo a adoptarse. Regístranse, en efecto, con alguna frecuencia casos de padres alcoholistas, tuberculosos, enajenados mentales y otras enfermedades calamitosas que pueden ser transmitidas a los hijos.

Vueltos los internados nuevamente a sus respectivos pabellones, pudimos observar a la mayor parte en las aulas, en cuyo medio propicio se despierta y se modela pacientemente el alma del niño bajo la vigilante custodia de hermanas del Huerto profesionales y también de jóvenes maestras diplomadas. No sólo pues, se vela por la salud corporal del asilado, sino que asimismo se alimenta su cerebro y se forma su corazón desde su más tierna edad. Para ello, se desarrolla todo un sistema de enseñanza, desde el jardín de infantes hasta los cuatro primeros grados elementales.

Si el niño, en el transcurso de su vida, ha de estar expuesto a ser víctima de la herencia mórbida de sus padres, conseguirá, si se interpone a tiempo, una severa higiene moral preventiva, en un ambiente de salud espiritual, evitar, o por lo menos atemperar, la virulencia malsana de tales influjos.

La adopción resulta otro interesante problema digno del mayor estudio. Es hasta ahora considerada una práctica muy saludable y frecuente en las amas que toman niños a su cuidado y crianza. En contacto con la familia, es donde el abandonado encuentra el verdadero hogar. Y es sin duda que el niño ha menester vivir cerca de un afecto repetido, que dulcifique y forme su carácter.

Que la infancia necesita de la caricia de la madre o de la persona que la reemplace, lo prueban con elocuencia las escenas que ordinariamente se producen con criaturas despechadas de sus amas: no encuentran consuelo sino después de algunos días. A objeto de morigerar en lo posible el dolor natural que ocasiona al niño la separación de su ama de leche, se ha creado hace ya más de un año, a iniciativa de la señora Carmen Marcó del Pont de Rodríguez Larreta, un nueva dependencia llamada "El hogar", que funciona dentro de la misma sucursal, y que tiene por objeto separar al niño de su ama al cumplir el año.

Se comenzaron las observaciones con catorce niños, tomándose anotaciones de su crecimiento y de exámenes antropométricos, como también de un régimen alimenticio progresivo cuidadosamente administrado. Esta sala está a cargo de una hermana competente, con un personal de cuidadoras elegidas. Además, algunas empleadas del establecimiento se han encargado, cada una, de frecuentar y atender a un niño, pues, las criaturas, ya lo hemos dicho, necesitan de un cariño continuado que substituya al de la madre o ama que han perdido.

En camino para alejarnos de esta hospitalaria casa, fuimos gratamente sorprendidos al cruzar extensos y anchos corredores, por largas filas de niños, separados por edades que, en perfecta formación, cortado al rape el cabello, parecíannos diminutos conscriptos, tal era el orden y la compostura que guardaban en sus marchas.

La sucursal está provista de lavaderos automáticos, secadores, sección de planchado a máquina y todo cuanto ha menester un establecimiento de esta índole para llenar las delicadas funciones de sus cotidianas faenas.

Todo, en fin, revela, en esta piadosa institución, el mayor orden y disciplina. Y la discreta reserva que llega a veces hasta los límites del más absoluto hermetismo, es humano y es noble también.

Y tal es el ambiente de salud moral y de discreta disciplina que imperan en estos establecimientos, que ocúrresenos que los encargados de practicar las diarias tareas, superiores y subordinados, no conocieron sino la bondad y el amor hacia sus semejantes, que así dulcifica el ajeno dolor el corazón humano, tanto más cuando niños tiernos e inocentes, abandonados muchos de ellos por sus padres, son los llamados a crear y robustecer esos vínculos de sanos y sinceros afectos.

El médico general y director del asilo, doctor S. Madrid Páez, quien lleva largos años en la casa, se prestó deferentemente a hacérnosla conocer con el mismo empeño y entusiasmo con que diariamente se dedica a la noble misión de velar por el cuidado y la salud de los niños.

LA SABIDURIA Y EL DESTINO

FRAGMENTO

La estatua del destino proyecta una sombra enorme sobre el valle, al cual parece inundar de tinieblas; pero esta sombra tiene contornos muy definidos para los que la miran desde la vertiente de la montaña. Nacemos en ella, es verdad; pero a muchos hombres les está permitido salir de ella; y si nuestra flaqueza o nuestros achaques nos atan hasta la muerte a las regiones sombrías, algo es ya alejarse a veces de ella con el deseo y el pensamiento. Posible es que el destino reine más rigurosamente sobre uno u otro de entre nosotros, en virtud de otras leyes aún más inexorables, más profundas y más desconocidas. Pero aun cuando nos abata bajo el peso de desgracias inmerecidas y asombrosas, aun cuando nos obligue a hacer lo que nunca hubiésemos hecho si no hubiese violentado nuestra mano, una vez ocurrida la desdicha, realizado el acto, depende de nosotros que no tenga influencia ninguna sobre lo que va a ocurrir en nuestra alma. No puede impedir, cuando hiere a un corazón de buena voluntad, que la desdicha sufrida o el error reconocido, abran en ese corazón una fuente de claridad. No puede impedir que un alma transforme cada una de sus pruebas en pensamientos, en sentimientos, en bienes inviolables. Por mucha que sea su potencia exterior, se detiene siempre cuando encuentra en el umbral uno de los guardianes silenciosos de la vida interior. Y si entonces se le permite la entrada en la morada oculta, no puede penetrar en ella sino como huésped bienhechor para reanimar la atmósfera entumecida, renovar la paz, aumentar la luz, extender la serenidad, iluminar el horizonte.

Maurice MAETERLINK.



LA APARICION

Por Serafín Adame

Cuando, franqueada la amplia puerta giratoria del restaurante, Eduardo Donier se encontró en la calle, respiró con delicia, a pleno pulmón, el aire frío de la madrugada; luego, como el "chauffeur", gorra en mano, mantuviese abierta la portezuela del automóvil, le dijo:

—Puedes retirarte... Prefiero ir a pie.

Y embozándose en la airosa capa española, a pasos lentos, paladeando el cigarrillo egipcio, avanzó por la amplia rúa.

Gustaban los treinta años de Eduardo Donier de estas caminatas nocturnas a la salida del baile o del "cabaret", saboreando el encanto de sumergirse en la obscuridad, de recorrer las calles más abandonadas y excéntricas, sólo por sentir cómo se despertaba en ellas el eco de sus pisadas, repitiéndose innúmeras veces, cual si le acecharan en cada esquina, en cada recoveco, en cada encrucijada, prestas a cruzarse en su camino. Pero aquella vez — como otras muchas en menor escala — su paseo no era sólo pueril capricho romántico, sino que se trataba de una necesidad orgánica, fisiológica.

Sí; necesitaba que la brisa despejase sus ideas; había bebido demasiado. El, recto y consciente, juzgador de la ajena conducta no podía engañarse a sí mismo al juzgar la suya; había bebido loca, insensatamente, como si desease olvidar algo, ahogar en las profundidades de su cerebro una idea triste, un pensamiento avergonzante. Pero ¿es que en su existencia frívola, ayuna de preocupaciones, existía siquiera el temor, la sombra de alguna nube que empañase su felicidad?...

Sonrió ante el proceso de su razonar. ¡Bah!... ¿Sería tonto?... Huérfano de padre desde los ocho años de edad, mimado — con exceso un tanto peligroso — por su madre, que en el único fruto de sus cortos años matrimoniales cifraba todas sus ilusiones, su vida había transcurrido en el más feliz de los ocios. Tuvo los juguetes más caros primero, las queridas más bellas y codiciadas — frágiles muñecas de placer — luego, y no existía rincón bello en el mundo que no hubiese visitado, ni gran metrópoli cuyos intrincados laberintos callejeros no conociera mejor que los naturales del país; los millones que a su muerte heredara del padre daban para todo eso y mucho más.

Cansado de viajar a través de las naciones y de las mujeres, cuando ya empezaban unas canas prematuras a prestigiar sus aladares, conservaba aún el corazón joven, puro, ingenuo, y en él sólo había hueco para un amor, sólo reinaba una mujer: su madre. Hasta que un día, en un rincón solitario del Retiro, Eduardo Donier encontró a la que el Destino le había marcado por su esposa.

La quiso, la quería. ¿Quién era?... ¡Cualquiera, lo mismo daba!... Una criatura como hay muchas, pero que para él no tenía igual; un rostro vulgar, con una naricilla respingona de graciosísima insolencia, en que él descubría ignoradas bellezas; un alma sencilla, rebosante de ternura, que le hacía [illegible]z. Lo demás, ¿qué importaba?... ¿[illegible]ué era de excelente familia y la boda podía juntar dos grandes fortunas y dos apellidos ilustres?... Bien, sí, desde luego... Pero aunque se hubiera tratado de la última de las pobres, poco se le hubiera dado a él para ligarse con ella para siempre. ¡Señor, si era "ella", la única, "la suya"!...

Dentro de dos días serían marido y mujer... La cena en el restaurante — que hasta aquella hora tan avanzada había prolongado la sobremesa — era la despedida de soltero, el adiós a aquella independencia tan bien aprovechada, que ahora iba a cambiar "por las floridas cadenas de Himeneo, las lianas ondulantes de los brazos de la esposa", como había dicho el cursi de Pepito Estrada en un brindis abortado por las ruidosas carcajadas de la "peña". ¡Dos días nada más!... ¡Pensar que sólo le separaban de ella — de ella, totalmente, plenamente suya — cuarenta y ocho horas!...

Se acentuó más su optimismo; tanto, que a un golfillo que surgió a su paso del quicio del portalón de una casona — caminaba a la sazón por los callejones

¿Trajo aquel hombre a la copla, o sirvió ella de conjuro mágico para hacerle brotar?... No lo supo el muchacho. Pero vió alzarse ante él una especie de fantasma pavoroso, a un mendigo de aspecto inquietante; y tales fuerzas le prestó el miedo, que, galvanizado todo su cuerpo en una suprema contracción, le hizo ponerse en pie de un salto.

—¿Vas a huir como un chiquillo que en el campo toma por una aparición a lo que sólo es un espantapájaros? — dijo la sombra al ver su movimiento. — No es digno de ti, Eduardo... Además, nos conocemos de antiguo, y aunque hace ya mucho tiempo, mucho, que no me ves, si te fijases un poco, tal vez me reconocieras.

A su pesar, Eduardo Donier fijó la vista en el desconocido. No estaba ya

poseedor de una gran fortuna y compañero mío de colegio; había pasado varios años en el extranjero y traía grandes proyectos, maravillosos planes. Me asoció a ellos; se hizo el íntimo, el indispensable en casa; se erigió en protector, ¿comprendes? Y un día supe que el amigo había dejado de serlo mío para convertirse en... en el más ruin y despreciable de los seres.

Como agudos alfileres traspasaban las carnes de Eduardo Donier aquellas palabras frías y crueles. Sentía que algo se desgarraba en sus entrañas; que el altar de sus ilusiones más preciadas se desmoronaba aplastándole la vida en los escombros, y que el dolor en la nuca era cada vez más intenso.

—Pude matarlos; tal vez hasta debí hacerlo — prosiguió el espectro. — Pero fuí cobarde por ti... Aquel año, los beneficios obtenidos por nuestra sociedad—resulta sarcástica la palabra, ¿verdad?, — pasaron del millón de pesetas: era la fortuna para ti, la tranquilidad de tu vida, que yo no tenía derecho a arrebatarte. Callé. Y desde entonces, cada día, hasta que llegó el ansiado de mi muerte, me iba dejando un trozo de

tortuosos cercanos al Viaducto — le dió, magnífico, un duro. Y, sin embargo, notaba nieblas en su discurrir, algo semejante a un presentimiento espantoso; le parecía que una bandada de cuervos le revoloteaba por la cabeza, y en la nuca sentía una punzada penetrante y agudísima.

Fatigado, más que de andar, de aquel dolor continuado, se dejó caer en las gradas de una iglesia. Perlaban su frente gruesos goterones de sudor, que no bastaba a evaporar el cierzo helado de aquel amanecer invernal; con ademán rápido, Eduardo Donier se desembarazó del sombrero y de la capa. A las primeras luces del alba, la inmaculada pechera y el mate azulado de las perlas de la botonadura se destacaron en el marco negro del "smoking".

Y entonces — mientras se pasaba febril por el rostro un pañuelo — fué cuando una copla, que nadie podía decir de dónde venía, rasgó el silencio:

"Que no había ninguna honrá
decía yo por la calle.
Volví la vista hacia atrás
y me encontré con mi mare...
¡De pena m'eché a llorá!...

borracho, tenía plena conciencia de cuanto le pasaba; pero aquello que veía, las facciones que cada vez con mayor claridad se destacaban en aquel rostro...

—¡Imposible! — exclamó. — ¡No eres tú, no!... Huye, déjame...

—¿Por qué? — replicó el recién llegado. — Soy yo, sí. Tu padre, el que dejó esta vida hace veintidós años, pero que ni un solo momento se ha apartado del lado tuyo desde entonces. Hubiera seguido así eternamente, te lo puedo jurar; pero has llegado a un punto peligroso, a un momento cumbre de tu vida, y es preciso, inaplazable, que yo te hable, te aconseje. Oyeme, Eduardo...

Hizo el aparecido una breve pausa, y continuó:

—Cuando yo me casé con tu madre, era un poco, muy poco, mayor que tú ahora, y ella me adoraba con un cariño hecho de admiración y de confianza ilimitada en mí. Cuando tú naciste, nuestra posición era holgada, aunque no podíamos permitirnos grandes lujos, y la felicidad nos sonreía. Pasaron unos meses, y una tarde se presentó en casa Jaime Ruzafa. Tú le has tratado hasta que murió, hará dos años. Simpático, culto, inteligente,

la honra y de la vida en los breñales del camino. Por eso he querido hablarte antes de que ligues para siempre tu vida a otra mujer; para pedirte que reflexiones te he dicho lo que tantos años de existencia terrenal y astral supe callar. Ahora, tú decide, teniendo presente que las rosadas uñas de una mujer lo mismo te acarician en voluptuoso cosquilleo que te desgarran el corazón.

Desapareció la sombra; tornó la copla a resonar, y, lejano, llegó el silbido de una máquina. Y Eduardo Donier, la cara contra los duros guijarros del suelo, sollozaba.

□

Nadie supo nunca por qué dos días antes de su matrimonio se había disparado una bala en la cabeza el joven millonario Eduardo Donier en las gradas de San Justo.

Cuadros vascos

"Sosiedá" La "Tristesa"

Por M. ARANÁZ CASTELLANOS

Pagasosabal, el *inmenso* Pagasosabal, ha convocado a sus amigos, *inmensos* también, a una reunión nocturna con carácter urgente.

Todos ellos, sin colocación, ni esperanzas de lograrla, desde hace muchísimos meses, por culpa de lo exageradamente alegres que han sido, y de las *machadas* con que han escandalizado constantemente al pueblo todo, vienen abundando en el firme propósito, para solucionar sus respectivas situaciones y encontrar un rincón donde ganarse el *cosido*, de cambiar rotundamente de *conduta* y adquirir renombre de tristes, en vez de la famita, tan completamente distinta, que ahora, por desgracia, *disfrutan* los muy equivocados.

El lugar de la reunión, en una noche de octubre, lluviosa y desapacible como ninguna, lo ha fijado también el *inmenso* Pagasosabal. La Agencia Funeraria, donde un amigo de todos ellos, hombre verdaderamente fúnebre y tristón, lleva los libros. No hay allí, como en los cafés y en las tabernas, obligación de tomar nada, y los avisos de cajas o coronas suelen ser por teléfono.

—Más tranquilos, ni en el *sentro* del desierto.

Pagasosabal llega el primero, saluda con una sonrisa que parece de pésame, al amigo tenedor, atareadísimo entonces con las cuentas de tres entierros que han tenido aquel día, y, después de encender un pitillo en la lámpara de aceite que cuelga en el escaparate, se sienta sobre unos ataúdes cercanos a la mesa de trabajo. Poco a poco, y saludando con igual sonrisa que Pagasosabal, sus demás antiguos compañeros de juerga, y hoy de cesantía inacabable, van llegando a la cita. Ninguno de ellos, ninguno, admiradores todos de Pagasosabal, a quien tienen gran respeto, pregunta el objeto de la reunión ni demuestra impaciencia por conocerlo, cosa con la que, desde luego, dejarían ya traslucir alguna alegría, alguna esperanza, un poquitín de ilusión.

—Vos he *convocao*—dice Pagasosabal, luego de aguardar en silencio diez minutos—*pa esponervos* un *proyeto* de *sosiedá* triste, que se *compatise* con el *caráter* funerario y *aborresido* de vivir que *forsosamente* nos tenemos que acreditar *pa* en adelante.

—Bien—asienten lacónicamente todos los convocados.

—Como base *prinsipal pa* atender a los gastos *sosiales*, he *pensao*, si vos *paresé*, que nos podríamos llevar todos cuenta de las personas *conosidas* nuestras que se pongan graves, y que, cuando ya estén *pa* estirarla, les comprometamos a las familias *pa* que nos encarguen la *publicasión* de esquelas. El veinte por *siento* del *presio* me han dicho que dan de comisión en los periódicos.

—Bien—repiten los oyentes.—Bien.

—La idea ésta, como *comprenderáis*, no es *resiente*, y he *madurao muchismo*. Me se ocurrió en la primavera; pero he querido aguardarme hasta el invierno, porque ahora es cuando se *empiesan* de *verdá* los enfermos. La Caja *sosial*, en el verano, se habría *prinsipiao* con *défisit*.

—Bien.

—Me opino, pues, que la fecha *pa* la *costitusión ofisial* de la *sociedá*, y *pa* la *selebrasión* del banquete con que siempre se *inaguran* estas cosas, debemos dejar fijada *pa* el *prósimo* día de Difuntos.

—Bien. Bien.

—Nos iremos *trempanito* a Vista-Alegre, *pa haserle* una visita detenida al *sementerio*, y en algún chacolí de aquellos *sercanos* nos haremos luego la apertura, encargando con *antisipasión* chipirones en su tinta, que son el plato más triste por el luto que siempre tienen.

—¿Y trigo?—se atreve a preguntar uno.

—Ya me tengo *solusionao*. En estos tres o cuatro días van a morir dos *conosidos*, y la viuda del que se caerá primero, y el hermano del que está mejor, me han prometido ya el *anunsio pa El Notisiero, La Gaseta* y *Euskadi*. Esquelas chiquitas son, pero en total, treinta pesetas se suman *pa* nosotros.

—¡Más tendremos!—grita una voz.

—¿Pues?...

—¡Dos también me *conosco* yo que están *pa* morir pronto!

—¡Y yo otro!

—¡Y yo!

Pagasosabal sonríe macabramente, y, mirando con honda satisfacción a su auditorio, afirma:

—Cuando yo vos *desía* antes... Un *asierto* ha sido el esperarme hasta ahora. En primavera, un fracaso seguro.

Luego, sacando con majestad unas cuartillas, lee solemnemente el reglamento porque se ha de regir la *Sosiedá* La *Tristesa*, título que también queda aprobado por unanimidad. Entre los artículos hay varios que merecen copiarse:

"Artículo *siete*. Será inmediatamente *espulsao* de la *Sosiedá* el *sosio* que, *pa* conseguirse una esquela, *fasilitaría* algún veneno, algún *istrumento* criminal, o alguna martingala que le haga morirse involuntariamente al que Dios no le tenga *señalao*. Está consentido, sin embargo, el *felisitarles* a los médicos cuando resuelvan los casos dudosos en favor de esta *entidá*, y hasta nombrarles *sosios* honorarios a los que pasen de *sierto* número de *defunsiones*."

"Artículo *onse*. Cuando la *Sosiedá* disponga de bastantes fondos, se procurará dar *conferensias*, invitando *pa* ello al preso más *condenao* de la *cársel*, al verdugo de Burgos, que es el que nos corresponde, a algún guardia *munisipal*, que también es una cosa triste, y a varias otras personalidades y representantes de las *fuersas muertas*."

"Artículo *diesiocho*. En el *domisilio sosial* se instalará, lo primero de todo, una *espesie* de oratorio, pero *pa* beber sólo, *alvirtiéndose* que las *moscorros* que se pesquen tienen que ser tristes. Los *sosios* que las amarrarían alegres, incurrirán en multa *proporsional*."

El timbre del teléfono repiquetea entonces. Ha fallecido de repente el señor X, un minero adinerado, y piden desde la casa el muestrario de ataúdes. Los más caros, por supuesto.

—¿*Aprobao* todo?—pregunta Pagasosabal, tembloroso y precipitado.

—¡*Aprobao!*—replican a coro sus amigos.—¡*Aprobao!*

Y con una repentina animación en los semblantes, enfúndanse todos en sus impermeables, requieren los paraguas, encasquétanse los sombreros y boinas, y desfilan hacia la calle.

En uno de los diarios de la prensa local aparece al día siguiente del de Difuntos la siguiente noticia:

"*Cincuenta y seis pesetas de coñac.*—Cierto individuo llamado Pagasosabal, presidente de una Sociedad recientemente constituída con el título La *Tristesa*, y otros cinco amigos y socios suyos, fueron curados anoche en la Casa de Socorro de contusiones diversas, todas ellas de pronóstico reservado, que se ocasionaron, ya muy entrada la noche, al caer por un terraplén con la carroza fúnebre en que venían alborotando desde el Cementerio de Vista-Alegre.

Los *tristes*, a quienes hubo que dar amoníaco en respetables dosis, antes de proceder a su curación, han puesto *mingo* en lo de comer y beber en grande. Solamente en coñac para acompañarse el café, según confesó el presidente Pagasosabal, habían gastado *cincuenta y seis pesetas*.

Todos los distinguidos miembros de la *Sosiedá* La *Tristesa*, cuyos estatutos impresos constan en el Gobierno civil, figurando como fin social "la *preparasión* conveniente *pa* la vida eterna", han sido denunciados por escandalosos, y, en cuanto se alivien, cumplirán quincena. De lo que ayer hicieron por las cercanías del cementerio, a pesar de que aseguraban estar muy tristes, se cuentan horrores. Tantos, que la naciente Sociedad, en evitación de mayores alborotos, ha quedado disuelta por orden gubernativa.

R. I. P."

El paño escarlata

(Del libro "La flecha en el vacío", recientemente aparecido)

Como Job he surgido con una vida nueva
que dejó los oprobios y la carga fatal,
como Job he cubierto mis tristes desnudeces
y he curado las llagas de mi carne mortal.

Fuí como un necio tronco cubierto de raíces,
mis ojos fueron sombras e inútiles mis manos;
y olvidé la serena beatitud del Señor,
sin pensar que mis flores crecían en pantanos.

Hice de indiferencias un enorme tesoro,
escuché las canciones de mi carne, que luego
se tornaron audaces, con un valor antiguo;
y el dolor me buscaba con su punta de fuego.

Y llegaron unidas la Pasión y la Duda...
y a mi puerta golpeaba insistente el Olvido;
mientras yo, flagelando con deleite mi cuerpo,
me entregaba al recuerdo de las cosas que han sido.

Viajé como un albatros por mares indecisos,
me hizo señas cordiales alguna vez la muerte,
crucé por los caminos como un tahur, jugando
la esperanza perdida que se fué con la suerte.

Como un tahur que tiene la conciencia del robo
y sin embargo apunta con su moneda falsa,
como un viajero loco que se arriesga en la vida
sobre los carcomidos maderos de su balsa.

Me sentí sacerdote de un ideal imposible,
señor en la miseria de un pequeño universo,
mas fuí en verdad apóstol bajo el paño escarlata,
que formaba mi sangre, resguardando mi verso.

Ricardo GUTIERREZ.

El retrato que me piden...

Señora: me habéis pedido un retrato. Os manifestáis enterada de mí por mi alma y queréis conocerme por mi físico. Idea muy mala, señora, que os reprocho, pero cumplo y digo que os diré verdad. Si halláis simpático este retrato, pensad que puede ser feo. No por ello, sin embargo, forméis idea de que no hubo mujer que me amase...

El retrato, señora, es este:

Estatura, regular. Andar, sereno; lento. Las manos con el hábito de meterse en los bolsillos del saco. La frente, vencida y protegida por el ala ancha del sombrero... Los ojos, taciturnos como si vivieren prendidos al mirar de aquellos otros ojos pardos que una vez, entornados y tristes, consiguieron aprisionarle toda su alegría... Medio metida la barbilla entre el alto cuello de blanquísima tela que abre sus dos picos hacia el pecho limitando el grueso nudo de mi corbata negra. Negro, también, el traje. Abundoso el cabello, rebelde el mechón del lado izquierdo que cae como un interrogante sobre la frente, amplia ésta. Fuerte el mentón y labios carnosos, empeñados en singularizar el gesto impertinente de un niño rezongón... Nariz discreta y los ojos, pardos y más bien grandes, pretenden atenuar la tristeza de tanto querer que sale del alma, con un reflejo del optimismo de su esperanza. Y sobre los ojos así sombríos, cejas tupidas y desordenadas. Aunque grueso, pálido. El pensamiento, siempre lejos de lo próximo..."

Tal soy, señora. Tenéis referencias, lo dice vuestra carta, de mi retrato interior. Lo confirmo porque sin él no habría, en mi caso, retrato exterior. Cuidemos ahora, señora, la ilusión de nuestra piadosa credulidad... Sois generosa; soy leal. Miradme sin rencor, señora, por haber provocado cariño en una mujer que es otra mujer... Creí hacer bien, e hice mal. Pero debo deciros, señora, que no me siento por ello responsable; la quise por quererla, porque me miró, porque sonrió al mirarme... Entonces ignoraba yo que el mucho querer es triste; y bien por el contrario suponía, por así haberlo oído a un poeta, que en el amor iba la alegría...

Complementad ahora el diseño de mi retrato moral y no supongáis mi tristeza a desengaño... ¡Credulidad rara y porfiada la mía! ¡Si creo ser triste por bien querer y bien querido!

Señora: ahí tenéis "a vuelta de correo", como manifestáis desearlo, el envío. Ya le habéis visto. Aproximadle ahora a la lumbre y que arda en llamita azulada, con ondulación tenue, ligera y también ella triste, como quisiera ver arder toda mi vida, con bagaje de penas y esperanzas...

Félix Esteban CICHERO.

CURIOSIDADES

Las jóvenes de la tribu de los Kachins, de Birmania, llevan el cabello rizado como indicación de que se hallan solteras. Al cambiar de estado renuncian a la ondulación.

* * *

En Australia abundan las mariposas, y los aborígenes las cazan, les quitan las alas, prensan los cuerpos formando tortas que, después de cocidas al horno, se comen con fruición, pues lo consideran manjar exquisito.

* * *

En la antigüedad se creía en Inglaterra que el enfermo de escrófulas a quien tocaba un rey con la mano se curaba en seguida.

* * *

Consiste una nueva invención para el salvamento de buques en un electroimán que pesa cerca de siete toneladas, que se echa al agua, y cuando toca el casco náufrago se electriza, adhiriéndose a él y permitiendo así levantarlo del sitio en que yace.

* * *

La anguila eléctrica es el más poderoso de todos los peces eléctricos. Su descarga de flúido es suficiente, en la mayor parte de los casos, para dar muerte a su presa o para dejar momentáneamente paralizados a un hombre o a un animal de gran tamaño.

* * *

Un ejemplar de la primera edición de la Biblia se ha vendido hace poco en Londres por el precio de 670 libras esterlinas.

Antes de las edades de hierro y de bronce los hombres se afeitaban, y los instrumentos que empleaban para rasurarse eran pedernales y huesos muy afilados.

* * *

Las autoridades danesas se proponen publicar un diario para los huéspedes de las prisiones. Se considera que les perjudica el tenerles en perfecta ignorancia de todo lo que pasa en el mundo exterior.

* * *

No hace mucho se pescó un tiburón cerca de Cardiff que tenía dentro siete tiburones pequeños, hasta de 80 centímetros de largo, que se había comido en pocas horas.

* * *

Los japoneses son muy hábiles pirotécnicos. Cuando el príncipe heredero del Japón regresó de su viaje por Europa se le recibió con magníficas fiestas, en las que se hizo profusión de fuegos artificiales. Algunas de las piezas quemadas valían 750 francos, y los petardos medían 13 centímetros de diámetro. La luz que producían era tal, que permitía leer un diario en un radio de seis kilómetros y medio.

* * *

Los coreanos inventaron la brújula y fué el primer pueblo que empleó el esmalte en la cerámica. Ellos introdujeron en el Japón la carpintería y la arquitectura, y fueron los que primero sobresalieron en la fabricación de la seda.

HISTORIA FRIVOLA

Por Sara Insúa

Laura había tenido una tragedia sentimental. Un amor desgraciado, del cual hizo un culto, que consumió estérilmente seis años de su vida. Pero cumplió veinticinco... Nada ni nadie había podido transponer la muralla de dolor que rodeaba su corazón. Los cinco lustros, anunciándole el próximo declive de la juventud, la hicieron reaccionar. Su voluntad, tanto tiempo adormecida, se alzó, potente, de un solo impulso, y en la existencia de Laura hubo una mutación radical.

Los vestidos sobrios, casi monacales, se trocaron en modelitos audaces, que hacían resaltar los encantos de su figura. La sonrisa pálida fué roja y provocativa, las pupilas tristes tuvieron un brillo de *kool* y la mirada huraña se hizo acogedora, prometedora.

Pero Laura no empezaba a vivir, *revivía*, y revivía gracias a un enorme esfuerzo de su voluntad. Las cándidas ilusiones de la adolescencia habían quedado sepultadas bajo los escombros del gran derrumbamiento de un alma, y con ella, las intenciones buenas. No confiaba ya en el amor; esperaba encontrar un goce ficticio en el *flirt*.

No se equivocaba. Su vida mundana fué desde un principio *afortunada*. Sentía la admiración en torno suyo y utilizaba cuanto podía esta admiración. Los hombres eran en sus manos obedientes autómatas. Los manejaba hábilmente, reservándose todas las ventajas. Atraía y animaba al adorador con las promesas vagas de sus ojos sabios, pero sin que alcanzase de ella nada concreto. Esquivaba todo lo que pudiese semejarse a declaración, y no se encontró nunca en situaciones difíciles. Cesaba en su gracia un admirador, la concedía a otro, sin que el primero pudiese emitir una sola queja ni dejase de seguir admirándola profundamente desde el segundo y tercer lugar a que quedaba relegado. Laura era, en fin, una *virtuosa* del *flirt*. Del *flirt* de buen tono.

Mas he aquí que aconteció algo imprevisto. Laura tenía una amiga. Una criatura sin relieve y sin gracia, que no podía restarla triunfos. Fué, pues, grande su sorpresa cuando descubrió que *flirteaba*. Y el *flirt* de su insignificante amiguita *estaba bien*. Era un hombre alto, guapo y que, a pesar de ser ligeramente grueso, usaba unas americanas maravillosamente cortadas. Era, además, simpático y correcto y tenía un nombre un poco romántico, pero bonito: Gerardo. A Laura no le habría desagradado lucirlo algunas tardes en el partido o en las carreras, y se dijo: "No puede ser. ¿Cómo va a gustarle Anita más que yo? Quizá se acerca por mí." Y trató de averiguarlo.

Se mezcló en las conversaciones de Anita y Gerardo, y advirtió que a éste no parecía molestarle. Pronto fué ella la que llevó la voz cantante y Anita la que quedó en segundo lugar. Pero no eliminada. Gerardo tenía una mirada larga y profunda para Laura, y para Anita, unas frases en la que también podría haber profundidad. Por primera vez en su vida mundana se encontró Laura ante una duda. No sabía si le gustaba a aquel hombre. Y más que el deseo de gustarla, le acometió una curiosidad irresistible: "Seguramente, nada—se decía también;— son figuraciones mías. Bien; pero ¿y aquellas presiones prolongadas de su mano, y aquella mirada fija en ella, aun hablando con "la otra"? Laura estaba desconcertada. A veces decidía abandonar la empresa. La dichosa curiosidad se lo impedía.

Una circunstancia feliz trajo probabilidades de que Laura descubriese la verdadera inclinación de Gerardo. Anita marchó fuera. Habían destinado a su padre a una provincia del Norte. Gerardo se quedó perfectamente tranquilo. Buena señal. No pidió la dirección de la ausente, y en sus conversaciones con Laura—pues siguió acercándosele—apenas si la nombraba. No obstante, Laura no adquiría una certidumbre satisfactoria. La actitud de Gerardo era siempre ambigua. En ocasiones, parecía que su simpatía por Laura era completamente camaraderil. Y Laura seguía consumiéndose de curiosidad.

Tuvo una idea. Aparecer un buen día *con novio*, a ver *qué cara* ponía Gerardo. Sólo en un caso habría aceptado Laura las molestias y las consecuencias posiblemente desagradables de un noviazgo. Pues bien: fué inútil; cuando Gerardo oyó de labios de Laura aquel: "Tengo novio", permaneció imperturbable. Era suficiente para que Laura se convenciese de que no le interesaba en absoluto, y se convenció de primera intención. De primera intención nada más, porque no desaparecieron en Gerardo los indicios desconcertantes. Observaba en él detalles que alejaban la idea de la camaradería. Ahora bien; en cuanto ella intentaba llevarle a un terreno algo menos incierto, se encontraba frente a un muro impenetrable.

Según Laura, al saber Gerardo que tenía novio, debió haber tomado cualquiera de estas tres determinaciones: desbancar al adorador correspondido, despreciarla a ella—por coqueta— o bien observar a su lado una actitud estrictamente amistosa. Laura quería algo definitivo, fuese lo que fuese.

Entre tanto, adelantaban los amores de Laura, sin que ésta se diese cuenta. Había tomado el noviazgo como un instrumento; pero no le resultaba pesado. El era un buen muchacho y la quería. Ella sentía un vago placer en dejarse querer.

Un día, Fernando Valdés pidió la mano de Laura, que le fué concedida. Laura había titubeado un instante; después pensó: "No seré ni más ni menos feliz de lo que soy casándome con Fernando, y al menos sabré al fin si le gusto al impenetrable."

No pudo saber la impresión que le causó a Gerardo la noticia de su boda, porque le fué imposible dársela personalmente.

Cuando, ya casada, recibía las felicitaciones, descubrió a Gerardo entre los invitados. "Ahora voy a saber..." se dijo. Se equivocaba una vez más. Gerardo se acercó para darle la enhorabuena, en una voz tranquila, pero con la misma mirada desconcertante. Impenetrable siempre.

Laura se encogió de hombros en un ademán de despecho. Se había casado "para nada".

Han pasado varios años. Laura es intensamente dichosa al lado de su marido, que ha logrado contagiarle su cariño. La curiosidad aquella que la llevó hasta el altar se ha desvanecido. Recuerda a Gerardo con agradecimiento. "Al impenetrable", que seguramente no era más que un indiferente. A su actitud ambigua debe Laura su felicidad.

EL HELAMYS MANNET

Este animal es casi del tamaño y del color de la liebre, pues su pelaje es leonado y amarillento claro, con manchas negruzcas por arriba y blanco en las partes inferiores, con una línea del mismo color en el pliegue de las ingles; sus patas son de color castaño; la cola, bastante delgada, rojiza en su origen y en la cara superior, parda en la inferior y negra en el extremo.

El "mannet" vive en los montes que rodean el cabo de Buena Esperanza.

Con sus robustas uñas escarba la tierra y se construye una madriguera, la cual tiene mucha semejanza con la del conejo, aunque es algo más ancha. En ella permanece retirado durante el día, puesto que sus grandes ojos nocturnos no le permiten soportar los rayos del sol. Duerme profundamente durante todo este tiempo, y hasta parece que halla en ello una especie de placer perezoso.

Sentado sobre sus piernas traseras, con la espalda apoyada en la pared de su estancia de dormir, dobla el dorso, baja la cabeza y la coloca entre sus dos rodillas, separadas y en semiflexión; con las manos puestas encima de las orejas las baja sobre los ojos, a modo de cortinas, y de este modo evita toda distracción, tanto que pueda entrarle por la vista como por el oído. Si de cuando en cuando se despierta, es para probar sus provisiones y dormirse otra vez en dulce quietud. Pero cuando las primeras sombras de la noche cubren el horizonte, abandona su soñolienta actitud y trata de juntar provisiones para el día siguiente. Sale de su madriguera, desde cuya entrada examina los alrededores para cerciorarse de que ningún peligro le amenaza. Cuando se cree en seguridad, entonces se arriesga a salir, lo cual verifica con cautela, sin alejarse nunca de su retiro, a fin de poder volver prontamente después de que asoma el menor riesgo. Adelanta luego a cuatro patas, y recoge la hierba y las semillas de que se mantiene; antes de llevarse las provisiones las prueba, y para ello, sentado sobre sus patas traseras, las lleva a la boca con las manos. Si acaso divisa algún animal carnívoro o a un cazador, huye saltando con sus patas traseras, sin perder la posición vertical, y dando brincos extraordinarios. Entonces arrima sus patas delanteras al cuerpo en términos que desaparecen bajo los pelos del pecho.

Por lo demás, este animal, tan tímido en estado silvestre, se domestica con suma facilidad, y en este estado se vuelve excesivamente familiar.

Como su carne es muy sabrosa, los hotentotes y los colonos le hacen incesante guerra; buscan sus madrigueras, las abren con palos o azadas y se apoderan del animal, el cual hace muy poca resistencia, limitándose a despedir un ligero gruñido de cólera, si no se le hiere. Cuando tiene su madriguera en las hendiduras de las peñas se le obliga a salir ahumándolas, tal como se practica con la zorra.

"Motivos de la urbe"

RETRETA

Noche. Bochorno. Las niñas
son mariposas de cera
a quienes queman las alas
las luces de la retreta.

Desfile. Exhibicionismo.
Lo mismo que en las vidrieras
se muestran los maniquíes,
su gracia las chicas muestran.

Los vestidos vaporosos
de rosadas transparencias,
el torneado de los senos
que brindan su encanto apenas.

Algo de imaginación;
y surge la antigua Grecia
con el encanto pagano
de sus deidades inquietas...

Bajo un engaño sereno
de castidad y pureza,
flota el deseo invencible
de las caricias faunescas.

En los ojos, expresivas
se agitan llamas intensas
que, al besar otras pupilas,
producen chispas eléctricas.

Y mientras vagan las almas
sobre la vida suspensas,
el aguijón del instinto
se bate con la prudencia.

Eduardo María de OCAMPO.

Justicia distributiva

Por razones que no son del caso exponer ahora, el matrimonio Lanqué había tenido dos hijos: un niño y una niña. Los señores de Lanqué tenían también una doncella, pero no eran los autores de sus días.

El interior de los Lanqué parecía un interior como hay muchos. Lanqué vivía de rentas, y todo parecía indicar que la familia no tenía que preocuparse del porvenir y que la barca navegaba en aguas tranquilas.

Sin embargo, un observador atento hubiese notado en el rostro de Lanqué las huellas de la preocupación. Y era que Lanqué no cesaba de decirse con ansiedad:

—¡Con tal que el Banco en donde tengo depositados mis fondos no sea asaltado y robado por esos bandidos infernales que se dedican a atentar contra las personas, los inmuebles, los valores al portador y el numerario!

Bueno es decir que al comenzar aquel año, algunos hombres sin prejuicios se habían consagrado en sus ratos de ocio a desvalijar casas de banca, después de disparar profusamente sobre los empleados.

Como lo sabía, temía. Y temía quedarse arruinado.

Abandonó París y fué a habitar una villa en las afueras de Dunkerque. Se consagró a las buenas obras y a predicar las excelencias de la honradez.

—Bienes mal adquiridos—solía decir—no aprovechan nunca.

Cuando hablaban de él decían:

—El señor Lanqué es lo que se dice un hombre honrado a carta cabal. La amistad de estos hombres es un estímulo. A su lado se siente uno mejor. Es un hombre que propaga la justicia y la verdad. Seamos virtuosos.

He aquí lo que decían los vecinos de Dunkerque. Y se apresuraban a depositar su dinero en la Caja de Ahorros.

Lanqué iba tranquilizándose. Sus temores casi se habían desvanecido.

Una noche de luna vagaba por la carretera, y se sentó al pie de un árbol a descansar y a entregarse a sus ensueños.

—Aquí—se decía—aspiro el aire puro de la noche. Soy dichoso, porque puedo respirar a pleno pulmón sin perjudicar a nadie, porque todos podemos participar de nuestra parte de oxígeno... ¡Elévate, alma mía!

Cuando su alma se elevaba, Lanqué oyó ruido de pasos. Eran cinco hombres que se acercaban y tomaron asiento en un montón de arena. Lanqué se apresuró a ocultarse en un foso que había junto a la cuneta del camino.

Los cinco bandidos—porque eran, efectivamente, cinco malhechores—entablaron animado diálogo.

—Bien se ha trabajado hoy—decía uno de ellos, que parecía el jefe.—Hemos quitado de en medio a una docena de empleados de la Caja de Ahorros, al portero, a su mujer y a sus hijos, y nos hemos llevado seiscientos mil francos. No ha sido mal golpe.

—No—respondió otro;—pero ya ves la gente que hemos tenido que mandar al otro barrio para apoderarnos de todo eso.

—Lo que hay que hacer—añadió el jefe—es quitarnos esto de encima por el momento, no nos vayan a detener y nos cojan el cuerpo del delito. Lo mejor será que lo enterremos en ese campo labrado, y ya vendremos dentro de unas semanas a buscarlo.

Entraron en el campo, y Lanqué vió cómo abrían un hoyo y metían en él el tesoro robado. Hecho esto, desaparecieron.

—¡Infierno y condenación!—gritó cuando se convenció de que los ladrones estaban lejos.—Esos bandidos han perdido hasta la última pizca de vergüenza.

Se levantó y se dirigió al lugar en donde los ladrones habían escondido su dinero. Removió la tierra, encontró los seiscientos mil francos, se los guardó, volvió a colocar la tierra en el hoyo, fué a su casa, metió los seiscientos mil francos en una caja de cinc, fué a hacer otro hoyo en su jardín, metió la caja y lo volvió a llenar de tierra, y se acostó.

—No sólo soy prudente, sino justiciero—se puso a pensar.—Los ladrones serán cruelmente castigados al no volver a encontrar el fruto de sus crímenes. Y, además de justiciero, soy padre previsor, pues si el Banco en donde tengo colocada mi fortuna fuese robado algún día por esos bandidos, esos seiscientos mil francos impedirán que mis hijos conozcan los malos consejos de la miseria.

Dicho esto, se durmió con el sueño del justo.

WHIP.



UN DIVORCIO

Por DALMIRO CORTI

Supusieron Juanita y José Luis, como buenos enamorados que aceptan cual suprema bendición el lazo del matrimonio, que su nueva vida sería una sola luna de miel; que siempre estarían, como de novios, la suave mano de ella entre las de él o la cabeza de éste reclinada en el amoroso pecho y dándose y retribuyéndose tiernas frases, para caer finalmente en interminable éxtasis...

Su noviazgo fué un poema a su modo, comenzado el día en que se vieron la primera vez, en el hipódromo. José Luis, en un día de suerte, notó que no se cumplía el vulgarísimo aforismo, pues palpaba los efectos de su "ars amatoria", ya que sus insinuaciones eran muy tenidas en cuenta por la que ahora era su esposa, y él, en un esfuerzo mental, concretaba para sí este raciocinio silencioso:

—Siento como un anhelo que me electriza; que, con vehemencia irresistible, exige deshacerse en actos de contrición, demostrativos de la seriedad de mis sentimientos para con esta bella niña.

Se hallaba más inclinado a la bondad; una idea de renovación le alentaba a dejar la disipada vida llevada hasta entonces y, en conclusión, decidió proponerle unir su destino al de ella: ya puede verse en este acto sus alcances, pues no llegó a comprender que, en realidad, lo que buscaba era unir el de ella al suyo.

De Juanita podemos decir otro tanto: se enamoró "de verdad", como habitualmente dicen las mujeres.

Vulgaridad tras vulgaridad, empedraron de lugares comunes el trillado camino del noviazgo, hasta que se casaron.

Su luna de miel..., una luna de miel más.

Pero... (Aquí aparece el "pero" de siempre, que echa a perder todos los negocios, sin querer calificar de tal a este matrimonio, pese a los varios miles de pesos del padre de Juanita).

Por una nimiedad primero, que si la sopa fué servida antes que el fiambre; por otra trivialidad semejante la segunda vez y otras tonterías parecidas, se pasó, con precisión matemática, al cuarto menguante de toda luna de miel, coincidiendo con la segunda semana de matrimonio.

—Te abrigas demasiado con esas tres cobijas de lana, José Luis, en tanto yo me asfixio—protestaba ella.

—Mejor harías en apagar esa luz, que me da por reflejo en un ojo, y convencerte de que esta noche hace bastante fresco—replicábale él.

Y con novedades "in crescendo" cada día, llegaron a esta escena:

—¿Por qué no me mandaste el tapado de pieles que tanto te pedí? Así celebras ahora mi cumpleaños, el primero después de casada... ¡Si no fuese por regalos de mamá y papá yo estallaría! Después de todo, la culpa la tuve yo por unirme a un pobrete con trescientos pesos de sueldo...

—Pero, ¡mujer de Dios! Comprende que el tapado vale doscientos cincuenta pesos y que con el resto no nos alcanzaría ni para el alquiler.

De los bellos y ágiles epítetos de los enamorados habían pasado a los ásperos substantivos adosados al nombre de cada uno:

—¡Eres un monstruo, José Luis!

—¡Y tú una hiena melindrosa, Juana!

A este punto ya no era posible continuar más, y desesperando de la llegada de un hijito en quien atesorar su cariño huérfano, Juanita calculó fríamente su situación, decidiéndose a confesar a su marido que había dejado de quererlo y le [illegible]nía la única sal[illegible] posible: el div[illegible]

Había considerado muchas posibles respuestas de su marido, dado que conocía su carácter sencillo, casi ingenuo; a cada una la iba desechando después de pesarla y rebatirla, surgiendo en cada caso a continuación la silueta fina y los modales correctos del que había sido su novio delicado y atento. En estas condiciones se consideraba poco expuesta a una sorpresa y estaba tranquila, firme su voz cuando habló con su marido. Se había forjado por parte de éste promesas de enmienda, reconciliación después de un viaje pretextado por él o ella, reconstrucción del castillo de ilusiones, que tan pronto se vino abajo, pero nunca se imaginó la respuesta que iba a tener:

—¡Encantado! Hoy mismo, si gustas...

Gracias a un enorme esfuerzo de voluntad no cayó desmayada; su integridad de carácter le valió para una rápida ideación, y, amoldándose a las circunstancias, dejando traducir su situación por pasajero valor, que un marido no advirtió, selló el pacto con un firme apretón de manos que hizo recuperar instantáneamente a José Luis su perdida sonrisa.

Inmediatamente comenzaron los trámites del asunto judicial: no faltaron amigos complacientes, bien dirigidos por un abogado especialista, que contribuyeron con sus declaraciones, cargos y pormenores a disolver el matrimonio en cuestión.

De común acuerdo, Juanita y José Luis vivieron separados desde entonces: ella, en casa de sus padres; él, en el antiguo hogar conyugal. Era una cláusula aceptada por ambos, la de la no prohibición de actuar en sociedad, con la mesura consiguiente, la libertad de asistir a fiestas y paseos mientras se tramitaba el divorcio.

Interin, la lentitud proverbial de los tribunales les había dado oportunidad de repetir la vida anterior... Visitas a los mismos lugares de esparcimiento, reavivación de las mismas sensaciones pasadas que, habiéndose creído olvidadas, surgen con mayor fuerza y atenacean más a través del pasado; renacer de situaciones anteriormente vividas, hechos todos que hablan con mayor elocuencia y dulzura que los sentimientos de rencor y ofuscación, que van suavizando asperezas y esfumando liviandades, haciendo que la vida del recuerdo cree nuevas esperanzas...

En el hipódromo, como antes, José Luis había vuelto a encontrarse con Juanita; se saludaban como buenos amigos y seguían su respectivo camino seriamente. En uno de esos días, para José Luis la historia se repetía: iba ganando en todas las carreras; eso le trajo pronto el recuerdo de aquel domingo en que conociera a Juanita en iguales circunstancias; todo coincidía. Impensadamente se dió vuelta y la halló... tan bella y tan pura como entonces, sin ese aspecto de recelo que había adoptado desde la separación. Le pareció como que ella no estuviese ajena a su estado de ánimo, y hasta se le presentó como envuelta en una ola de cariñosos recuerdos, sin poder disimular su emoción irrefrenable.

Mentalmente, ensimismados, ambos repasaron en sentido contrario los hechos pasados y concluyeron por repudiarlos en breves instantes.

Terminada la brillante reunión de ese día salieron de su abstracción, disponiéndose a retirarse; como una costumbre que no se hubiese dejado de ejercitar, maquinalmente se saludaron. Una coincidencia más hizo que, a la salida, se volvieran a hallar como de novios, como en momentos en que él la acompañaba hasta el "auto" de la familia, como si el tiempo no hubiese dejado sus huellas, o mejor, como si se hubiesen borrado los acontecimientos anteriores a ese día... Maquinalmente también se alargaron la mano. Producido el contacto, la realidad inflexible se interpuso recordando el pacto y el pasado, sin llegar a evitar, no obstante, una mutua sonrisa; y se perdieron entre el torbellino de la gente.

Ya en sus casas, los gratos recuerdos remolineaban sobre sus cabezas como abejas de oro: comparados, uno resultaba más grato que el precedente, y llegaron a horrorizarse de haber llegado a la situación actual...

—¡Cómo! Yo que la quería y la quiero tanto, que la adoro hoy más que cuando la conocí, ¿puedo haber provocado la separación de ese ángel, con inconsistentes, falsos argumentos de malos amigos?

—¡Dios mío!—exclamaba ella—: pensar que por no haber sabido dominar ciertos arrebatos de colegiala llegué a la contumelia, intentando disolver al final aquel bello hogar donde todo eran promesas de felicidad a punto de ser otras tantas realidades con un poco de sacrificio de este orgullo inútil que a veces no puedo reprimir...

Ambos concluyeron de igual manera, coronando sus reflexiones:

—Si yo pudiese volver atrás, anular ese juicio de divorcio que pesará toda la vida sobre nuestras conciencias, con ignominia no merecida...

Del acercamiento ideal al real, una fuerza desconocida se encargó de su consecución. Cada uno por sí decidió ver al abogado para conseguir la anulación del divorcio. La visita que hicieron a Perales (el especialista en divorcios) fué en distintas horas, lo que despertó en el ingenio de éste una idea luminosa: se vió el elegido del acaso para lucirse una vez más con pompas ajenas, excogitó su plan entre volutas de humo y sorbos apresurados de "whisky", y acto continuo redactó un escrito plagado de citas y opiniones de autoridades que no hacían al caso, que convenció al juez, sirvió para anular el juicio y para volver al estado de cosas anterior.

(Para que el rigorismo histórico no sea alterado en lo más mínimo, hago constar que el juez era de estado civil casado).

—Vengo a celebrar tu triunfo y el mío, José Luis—entró diciendo Perales en casa del amigo que renunciara la manumisión.— Puedes venirte confiado a lo de Juanita y dejarme hablar, que mañana estaremos los tres en el hogar tranquilo, saboreando una copita, como si la pequeña nube que ocultó fugazmente vuestra luna de miel, hubiese sido barrida rápidamente por el pampero...

(Y se quedó como esperando un abrazo por habérsele escapado tan "espontánea" frase, según su modo de ver.)

De tan sencilla manera, Juanita y José Luis volvieron a recomenzar el "ciclo".

Al retirarse de casa de sus amigos, Perales pasaba por el club, donde un amigo que estaba en la puerta lo notó con cara más de M. de la Palisse que de costumbre y lo interrogó sobre el motivo de sus andanzas. Relatados los sucesos con pormenores de detalle, Perales concluyó sentenciosamente:

—Comienzan la repetición de la vida anterior; yo no aseguro que me vuelvan a llamar, pero hay que acordarse que es condición humana recomenzar algo para echarlo a perder...

Y se alejó restregándose las manos.

Inefablemente...

Un oculto destino nos indica la senda
que en la vida debemos fatalmente seguir,
un oculto destino, que no hay quien lo comprenda,
nos señala el instante de llorar o reir.

Y es en vano que el alma prisionera pretenda
libertarse del yugo para ir o venir
por caminos diversos, por quedarse en la tienda,
por entrar o salir...

Todo en vano... El camino nos lo marca el destino
de manera inflexible... Y es la ley de mi sino,
que no puedo torcer,

el andar peregrino por el largo camino
tras la lírica huella del misterio divino,
tras el dulce milagro de tu gracia, ¡Mujer!

MANUEL CRESPO GARCIA

Un descubrimiento maravilloso

El hombre de hace 20.000 años

El descubrimiento de la tumba de Tutankhamon ha interesado al mundo entero, ha sido la revelación de un tesoro artístico, el esplendor y la perfección de los objetos en ella contenidos ha dado una idea de lo que era la vida en el valle del Nilo trece siglos antes de Jesucristo.

La historia que hoy nos ocupa es mucho más antigua, muchísimo más remota: tiene 15.000 años más que Tutankhamon.

El descubrimiento, del que se ocupa el doctor Absolon, se ha hecho en Moravia, en el centro de Europa, y por los objetos y esqueletos allí encontrados, podemos formar una idea de cómo vivían en la época glacial aquellos habitantes de Europa, comunidades de cazadores que vivían persiguiendo al manmut, al rengífero, al oso de las cavernas, y construían sus dagas con huesos de las patas delanteras de los leones.

Es la mayor revelación de la manera cómo vivían nuestros abuelos, europeos de hace más de veinte mil años.

En los lugares donde éstos vivían se han encontrado miles y miles de armas y utensilios de piedra. En un montón aparecieron cantidades enormes de huesos y dientes de mammut, y apartados, como una reserva de marfil, trece enormes colmillos del mismo animal, y en diferentes sitios, cráneos de lobos, cortados para sacarles los sesos, y huesos de diferentes animales, cortados longitudinalmente para obtener el tuétano.

El número de armas de hueso y marfil y el de objetos de uso doméstico es grandísimo. Eran los hombres de hace 2.000 años artistas, como lo prueban los objetos por ellos tallados y grabados: ídolos, juguetes y adornos de varias clases.

Además, sabemos ya cómo eran aquellos hombres, aquellas mujeres, aquellos niños. Los cráneos y esqueletos de aquella gente indican claramente que eran de raza europea.

El viajero que quiere visitar el pintoresco hogar de aquellos cazadores toma el tren en Viena, y después de recorrer unos ciento sesenta kilómetros hacia el norte, se llega a Prerau, en donde el tren deja las llanuras de Moravia para atravesar un puerto en cuya parte meridional se encuentra la aldea de Predmost, detrás de la cual se alza una pequeña colina de unos treinta metros de altura. Al pie de ella vivían los cazadores de mammut hace doscientos siglos.

Hará unos cuarenta años, el profesor Marka empezó a excavar al pie de la colina, y a los dos o tres metros de profundizar encontró varios huesos de mammut, que presentaban señales de haber sido manejados por el hombre: pedazos de carbón, hogares y utensilios de hueso. Así quedó la cosa, hasta que el año pasado una compañía fué a extraer tierra para construir teja y ladrillo, y encontró una gran cocina en la que nuestros remotísimos abuelos celebraban sus festines.

Tanta importancia tenían aquellos hallazgos, que el gobierno se encargó de explotar el lugar, encargando al Museo de Brunn la importante empresa.

No eran aquellos los únicos cazadores de Europa. Al norte de Lyon el hombre cazaba caballos, y en España había una comunidad en Torralba que cazaba una variedad de elefante, hoy extinguida: el "Elephas antiquus".

En 1894, el profesor Marka ya citado, encontró en Predmost una tumba notabilísima que contenía los restos de veinte individuos: doce adultos y ocho muchachos y niños de diferentes edades. Con el esqueleto de un niño había un precioso collar, y junto a otro el cráneo de un zorro ártico. Era una verdadera tumba de familia.

Tenía la tumba la forma de un bote de unos cuatro metros de largo, por unos dos y medio de ancho. Uno de sus lados estaba formado por omoplatos de mammut puestos de canto, formando pared, y el lado opuesto lo formaban mandíbulas inferiores del mismo animal. Sobre la tumba, cubriendo los restos humanos, había una capa de losas de 45 centímetros de grosor, sin duda colocadas para proteger los cadáveres contra los asaltos de las hienas.

Los antiguos cazadores de Moravia eran gente de cabeza fuerte y gran cavidad craneana, pero bastante parecido al del tipo medio del europeo central, pero algo más larga que la de éste. La capacidad craneana en el más grande de los cráneos encontrados es de 1.578 centímetros cúbicos, unos ciento más que la capacidad del cráneo del europeo moderno; la masa cerebral era, pues, considerable en aquellos seres. Indudablemente eran hombres muy inteligentes, pues llegaron a resolver para su existencia problemas muy difíciles y peligrosísimos.

El antiguo cazador moravo, en todos sus rasgos era un verdadero europeo, el europeo más antiguo que hasta ahora se conoce.

La protuberancia supraorbital es más prominente, más ancha de lado a lado y más fuerte que en el moderno europeo. Las mandíbulas eran más fuertes y pronunciadas. El paladar era también mucho más grande que el del europeo, y aún que el del aborigen de Australia. El mentón estaba bien desarrollado y saliente, la nariz prominente, larga y ancha.

De todos modos, aunque la largura de la cara y la anchura de oído a oído es algo mayor que la del europeo de las regiones centrales, algunos de éstos se encuentran con medidas muy parecidas a las del hombre de hace 20.000 años.

A pesar de que el perfil avanza bastante, casi medio centímetro más que el del indígena australiano, no hay prognatismo, debido al avance del frontal.

Si se examina el cráneo de la mujer, quizá esposa o hermana del hombre que hemos descrito, veremos que igualmente se parece mucho al de los actuales habitantes de Escandinavia y Gran Bretaña; su perfil no difiere mucho del de los hombres de los citados países europeos.

Como el hombre, la mujer de hace 2.000 años era dolicocéfala; la anchura de su cráneo tenía un 74 por 100 de su largo. Su capacidad craneana es de 1.520 centímetros cúbicos, unos doscientos más que la mujer inglesa actual.

Su cara estaba regularmente formada, menos robusta y primitiva que la del hombre, lo que no nos debe asombrar, pues en todas las razas humanas la mujer conserva más que el hombre los rasgos de la niñez y de la juventud. En los tipos de Cromagnon se observa la misma diferencia. La mujer no conserva, como el hombre, tan marcados los rasgos característicos de su espíritu guerrero y brutal. El hombre de Cromagnon era muy alto; la mujer, en cambio, de mediana estatura, y con frecuencia, pequeñita.

Los rasgos de la mujer, tanto en estos tipos como en los de los cazadores de mammut indican la dirección en que marcha la evolución.

Como podrán apreciar nuestros lectores, los antiguos pobladores de Moravia merecen un lugar privilegiado en la colección de nuestros antecesores prehistóricos.

El tacto como factor del éxito

Bien dice sir John Lubbock que, para obtener éxito en la vida, el tacto es más indispensable que el talento, y claro está que, al hacer semejante apreciación, el afamado psicólogo la hace refiriéndose al talento considerado como una acumulación de conocimientos, y no se refiere, en modo alguno, al talento formado por una serie de valores prácticos adquiridos, no en los libros, sino en la propia vida.

El tacto, añade el citado maestro, es, con frecuencia, mucho más eficaz que cualquier fuerza; y su eficacia es doblemente segura y noble, por cuanto los éxitos que él obtiene son debidos a una fuerza contra la cual no hay lucha posible, a una fuerza que tiene muchos puntos de semblanza con la fuerza de la convicción. El tacto es algo que reduce sin ofender, sin humillar; sus éxitos son como si fuesen obtenidos por la fuerza de la gracia; tan sólo el buen sentido se le puede anteponer, tan sólo por el buen sentido puede ser eficaz...

Lloverá cuando queramos

Ya no nos falta más que esto para ser completamente felices. Y esto parece que va a conseguirse. A ello tienden los experimentos hechos por el Servicio americano del aire.

Se ha comprobado, por lo pronto, que es posible precipitar la humedad del aire por influencias electrostáticas. Los ensayos que se han hecho por medio del aeroplano son muy interesantes, y si los resultados son concluyentes, se podrá, en un día no muy lejano, provocar la lluvia a voluntad y capricho de los hombres.

No hace falta decir que ello sería de una importancia capital para las regiones secas, donde la agricultura adquiriría enorme desarrollo.

MAMA FAFA

Por Federico Boutet

—Aunque oculte los nombres verdaderos—dijo el alienista;—la historia es exacta.

Empezó en un gran almacén. Una pobre vieja, de aspecto de bruja, desgreñada, apestando a coñac, de la cual se apartaban con repugnancia las lindas clientes de la casa, acababa de comprar tres pares de medias de seda.

—Envíenmelas—dijo en la caja, y pagó.

—¿Qué dirección?

—Duquesa de Fargas, calle de Kléber, veintidós—dijo la vieja con la mayor serenidad.

El cajero escribió mecánicamente, y sin alzar los ojos, aquel nombre ilustre.

Al día siguiente un coche del almacén se detenía frente al número 22 de la calle de Kléber. Era un hotel "meublé" de último orden, con una sórdida fachada y ropa tendida en las ventanas.

El empleado del almacén, asombrado, cotejó la dirección del paquete, y encontrándola exacta se decidió.

—¡Fargas!—gritó en la puerta.

—¡Mamá Fafá, que la llaman!—respondió una voz.

Un montón de trapos se levantó en el pasillo. Era la vieja, que fregaba los suelos. Con las mangas y la falda remangadas, enrojecido el rostro por el trabajo y el alcohol, vino tambaleándose a recibir el paquete.

—¡Vaya una duquesa!—no pudo por menos de exclamar el dependiente. Y cuando llegó al almacén contó riendo lo ocurrido a sus compañeros.

Pero el jefe de servicio tomó en serio lo ocurrido.

—¡Te has dejado engañar! ¿No comprendes que es que la dirección debía de estar equivocada y te han birlado el paquete en el hotel? Tú comprenderás que unas medias de seda para una fregatriz...

—Pero como está pagado...—respondió el dependiente.

—Pues ahí está, que la verdadera compradora va a reclamar. Es un robo...

Se trataba de un robo manifiesto y se dió aviso a las autoridades. Al día siguiente un agente fué a buscar a la vieja y la condujo a presencia del comisario. Este miró a aquella vieja alcohólica que estaba frente a él cubierta de harapos, sucia y despeinada.

—¿Su nombre de usted?—preguntó.

—Yolanda de Bayán de Arrosaye, duquesa de Fargas—respondió la vieja, lanzando en torno suyo una mirada llena de dignidad como buscando el asiento que no le ofrecían.

—¿Eh?—dijo el comisario.

—Yolanda de Bayán de Arrosaye, duquesa de Fargas—contestó más despacio.

—¿Ocupación?

—Asistenta.

—¿Y es usted quien anteayer compró unas medias de seda?

—Sí, señor; las he comprado porque no puedo resistir el hilo ni el algodón. Pero estos son detalles de "toilette" íntima que sólo a mí interesan, y me extraña que un magistrado se permita distraer sin motivo a una mujer de sus ocupaciones.

El comisario dió un salto de indignación.

—¡Atreverse así! ¡A mí! ¡Un magistrado! ¡Una mendiga!

—Es usted un insolente—interrumpió la mujer,—y me quejaré a quien corresponda. Soy de la familia reinante de Croacia; el embajador de Polonia es cuñado mío, y el mariscal De Isambert, mi tío. He recibido en mi casa bastantes veces a sus ministros y a su prefecto de policía para que me nieguen el castigo de su insolencia.

De pronto el comisario comprendió. El caso era frecuente. Delirio de grandezas, megalomanía. Sabía lo que había que hacer. Cambió de actitud.

—Señora duquesa—dijo muy respetuosamente, inclinándose.—Le ruego acepte mis excusas más humildes. Si tiene usted la bondad de aguardar un momento, una carroza la conducirá a su palacio.

—¡Una carroza! ¡Mi palacio! ¿Qué quiere decir todo esto?—dijo la vieja.—¡Encuentro sus bromas muy inoportunas, caballero!—añadió.

Pero el comisario había abierto la puerta, y sonriendo había dicho dos palabras a su secretario.

—¡La carroza de la señora duquesa!—anunció éste en voz alta.

Y cuando la vieja intentó salir, se lo impidieron con una dulce fineza.

La carroza llegó en forma de un coche de alquiler, y mamá Fafá fué conducida a la enfermería del Depósito. Allí se puso furiosa, exigió que la pusieron en libertad, habló de sus relaciones con las familias reinantes en términos que se la consideró peligrosa, y como tal fué llevada al manicomio.

—Allí la conocí—prosiguió el alienista Cave.—Llevaba dos años, y se encontraba perfectamente. El alcoholismo que padecía cuando estaba en libertad había, naturalmente, desaparecido. Después de unas semanas de violenta resistencia, se había calmado poco a poco, habituado y sometido. Ahora, pacífica y servicial, hacía lo posible por ser útil, y nó hablaba nunca de sus títulos ni de sus grandezas. Parecía una persona muy razonable.

Empezaba a preguntarme si convendría ponerla en libertad, cuando un trueno estalló en el cielo de la administración, y causó el terror de todos los funcionarios responsables: la familia reinante de Croacia, el embajador de Polonia y el mariscal de Isambert hacían buscar por todas partes a su parienta, cuñada y sobrina, Yolanda de Bayán de Arrosaye, duquesa de Fargas, que después de una juventud más que borrascosa, después de una vida de crápula y de escándalos y de contar sus amantes por docenas, vieja, borracha y sin dinero, había desaparecido y zozobraba misteriosamente en no se sabía qué ignominia desconocida. Al principio, su noble familia no había ocultado su contento por la desaparición de su "original" parienta; pero había sobrevenido una muerte ilustre y se necesitaba la presencia de la duquesa para proceder al reparto de la herencia. Por eso se había dado órdenes a la policía de todos los países para que la buscasen discretamente, pero con insistencia.

Y mamá Fafá era Yolanda Fargas. La asistenta no había mentido; no estaba loca. Era la gran dama, que, caída en el vicio más bajo, en la miseria más innoble, sólo conservaba en el derrumbamiento de todo lo que era ella misma el recuerdo de su nombre ilustre y una vaga dignidad de lenguaje, que contrastaba singularmente con su aspecto y sus costumbres, que eran las de una vieja ramera.

Curioso de saber cómo acogería la noticia de su libertad, después de dos años de reclusión injustificada, me encontraba en el despacho del director cuando la duquesa fué conducida a su presencia.

Sin manifestar la menor emoción, digna bajo sus harapos, oyó las explicaciones difíciles y las disculpas embarazosas.

—Está muy bien, caballero—respondió con calma.—Al fin ha reconocido usted la verdad de mis palabras, de mi familia y de mis títulos. Pero todo eso ya no existe. Todo eso pasó. Ahora, sépalo usted, soy...

Se inclinó hacia él como para hablarle al oído. En sus ojos lucía una mirada singular, que yo conocía perfectamente.

—Ahora soy Dios padre—dijo en un tono lleno de majestad.

Porque no en vano se pasan dos años como enferma, sin estarlo, en la contagiosa compañía de los locos.





Con todo lucimiento se llevó a efecto en el teatro Coliseo el acostumbrado baile de [illegible] del Circulo de la Prensa. El palco levantado en el centro de la sala y ocupado por varias artistas de los teatros Avenida y Comedia, que prestaron su concurso a la fiesta.

EL BAILE DEL CIRCULO DE LA PRENSA



Los ministros de Instrucción Pública y Guerra, doctor Antonio Sagarna y general Agustín P. Justo; el presidente del Circulo de la Prensa, doctor Tito L. Arata, y otros caballeros, en el palco de la comisión organizadora del baile



Un simpático conjunto femenino, perteneciente a nuestros escenarios, presenciando la animada fiesta desde uno de los palcos

VISITA A LA CERVECERIA QUILMES



Parte del personal de los talleres gráficos de la Compañía General de Fósforos, que recientemente efectuaron una visita a las instalaciones de la Cervecería Quilmes, donde fueron galantemente atendidos por los empleados superiores del mencionado establecimiento, que les obsequiaron con un lunch.

EL PAVOROSO INCENDIO DEL DOCK SUR



Como es del dominio público, una descarga eléctrica, caída durante la última tempestad, incendió los depósitos que la Compañía General de Combustibles tiene en el Dock Sur, envolviendo en llamas a 5 tanques que contenían 20.000 toneladas de petróleo bruto. — Una vista parcial del siniestro.



Los bomberos luchando contra la voracidad del fuego, al segundo día de la catástrofe. — A la izquierda se advierten los restos de uno de los tanques retorcidos por la acción de las llamas



Otra vista del colosal incendio tomada entre dos tanques de la Compañía Anglo Mexican, cuyos depósitos estuvieron en grave peligro de ser alcanzados por la acción del fuego



Pequeña autobomba de los Bomberos Voluntarios de Avellaneda, que acudió al lugar del siniestro y que combatió bravamente contra el voraz elemento.



Vista general del incendio que duró varios días tomada desde la orilla opuesta del arroyo Maciel y sobre uno de los transbordadores de carbón instalados en aquellos lugares

LA TRANSMISION DEL MANDO PRESIDENCIAL EN CHILE





El nuevo presidente de la República de Chile, doctor Emiliano Figueroa Larraín, en el acto de firmar la Constitución Nacional ante el Congreso en pleno. Rodean al nuevo mandatario el presidente saliente, señor Barros Borgoño, los presidentes de las cámaras de senadores y diputados y sus edecanes de servicio. — En círculo: el doctor Figueroa Larraín, acompañado de su jefe de gabinete Dr. Maximiliano Ibáñez dirigiéndose después de prestar juramento al palacio presidencial.

EN EL CLUB DE FLORES



Fotografía tomada durante un intervalo en el baile de gala organizado por la comisión directiva del Club de Flores y llevado a efecto, con el mayor lucimiento, en la noche del 24 del pasado.

HOMENAJE POSTUMO



Con motivo de cumplirse el segundo aniversario de la muerte del malogrado poeta y galano escritor Angel de Estrada, tributóse, a la memoria del extinto, un sentido homenaje ante la tumba que guarda sus restos en el cementerio de la Recoleta. En dicho acto un grupo de amigos y admiradores, cubrió de flores el sepulcro del poeta. En el primer aniversario de su muerte publicóse "La esfinge", primer volumen de sus escritos póstumos, y coincidiendo con el segundo aniversario aparecerá la segunda obra "El sueño de una noche de Castilla".

FIESTA INFANTIL



En casa de la familia de don Andrés Bo[illegible] festejóse la Nochebuena con el tradicional árbol de Navidad, confeccionado éste, primorosamente, por su hija Irene. — Los dueños de casa, con un grupo de familias y niños invitados al acto.



Villa Devoto, social



Señorita Beryl Francis.



Señorita Ana María Jeffries



Señora Peggy Bailey de Calderón.



Señorita Rhoda Jeffries



Señora Ana M Vivaldi de Grüber



Señorita Palmira Maré



Señorita Elvira Di Fonzo



El señor B. W. Gardom y su señora esposa, de la colectividad británica rodeados de su familia, en los jardines de su quinta "Sati en ocasión de festejar sus bodas de oro matrimoniales





[illegible]

MAR DEL PLATA

LOS PRIMEROS VERANEANTES



[illegible]



[illegible]



Niños de Bronzini



Nena [illegible]

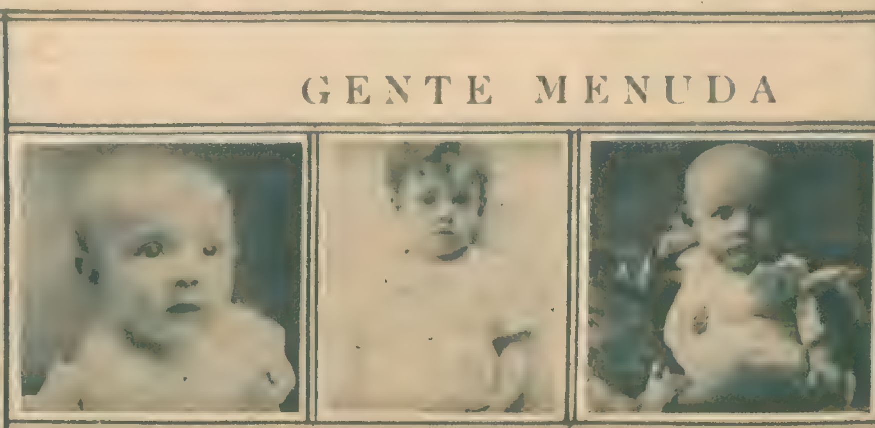


[illegible]



Margarita Semadeni.

GENTE MENUDA



Elsa Poggi — Carlos Enrique Lorenz — Elsa Aida Alberdi



Lydia Susana Claret.





Dora María Castellano.



María Elena Corral

LA PAGINA HUMORISTICA



La galantería en el futuro.—Sírvase aceptar mi paracaídas, señorita.



—¿Qué hacen aquí?
—Pretendíamos realizar un pic nic, sin sol, aire, tierra, hormigas, mosquitos e importunos... Pero usted ha venido a hacer fracasar nuestro intento.



La joven esposa.—Querido, no puedo calcular nuestras cuentas. ¿Se puede sumar el costo de un kilo de carne y de una docena de naranjas?



—Por si alguien trata de robarnos la ropa ahí dejamos el perro.





—Nada más que una afeitada de cuello, maestro.



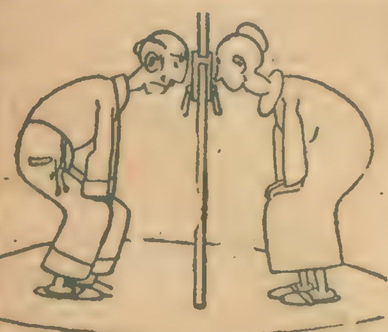
Jugando a la gallina ciega.—¡Es el tío Ernesto!



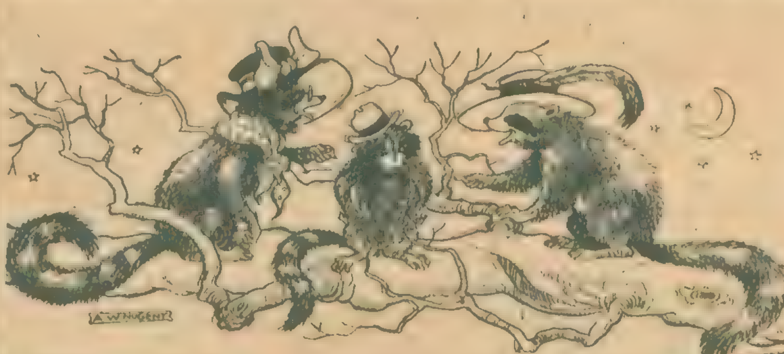
—Si no das un beso a esa señora, te mando a la cama.
—Que descansés, mamá.



—No. Nunca será usted capaz de hacer lo que hizo mi primer marido.
—¿Qué hizo?
—Morirse a los doce días de casados y dejarme 300 000 pesos.



Los dos (al mismo tiempo).—¡Qué falta de educación! ¡Pues no está mirando por el ojo de la cerradura!



—¿Manda usted ya su hijo al colegio?
—No. Es muy pequeño y me expongo a que termine adornando el cuello de alguna niña bien.



La parroquiana.—¿Quiere usted pesarme al niño?
El carnicero.—¿Con hueso?...



De Cacheuta



Familia del señor Carlos E. Candía



Nena del doctor Juan Evans



Señoritas Nora Maxwell, Carmen, Luisa y María Esther Berisso y doctor Alfonso J. Bech



Señora Amalia B. de Castaño y su hija Lucrecia



Una feliz pareja con su heredero



Señoritas Clara y Ema Acevedo Díaz



Señor Manuel Candia y su hijo Carlos y doctor Osvaldo S. Berisso



Señor Antonio Demarchi con su señora madre y hermana.



Doctor Osvaldo S. Berisso y su familia.

Foto Bejarano

UNA VISITA AL ASILO MERCEDES LASALA DE RIGLOS

(Sucursal de la Casa de Expósitos)

Por JOAQUÍN M. del CASTILLO

(Véase la crónica correspondiente a esta nota gráfica, en la página núm. 4)



Los chicos en la quinta. — Una bandada en libertad



"El Hogar". — Niños recién despechados.



En el jardín. — Juegos de niños.



El médico director del asilo, doctor S. Madrid Páez.



Los pibes en el tobogán.



ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Escena de "Por amor", película inter pretada por Elliot Dexter, Seona Owen, Henry Hull e Irma Harrison, que la General estrenará el domingo próximo.



Un cuadro de "Almas a cambio de pieles", cinedrama que interpretan Claire Windsor, Eugene O'Brien Claire Adams, George Fawcet, Eileen Percy, etc., y que Max Glücksmann estrenará mañana miércoles.



Escena de "Espuelas y corazón", cinedrama del cual es protagonista Buck Jones y que la Fox estrenará pasado mañana.



Un pasaje de "El padre adoptivo", cinedrama interpretado por Estelle Taylor, Bryant Washburn, Alex B. Francis, Frankie Darre, que el viernes presentará la Sociedad General.



Escena de "El premio de belleza" cinedrama interpretado por Viola Dana, Eddie Phillips, Patt O' Malley, Fred Truesdale y que Max Glücksmann exhibirá el próximo domingo.



Lionel Barrymore y Margarita de la Motte, en una escena de "Seducido por una bella mujer", película que la Corporación distribuye desde el sábado último.



Marjorie Daw y Niles Welch, en una escena de "El cobarde", cinedrama que desde el sábado último distribuye la New York Film.

Nuestros representantes en el extranjero: señor Alberto M. Candioti



Señor Alberto M. Candioti, encargado de negocios y cónsul general de la República Argentina en Atenas.

En uso de bien ganada licencia, se encuentra entre nosotros el señor Alberto M. Candioti, cónsul general de la República Argentina en Berlín, donde ha desarrollado una inteligente y fructífera [illegible]

El señor Candioti inició su carrera en 1914, como cónsul argentino en Lemberg, en circunstancias bien especiales, a causa de haberle sorprendido, en la capital de Galitzia, la iniciación de la gran guerra. Nuestro representante tuvo que hacerse cargo del consulado de Rusia, el día 6 de agosto de 1914, quedando en su poder los papeles secretos del mismo y los valores en efectivo que no pudieron ser retirados por el cónsul ruso a causa de la invasión austriaca.

Luego pasó a Berlín con el mismo carácter de cónsul de la República Argentina. Allí permaneció hasta después de la revolución alemana, fecha en que regresó a Buenos Aires. Ascendido a cónsul de primera, tornó a la capital alemana, donde fundó el Ateneo Hispano Americano, institución cuya obra tiende a una mayor compenetración y estrechamiento de lazos entre los países hispano americanos, y de su mejor conocimiento en Europa. De Berlín pasó a Bulgaria, en 1922, ascendido a cónsul general, donde en la Universidad de Sofía dió un ciclo de conferencias sobre nuestro país, y en vista del buen resultado de las gestiones que realizó en esta última capital, donde debió rehabilitar nuestro prestigio, ha sido trasladado a Grecia con la honrosa investidura de encargado de negocios, para donde partirá en mayo próximo.

El señor Candioti ha publicado varios libros, entre los que citaremos "Los postulantes [illegible]", y la "Historia de la institución consular en la antigüedad y en la Edad Media", obra de aliento que ha sido justamente elogiada por la crítica europea.





Concurrencia que asistió a la celebración del día de la Raza, en la Universidad de Berlín. En primer término: el señor Candioti, el representante del Ministerio de R. E. de Alemania, el rector de la Universidad, el presidente del Reichstag, doctor Loebe, el burgomaestre de Berlín y otras personalidades.



El señor Alberto M. Candioti en su biblioteca de Berlín, en 1923, mientras escribía su "Historia de la institución consular en la antigüedad y en la Edad Media", obra que ha sido muy elogiada por la crítica extranjera.



Nuestro representante, señor Candioti, con el presidente del Reichstag, doctor Loebe, y el señor Alvarez del Vayo, la noche en que fué despedido con un banquete a su partida de Berlín.

TEATROS



Anita Alcázar, notable bailarina española que actúa con éxito en nuestros escenarios.

DE CARHUÉ



La familia del señor P. Forte, en el balneario de Epecuén.



Señorita Gielia Forte, a orillas del lago Epecuén.

Fots. Suiza



LA TEMPORADA BALNEARIA EN MAR CHIQUITA



Señorita Florita Miller



Familias de Carranza, Escalera, Deheza, Rueda y Achával



Señoritas María Angélica Sosa y Matilde Torres Fotheringham



Señor José Cabanillas y su familia



Señoritas Rosario Avendaño García González y Mina Sánchez Clariá



Señor Damián Fernández y su familia



Familias de Torres, Uranga Fernández Díaz y Clariá

Fots. Jordán



FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Concurrentes a la demostración que el Club de Regatas Rosario tributara a sus ex presidentes, señores Juan P. Cordiviola y Hércules Aghina, por la brillante actuación que desplegaran en favor de la institución, llevándola a un alto grado de progreso deportivo.



La niña Ada Nélida Chiavazza, en su primera comunión.



Señora Angela Faravelli de Echeguía, distinguida dama recientemente fallecida



"Los mensajeros", bonito número del programa de festejos infantiles de Navidad, organizados por la Sociedad Círculo de Obreros



Aspecto de la concurrencia de gente menuda que asistió a la fiesta realizada por el Círculo de Obreros donde se les obsequió con juguetes



Match internacional de football Paraguayos v. C. A. Tiro Federal. Team de la representación paraguaya, que derrotó fácilmente a su rival por 5 a 1 goals.



Equipo del C. A. Tiro Federal, que resultó vencido en el encuentro que sostuvo contra los Paraguayos.



El goalkeeper de Tiro Federal, Demarchi salva, en brillante forma un tiro del bando contrario, cuando el goal parecía inevitable.



Campeonato Estímulo Rosario Central v. Tiro Federal. — Cuadro de Rosario Central, vencedor por 4 a 2 goals.

Fots. Flores Toledo.



LA GIMNASIA, EMBELLECE EL CUERPO

Mary Lamas, la aplaudida segunda tiple, demuestra en estas fotografías, cómo la gimnasia, metódicamente realizada en la forma en que ella la practica todos los días, contribuye a embellecer el cuerpo



Los brazos, bien estirados hacia atrás, la cabeza levantada y el busto erguido. Con ello se facilita la buena respiración



Cuando ya se ha adquirido soltura, es fácil hacer esta pose varias veces sin necesidad de ayuda alguna. Vigoriza los músculos de las piernas.



Para dar elasticidad al cuerpo, este ejercicio debe repetirse varias veces



Un ejercicio análogo al anterior. Solo es diferente la colocación de las manos, pues el peso del cuerpo se sostiene con los dedos, dispuestos tal como puede observarse

Fots. Otero



Peritos mercantiles egresados, en 1925, de la Escuela Superior de Comercio Sud



Francisco F. Dipinto.



Marcelino Castilla.



Emilio Antona.



Antonio Contertese.



Heriberto J. López.



Juan Guerrini



Salvador Mazarelli.



Carlos Albiratti



Roque V. Dilermia



Darwin J Reyna.



Pedro Guese.



Eloy de Abajo.



Alfonso Quimeso.



Lorenzo E Furmento



Armando Vaccario.



Ricardo E. Blanco.



Diego Beltrán.



José Colombo.



Juan Bracco



José Almazan.



José Luis Grandi

ENSEÑANZA MUSICAL



Alumnos del instituto superior de música "Biondi" que últimamente rindieron examen, rodeando al personal directivo del mencionado establecimiento



Cuerpo docente del instituto "Biondi": señoritas Gilda A. Biondi, directora, y Raquel de la Cámara, María Teresa Verisco y Yolanda E. Biondi, y señores Ernesto Pezzoni y José Veloni, profesores.

Fots. I. González.



INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



SANTA ROSA (Pampa). — Grupo de alumnos de la Escuela número [illegible] que realizaron una interesante fiesta como despedida del curso escolar.



Alumnas de la Escuela número 2 que acaban de egresar de la misma por la terminación de sus estudios. Con tal motivo se les tributó una cariñosa despedida.



Una de las secciones de economía doméstica, en la exposición de manualidades escolares. — Niñas de la Escuela número 2 fabricando helados.



LOMAS DE ZAMORA. — Enlace Boschetti-Alegre.





ROSARIO. — La señorita Irma Larrosa y el señor Eusebio Motilva, recientemente desposados.

EL BALNEARIO DE GUAMINI — F. C. S.









Cuatro diferentes aspectos del balneario de Guaminí, en los que se advierte el terraplén recientemente terminado y exigido por la creciente de la laguna, el quiosco para la banda de música y el monte de la isla que abarca una extensión de 700 hectáreas, muy visitado por los veraneantes.

Fots. Quiroga y Riccio Hermanos

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipirí





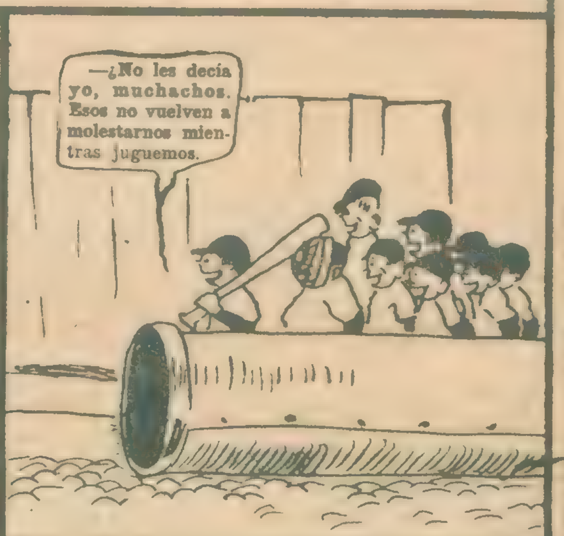


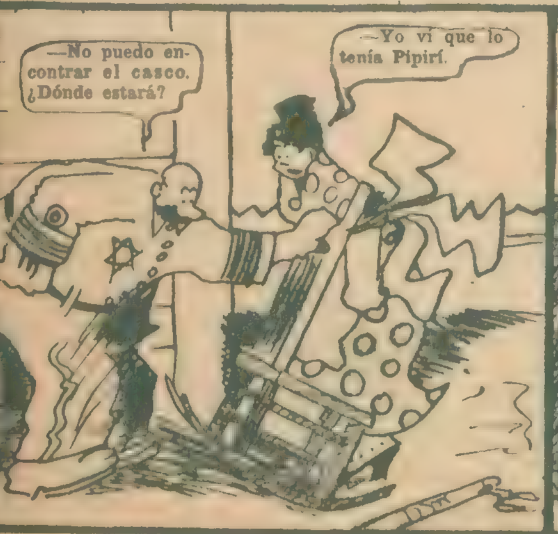














Vivero de razas

Escenas de un viaje por el Volga

A juicio de cuantos han recorrido el antiguo imperio de los zares, no puede jactarse de conocer a Rusia quien no haya navegado por el Volga.

Este hermoso río, el más largo de Europa, con los 3.400 kilómetros de su curso, ha sido durante mucho tiempo la gran vía comercial de Rusia, cuyo territorio atraviesa en sentido diagonal y describiendo numerosos meandros, que le hacen penetrar en las más ricas comarcas, donde las márgenes del río están pobladas de importantes ciudades.

Nace el Volga no lejos de Leningrado y del mar Báltico, en los montes de Valda, a 350 metros de altura; no tarda en hacerse navegable, y su caudal y su anchura aumentan considerablemente merced a los numerosos afluentes que en él desaguan por una y otra orillas. Antes de penetrar en el mar Caspio, los múltiples brazos que forman un inmenso delta, pasa, entre otras muchas poblaciones, por las de Vijni-Vowgorod, Kazán, Samara, Sarataí y Astrakán, denominada ésta la reina del Caspio.

Antes de dar fin a este preámbulo, haremos constar que los rusos aplican el género femenino al Volga, y que este río está en comunicación con el Neva por medio de canales; es decir, que una canoa automóvil—claro está que con tiempo, paciencia y esencia en abundante cantidad—podría pasar del mar Báltico al Caspio. Aventurado viaje que, si son exactos nuestros informes, no ha sido intentado hasta ahora, aunque, lo repetimos, es perfectamente realizable.

Los viajeros que elijan aquella vía fluvial para dirigirse desde la Rusia blanca al Caspio, embarcan, generalmente, en Vijni-Vowgorod, que está en comunicación con Leningrado y con Moscú por ferrocarriles directos.

En la primera de las mencionadas grandes ciudades, que fué por espacio de mucho tiempo el más importante mercado de Rusia, en la que se hallaban representadas todas las nacionalidades de Asia, el viajero toma asiento en la cubierta de un vapor, y durante la travesía ve desarrollarse ante sus ojos, por espacio de unos días, un inolvidable espectáculo. No hay en el mundo río que sea recorrido por tantos buques y de tan variadas formas y dimensiones como los que navegan por el Volga.

Una personalidad inglesa que efectuó ese viaje, lo relata en la forma que vamos a transcribir, aunque por haberlo realizado en el año 1919 haya perdido la descripción parte de la exactitud actual.

Dice así aquel viajero:

"Aunque la famosa feria de Vijni-Vowgorod no saliera ya nunca de su decadencia, el tráfico en el Volga habría forzosamente de aumentar año tras año, una vez reorganizados los transportes en Rusia. Existe una cantidad enorme de riqueza a lo largo de de las orillas de ese río imperial y en sus aguas abundan los peces que en otro tiempo proveían al mundo entero del "caviar", tan estimado de los sibaritas. Maderas para la construcción, cueros, pieles, granos, lanas, frutas, legumbres y productos lácteos, son las mercancías más corrientes que pueden ofrecer en gran abundancia las comarcas regadas por el Volga. En grandes chalanas se transporta el algodón de Persia e innumerables buques-cisternas llevan a la Gran Rusia el petróleo de Bakin. Todos los barcos de vapor que circulan por el Volga emplean para la propulsión sólo el "mazut".

Uno de los detalles más pintorescos que observa el pasajero consiste en el remolque, aguas abajo de enormes balsas, cuya lenta marcha es apenas perceptible desde un buque impulsado por la hélice. Esas balsas de madera tienen ordinariamente 200 metros de longitud y más de 70 de ancho. Como la travesía es prolongada, los bateleros construyen en la balsa chozas de toscos maderos, y algunos hasta improvisan en la armadía minúsculos jardines, en los que conservan flores durante el viaje."

El paisaje es atrayente en la parte superior del curso del río, cuyas orillas son allí muy quebradas y de una exuberante vegetación. En cambio, por la parte inferior, son substituidas las colinas por dunas de arena, que se elevan en la inmensa depresión, que antiguamente era de extensión doble a la del mar Caspio. Se trata de las estepas que, a una y otra orilla del Volga, van a perderse en el horizonte, y a las que las tribus tártaras llevan a pastar sus rebaños de bueyes, caballos y camellos. Estamos casi en Asia.

Entre esta parte del mundo y Europa constituye el Volga un verdadero límite de frontera, y ha sido el río desde el comienzo de los tiempos históricos—y acaso también durante la prehistoria—el nexo entre todas las razas de ambos continentes.

En el vapor que le conducía el viajero inglés de referencia trató de identificar la raza de cada cual de sus compañeros de viaje; pero tuvo que renunciar al cumplimiento de su propósito, como él mismo lo explica en estas líneas:

"No resulta fácil determinar si tal pasajero es de raza eslava y si tal otro ha nacido en Mongolia. Sé que muchos de mis vecinos de mesa son armenios o persas; mas, para formar juicio concreto, es preciso aguardar a que sirvan un asado de cerdo, plato que rehusan los persas, por ser mahometanos.

Pascando por la toldilla veo a un chino, aunque también puede tratarse de un mongol o de un tibetano; pero está vestido a la rusa desde la cabeza a los pies, y su traje aumenta mi confusión.

Este cosaco, de estatura gigantesca, ¿es de Georgia o es circasiano? Aunque bien mirado, y a juzgar por sus rasgos fisonómicos, es posible que sea un armenio."

Es de advertir que los anteriores párrafos se refieren sólo a viajeros de primera y de segunda clases. En tercera, donde hay un dormitorio común, y en cuarta, cuyos pasajeros duermen sobre cubierta, hay un verdadero enjambre de tipos de diferentes razas. En estas dos últimas clases viajan vecinos de los pueblos ribereños, que se dirigen de uno a otro punto cercanos entre sí, en excursiones de placer o de negocios. Allí se ve a los gitanos, con sus osos y monos amaestrados; a los mendigos, armados del violín; a los campesinos, con sus lechoncillos, a los que alimentan con biberón...

Reproduzcamos aún algunas líneas del pasajero inglés:

"A lo largo del Volga toma consistencia la idea de una Rusia en la que abundan todos los productos naturales. Las aves que surcan el río llevan cargadas las bodegas y las cubiertas de banastas de frutas, cuidadosamente envueltas en tela. En la mayoría de los pequeños puertos fluviales se ven amontonados en los muelles melones por millares, y, junto a ellos, enormes pilas de pan de centeno en piezas cuya longitud es de un metro.

Los pasajeros de los vapores hacen cuanto está de su parte porque no se pongan añejas tales mercancías. Espanta lo que se come a bordo. No recuerdo haber recorrido una sola vez el buque, lo mismo de día que durante la noche, sin haber visto a mucha gente con la boca llena. Comer o, mejor dicho, devorar, tal parecía ser la máxima de aquellos pasajeros, tanto de los ricos como de los pobres. ¡Quién hubiera dicho que, al poco tiempo, el hambre había de causar pavorosos estragos en no pocos distritos de aquella Jauja!"

LA COQUETERIA

Se ha dicho que la coquetería es un instinto en la mujer, bueno o malo, según lo emplea y el fin que se propone. Se agrega que es, hasta cierto punto, necesaria.

Serán dos o tres nada más, las personas que condenan la coquetería, sin apelación ni excusa; pero tampoco son más las que la glorifican sin reservas.

La vida necesita ser sazonada con arte y la coquetería es la sal y a veces la pimienta. No es ni una prenda moral, ni un defecto: es un condimento. Tal es la opinión general de los contemporáneos. Pero hay sombras del pasado, célebres y encantadoras, inmortalizadas en el mundo de los recuerdos, a quienes podemos interrogar al respecto. Ellas no tienen por qué recatar las confidencias y nos entregan, no solamente su experiencia, sino también la historia de su vida.

En verdad que a una disquisición sobre la coquetería le faltaría algo si no se invocara la memoria de Mme. Recamier.

La Naturaleza había dotado a Julieta de una belleza encantadora. El alma se asomaba a aquellos ojos de luz purísima, pero guardaba su secreto y mantenía vivo el enigma que hoy podemos descifrar.

La hermosura iba acompañada, según la frase de Benjamín Constant, "de un sentimiento exquisito de elegancia, de fineza, de buen gusto, verdadera nobleza nativa, cuyos títulos están estampados en los rostros de los seres privilegiados".

Encantadora por naturaleza, convertía a sus amigos en adoradores. Ella no quería ni perderlos ni aceptarlos. A lograr ese fin dedicó todos los recursos de la más delicada y de la más culta y de la más segura coquetería. Los mantenía a raya, pero no permitía que se alejaran.

Luciano Bonaparte la escribía: "Os pido que seáis severa conmigo, no me sonriáis, no me habléis: ordenad que me aleje".

Pero nada de esto hacía la bella: contestaba con burlona alegría, aunque también suspiraba de vez en cuando.

Y Luciano estaba tan prendado de la Recamier, que ni la ausencia obligada durante su permanencia en Egipto, le libró de la constante preocupación amorosa.

—Me es imposible odiarla—exclamaba desesperado.

Esto era precisamente lo que ella quería y esto obtuvo no solamente de Luciano Bonaparte y Augusto de Prusia, sino también de un hombre indudablemente más difícil de reducir, muy desconfiado y muy habituado a dominar, de Chateaubriand. Era necesario para someter a René, que Mme. de Recamier tuviera una diplomacia singularmente flexible e ingeniosa.

PEDAGOGIA FESTIVA

Por Juan Manuel Cotta

(Para Fray Mocho)

XX

EL APÓSTOL DEL DIABLO

—Mire, don Pancho, que yo tengo muchos deseos de conocer aquella tan mentada hazaña que le hizo ganar en su juventud el mote de "El Apóstol del Diablo"—dije al viejecito cierta vez.

Don Pancho, risueño, blanco en canas, pero siempre henchido de optimismo, tornó a responderme:

—Verdad; verdad es todo eso que hoy me causa gracia, pero que tan malos momentos me ocasionó. Una cerrazón de beatas y frailes se cernió sobre mi escuela; fuí calumniado, suspendido y trasladado. Después que yo abandoné el lugar, la casa fué rociada con agua bendita, y hasta se lanzaron exorcismos a todos los vientos.

Pinchándole con mi interrogatorio risueño, obtuve con exceso, en una confidencia íntima, lo que buscaba.

Don Pancho tenía en aquellos tiempos veinte años, mucho entusiasmo y una inteligencia vivaz de liberal prematuro que echaba a volar fácil sus pensamientos poco lastrados de erudición pero con el blindaje invulnerable de una lógica natural capaz de arrancar verdades a las observaciones más triviales de la vida social del villorrio.

La escuela normal, de la cual recién había egresado con un título que le capacitaba para el cargo que desempeñaría, no había conseguido, con sus formalismos y recetas pedagógicas, destruirle los valores de su personalidad. Pero con los preceptos infalibles, la limitación del texto y el dogmatismo sin aventuras de los catedráticos ceñidos a la letra del programa oficial, su mentalidad, que había sido privada del libre albedrío de su voluntad, se hallaba entumecida, aunque vigorosa y podía compararse por ello al pichón que se echa por primera vez a los aires desde el cálido nido, dando los primeros tumbos, que son las mejores lecciones de la experiencia.

La escuelita, en aquel apartado lugar, con dos millares de almas por toda población humana, había llevado la lucecita mala de la civilización que brega por ampliar los horizontes aunque sea a costa de las brozas veneradas de la tradición.

La distancia le había librado de las inspecciones que para dejar constancia de su acción, ponen del revés todo lo que el buen dómine quiso levantar del derecho. Era dueño y señor de la casa, de sus métodos y de sus libros, como el cura de la capilla lo era de ésta, de sus misales y de la conciencia de los feligreses.

El cura y don Pancho comenzaron a foguearse sin apercibirse de ello, y sólo a fuerza de hacer obra sincera cada uno dentro de las normas de su misión y al calor de sus propios ideales. El primero henchía de fe su corazón y el de sus creyentes para llegar a la consecución del bien, del amor, de la verdad, de la riqueza terrenal y de la beatitud de los cielos. El segundo perseguía eso mismo por la práctica sana, honrada y leal de la vida, sin ninguna recompensa ulterior a la muerte, que no temía por creerla el más sublime acontecimiento jalonador de la evolución eterna del espíritu a través de la materia y de los tiempos.

Cuando como por sobre los cercos comenzaron el cura y el maestro a divisar el crecimiento de sus rebaños, compulsaron sus ideas, se desasosegaron y se gruñeron bajo, primero, y alto, después, para amainar en seguida en la superficie de sus ánimos y del ambiente, pero con la sutil prevención diplomática que los llevaría por encontrados caminos a la conquista del mismo objetivo: el hombre.

El sacerdote repicaba en la cuerda eterna. El maestro decía cosas al parecer nuevas allí. Y esto, en los pueblos, es cosquilleo al principio, y después preocupación, dolor, lucha, convencimiento...

Los corderos comenzaron a abrir brechas en el viejo redil. El santo pastor no los pudo retener ni aún a latigazos, mientras que el predicador laico los vió llegar de alborada en alborada al son exótico de su flauta demoníaca.

Un buen día, obligado por la superioridad escolar que le amonestaba en atención a las quejas que había recibido de parte de algunos padres a propósito de su inveterado olvido en la enseñanza de las nociones religiosas, entonces en vigencia, don Pancho habló así a sus diez o doce mozas y mozos de la sección adelantada que acababan de hacer sus ejercicios litúrgicos a raíz de las proximidades de la Semana Santa:

"No abominen siempre del Diablo, que es como el lado opuesto del buen Dios. Aquél sirve a éste como la sombra sirve a la luz para diferenciar las cosas y como el reverso al anverso para completar la medalla. ¿Cómo se mediría la bondad si todo fuese igualmente bueno? Y ¿qué falta nos haría Dios si todos hubiésemos llegado a la perfección angelical? ¿Qué oportunidad habría, de otro modo, sin las picarezcas insinuaciones del Diablo, para que Dios ejercitara su gracia? ¿A quién le importaría entonces buscar el camino del cielo?..."

Los muchachos, que al principio se hacían cruces, habían comenzado a pensar por primera vez en sus quince y más años. Con esa especie de horror ético que tiene mucho de vértigo espiritual sobre los dos abismos mentales más estupendos: el error y el enigma, cada uno de los que le escuchaban abría los ojos como bocas ansiosas de succionar un nutritivo alimento.

Don Pancho, consciente de su argumentación paradójica, quería ablandar como a mazazos aquellas molleras próximas a clausurarse con toda una serie de prejuicios y fábulas enquistadas en el encéfalo. De modo que aprovechando el momento, violentó de este modo su prédica:

"El Diablo crea lo que Dios sólo se afana por conservar. Si el Diablo no hubiera estimulado a Eva, bajo la forma bíblica de la serpiente, a la realización trascendental de la vida en la fusión lógica y natural del amor, que por un malicioso prejuicio dogmático se llama "pecado", el pobre Adán andaría vagando tontamente para satisfacer a Dios, mientras la humanidad del futuro — nosotros mismos: energía reconcentrada en cada uno de sus embriones sementales, — pugnara por crecer y multiplicarse en cualquier redoma o matriz."

Las muchachas se habían puesto coloradotas. El menos inteligente de los mozuelos se había sonreído.

Don Pancho buscó entonces otra huella y terminó con estas palabras:

"Prometeo no es más que el Diablo helénico. El Diablo siempre ha movido y mueve todos los resortes. El Diablo es activo. Corre en la tempestad, como en el rayo. Pero crea las velas, el timón y el vapor para echar al hombre al mar y divertirse a sus anchas. Le sopla luego a Franklin la idea del pararrayos para reírse del fervor de los creyentes que colocan en sus cúpulas ese dichoso aparatito protector de las cruces que alargan sus brazos implorantes. Giordano Bruno y Servet fueron tentados por el Diablo, que quería acaso burlarse de la ignorancia que les quemó para recibir como merecido premio el baldón eterno de las civilizaciones posteriores. Lo mismo hizo con Galileo... Ni Volta ni Dante, ni Pasteur, ni Marconi, ni todas las cumbres que quedan entre estos hitos, hubieran hecho nada sobrehumano si hubieran vivido gordos, tranquilos y esperanzados en la inmortalidad beatífica del paraíso."

Los muchachos y las mozas salieron de sus pesadillas al golpe habitual que don Pancho daba sobre el pupitre marcando el final de la clase. Entonces, ya de pie, sereno, les dijo el maestro:

"No calumnien tanto al Diablo, que es sólo una frase aplicada al espíritu creador que se reencarna en los hombres más grandes que ha tenido el mundo. Si quieren, calúmnienme a mí..."

Terminada la lección y reintegrado aquel grupo de seres ingenuos a la mediocridad del ambiente, ardió Troya. Por temor no calumniaron al Diablo, como se los había pedido don Pancho, pero sí a éste, hasta despellejarlo en los corrillos del atrio y en las hojas de los pasquines.

A raíz de esta prédica le motejaron, reclamaron su destitución y le apalearon de llapa.

Al través de cuarenta años, sino vencido, al menos domesticado por las necesidades y la vejez, don Pancho decía: "Me anticipé. Ahora sería otra cosa. Pero eso queda para ustedes. Yo ya me voy..."

Efectivamente, el viejo maestro se iba. Y se fué una lloviosa noche de invierno, acaso con el Diablo, según las viejas de su tiempo que andaban ya por marcharse con Dios.

XXI

SOBRE UNA ANÉCDOTA DE SARMIENTO

Hacía más de una semana que llovía. Los canales se habían desbordado y el agua inundaba la mayor parte de las calles de la ciudad. Los diarios locales hablaban de tristes presagios y detallaban el cuadro de la miseria suburbana y el hacinamiento antihigiénico de las pobres gentes de los campos, que habían huído en busca de refugio.

El agua que viene, que cae o caerá, eran los temas obligados en todos los corrillos. Divisada la campaña desde las azoteas, ofrecía el aspecto de un inmenso mar sereno cruzado en este o aquel rumbo por diminutas embarcaciones que singaban flacos jamelgos.

La caza de patos y las cuereadas de nutrias constituían el único renglón de economía que no explotaban tan mal los que no tenían más prenda que el caballo de montar o su mujer cargada de prole.

Bien. Aquel "día gris", neblinoso, interrumpido por los truenos y aguaceros con recias pedreas de granizo y viento helado, no era lo mejor ni lo peor de todo lo que habíamos vivido de ese invierno maldito. Pero convengamos que se precisaba ser héroe, patriota o qué sé yo para arriesgarse a llegar hasta la escuela. Sin embargo, me encontraba yo allí desde temprano, acurrucado detrás de las vidrieras de unos de los salones que dan al patio, cuando entró mi camarada Roberto, con el paraguas roto por una racha de viento. Chorreaba agua desde la copa del sombrero y rezongaba como un negro, de este modo:

—Se necesita ser imbécil. Por no falsear el reglamento. Para que a fin de año me citen entre los maestros que, tuberculosos o neurasténicos, tuvieron asistencia perfecta porque no faltaron un día y fueron bajo el sol o la lluvia—tras, tras, tras,—siempre firmes e igual que esos bueyes de las viejas carretas, que no han inventado nada más que las huellas hondas de sus bestiales pesuñas...

No pude menos que soltar tremenda risotada.

Roberto entonces me encaró así:

—¡Eh!, can oficial. Tú no serías capaz de disculparme ni este día, ¿verdad?

—Si ocuparas mi modesto cargo de director, tú harías lo mismo.

—Quizá, querido perro. Quizá... Pero no me discutas que esto no es estúpido...

En ese momento entró un chiquillo. El único, y ya eran las nueve. Venía hecho un patito. La tinta de los cuadernos le chorreaba por los blancos, sobre el delantal que la lluvia le había desmugrado un poco. Las uñas de sus diez dedos asomaban placenteras por las puntas de sus zapatillas. Los mocos le subían del labio a las fosas a consecuencia de la respiración agitada. En sus ojos vivarachos retozaba la alegría de la más descocada audacia.

Roberto se había quedado mirándolo. De repente dijo sonriente:

—Sarmiento...

—Ya lo creo—asentí.—Como no vendrán más, lo despacharemos. Pero ve, tú, Roberto, acaríciale, estimúlale y dile que se vaya a su casita satisfecho de ser el único alumno que se ha atrevido a desafiar el frío y el viento por cumplir con su deber.

Roberto no me respondió. Llamó al chiquillo y le dijo sin preámbulo:

—Che, pillete. Si te quedas aquí, te

vas a morir de frío. Vete a tu casa, te sacas la ropa, te la haces lavar del todo y vienes cuando abra el sol, mañana u otro día; y toma estos veinte centavos, compras harina y le dices a tu mamá que te haga tortas fritas para entrar en calor. ¡Hasta que haga buen tiempo!

Mientras el muchacho salía dando saltos de contento, increpé a mi subalterno:

—Pero eso está mal, señor maestro de segundo grado. No cumple usted con su deber de educador y hasta me ha desobedecido.

—Mira, querido, así mojado y expuesto a una pulmonía, no estoy en condiciones de oír tu cátedra de ética oficial. Dejate de pamplinas. Tú hablas por la pauta del Reglamento. Yo hablo por todos los poros de mi existencia. ¿A que tú crees en la tonta anécdota que le han endilgado al genial viejo Sarmiento? ¿A que la has enseñado y repetido cien veces como a un torpe dogma de catecismo, sin percatarte de que en la realidad de la vida escolar las cosas no ocurren así? ¿Conoces tú al chiquillo que se acaba de ir? Es el famoso rabonero Juan Peralta. Es inteligente, lo sé, pero más diablo que el demonio. ¿Crees que ha venido por satisfacer un sentimiento de nobleza que no está capacitado para experimentar aún? No; qué esperanza. Ha venido por mojarse. El instinto de conservación higiénica lo ha tirado hacia la calle. Su mugre le ha ladrado ansiosa de un remojo. Mañana o cuando venga, aprovechará la hazaña para burlarse de los demás, tildándolos de flojos, tontos y otros denuestos peores. Y acaso mostrará el paquete de cigarrillos que se comprará con lo que le di para tortas fritas.

Yo me hacía cruces. Roberto continuó:

—He ahí cómo habría sido Sarmiento si hubiese concurrido siempre bajo las lluvias torrenciales a su escuela lugareña. Pero acaso se lo hubiese llevado en flor cualquier pulmonía doble.

—Colega..., colega...

—No te alarmes, fiel can. No te alarmes, buen dómine ignorante de la Geografía Nacional.

—¿Eh?... ¿Eh?... ¿Cómo?

Roberto, riéndose, sintetizó así su explicación:

—¡Pero si en San Juan llueve poco o no llueve nunca! ¿Cómo no iba a ser por esta razón asiduo concurrente nuestro padre de la escuela argentina dados sus singulares afanes? Hubiera estado por aquí, en el litoral, nos contarían otra cosa. Los mismos buenos padres y maestros no le hubieran dejado hacer semejante aventura, que a nada más que al alarde y al riesgo de la salud le hubieran conducido.

Por otra parte — y esto no va en aire, y meterse toda la Naturaleza por todos los sentidos, para en un día no lejano parirla mentalmente en las eternamente bellas y realistas páginas de "Facundo" o "Recuerdos de Provincia".

Las anécdotas que de Sarmiento se cuentan en las escuelas pertenecen en su mayor parte a una pedagogía patriotera que no siempre hace querer, comprender ni admirar su genio. Por



mengua de nuestro primer educador siempre digno de que se le siga adorando como a un apóstol,—los que en sus libros, en su actuación política y en sus salidas geniales nos hemos compenetrado de su psicología, bien podemos hacer una incursión lógica en sentido retrospectivo hasta su infancia, para encontrarnos allí con un pillete audaz, vivo, alocadito, bravo e inteligentísimo—como Juan Peralta, —que iba a corretear sapos los días de lluvia y que huía del aula antihigiénica y de los métodos brutales de enseñanza para empaparse de sol y de pronto, yo no cuento ni aconsejo que se cuente esa anécdota famosa de su puntualidad. Te prevengo que cuando yo era chico, dije para mis adentros al oír esa misma pavada en boca de la maestra que nos la narraba en frío: "Si sería tonto Sarmiento". Porque en ninguna mente infantil entra la lógica de esa virtud que forjamos los mayores disfrazando nuestros sentimientos para engañar a los pebetes. A mí, como a cualquier niño, la lluvia me encantaba porque no iba a la escuela, porque se comían tortas fritas, porque hacía botecitos de papel, chapaleaba en patitas y aun me trepaba a los árboles a comer "goma" o fruta verde, o zamarreaba los sauces para hacer mojar algún otro chico más tonto que cuidaba su trajecito. Si me hubiera dicho entonces la pobre maestrilla que por esto y no por la virtud de ir a clase me parecía a Sarmiento, qué dos hermosas alas de ilusión hubiera sentido crecer prematuramente en mi espíritu soñador.

Pero cuán al contrario acontecía. Al día siguiente se nos regañaba, y se nos decía que no eramos como Sarmiento; que por haber faltado a clase se nos privaría hasta del recreo...

Sin rebatirle una idea, dije a Roberto:

—Eres un buen loco.

Eché llave y salimos mojados y dando los primeros estornudos de un posible resfrío.

Tandil, 1925.

La sabina

Este árbol, que tanto abunda en nuestros montes, goza de propiedades que se utilizaron mucho antiguamente en la medicina. Hoy su aplicación se halla proscrita casi exclusivamente a la veterinaria, donde se emplea como detergente. Mezclando el jugo de las hojas con leche, o cociéndolas en este líquido, sirve como vermífugo. Puede aplicarse también al exterior, con buen éxito, su cocimiento, contra la sarna y úlceras pútridas.

El aceite de sabina es eficaz contra los dolores neurálgicos. Se administran los polvos en píldoras, en cantidad de 50 centigramos a un gramo. En la infusión entran de uno a ocho gramos por kilogramo de agua, y de 15 a 30 gramos en la loción para la sarna.

Por lo demás, sabido es que las hojas de esta planta tienen un sabor amargo y acre y un olor fuerte y aromático, conteniendo resina y aceite volátil. Aplicadas las hojas sobre la piel, producen inflamación. Administradas a fuertes dosis, causan irritaciones estomacales, vómitos, cólicos y otros desarreglos en el organismo.

En qué consiste el daltonismo

Cuando el ojo ve el rojo puro, 401.000 millones de ondas impresionan la retina en un segundo; si se mira un violeta, el número de ondas aumenta hasta 764.000 millones. Entre estos dos extremos hay un número casi ilimitado de vibraciones.

El ojo más perfecto sólo puede apreciar el 20 por 100 de las ondas luminosas que vibran en el espacio. Para el resto de los colores todos padecemos de "acromatopsia". Todas las ondas más largas de 7.200 por centímetro, color rojo, y más cortas que 12.200, color violeta, son invisibles para nuestro órgano visual. Las ondas más largas que las del rojo se llaman intrarrojo, desconocidas y eléctricas. Las más cortas que el violeta se denominan ultravioleta y rayos Roentgen. Con ayuda del fluoroscopio, que retarda la velocidad, el ojo puede percibir los rayos ultravioletas. Los rayos intrarrojos se dejan sentir en forma de calor.

Hay dos clases de ondas luminosas: las de color y las blancas. Cuando un foco de luz, el sol, por ejemplo, ilumina un objeto, parte de la luz es absorbida y parte reflejada. Esta última es la luminosidad del objeto, forma de luz siempre perceptible.

Cuanto más luminoso es un objeto, más intenso es el efecto en la retina, más estimulante la luz, y por consiguiente, mayor cansancio para la retina que, momentáneamente, se paraliza en los conos correspondientes a tal color. Mírese al sol, luego a otro sitio, y veremos la imagen del sol, pero de color azul pálido, que es el contraste del amarillo anaranjado del sol, su color complementario.

Si miramos fijamente a una imagen, los conos o alfileres que perciben el rojo, se cansan, se anulan, y si miramos a otra imagen no veremos ninguno de sus rayos rojos. En este caso, padecemos de daltonismo del rojo momentáneamente.

Las ondas de cada color impresionan sus respectivos conos en la retina, y cada color primario tiene su serie de conos. Si en un ojo faltan, por ejemplo, los 500.000 conos o alfileres del verde, aquel ojo tendrá la ceguera del verde y no percibirá tal color; pero como conserva las agujas o varillas, percibirá la intensidad de la luz, un gris más o menos acentuado, y así con los demás colores.

Si una persona que padece de daltonismo del rojo contempla la bandera española, verá bien el amarillo, pero del rojo verá el amarillo, más la luminosidad del rojo, es decir, un amarillo sucio, ceniciento. Generalmente, se percibe un tanto de color, pues es muy raro que falten en absoluto todos los conos de un color, y en este caso, el rojo de la bandera no sería enteramente gris, sino que tendría algún matiz rojizo. Para el que padece de acromatopsia total, todos los objetos aparecen en blanco y negro, con todos sus grados intermedios, como una fotografía. Pero este daltonismo absoluto es rarísimo. Lo general es la ceguera de uno o dos colores, el rojo y el verde, o ambos a la vez. La acromatopsia ha existido, probablemente, desde el principio de la Humanidad, pero sólo hace ciento cincuenta años que se conoce y estudia.

El descriptor del daltonismo

El primero que lo describió, con su propio caso, fué el químico inglés Dalton, en 1774. Pertenecía este químico a la secta de los cuáqueros, que siempre visten de gris. Un día Dalton se presentó ante la Asamblea de Amigos con el traje gris de costumbre, pero con las medias rojas. Fué tremenda la indignación de sus correligionarios. Escandalizados le apostrofaron duramente, y la indignación llegó al colmo cuando el acusado afirmó que no llevaba medias rojas. Según él, iba vestido como los demás, y ante su tenacidad y la negativa de su falta se pensó en expulsarle de la Congregación.

Dalton, sinceramente, no sabía que se había puesto unas medias color de escarlata. Para él eran grises. Cuando en la Universidad de Oxford recibió la toca roja del doctorado, Dalton pudo apreciar la honorífica distinción, mas no el color de la vestidura. Padecía ceguera del color rojo.

El rojo y el verde, los colores más frecuentemente inapreciables en el daltonismo, son los que más se usan en las señales ferroviarias y marítimas, y todos los empleados en estos servicios deben ser debida y escrupulosamente examinados antes de encomendarles estos cargos.

El daltonismo es, por lo general, un defecto de nacimiento y se considera incurable. Pero también puede ser producido por un golpe, una sacudida o por el mismo uso del tabaco; algunas drogas causan un daltonismo temporal.

En la ambliapía tabélica el rojo es el color que primero desaparece y lo mismo ocurre con la esclerosis en placas.

Las estadísticas demuestran la frecuencia de esta enfermedad. Holmgren la calcula en un 2 por 100. Los hombres son más atacados que las mujeres. Joy Peffries asevera que el 5 por 100 de la población americana padece ceguera de colores.



La pesca a mano

El trabajo piscatorio en las islas de coral

Primitiva y rara, pero productiva, es la manera de pescar de los papúas, una de las principales ocupaciones de estos oceánicos, por lo que los hechiceros del mar son tenidos entre ellos en gran consideración.

El día antes de emprender una excursión pesquera, los hechiceros practican infinidad de ritos para que la pesca sea abundante.

Los habitantes de la costa practican esta ocupación, no sólo para subvenir a sus necesidades, sino también para cambiar la pesca con los habitantes del interior por los productos de la tierra. Además, los papúas tienen verdadera afición al pescado, su alimento predilecto.

La pesca a mano es interesantísima. Dejemos que un viajero nos relate una que tuvo ocasión de presenciar:

"El calor era intenso, el sol tropical lanzaba sus ardientes rayos sobre la masa líquida, tranquila como una balsa, transparente como un vidrio, en la que se reflejaban como en espejo los cocoteros de la orilla. El fondo se veía tapizado de corales, y multitud de peces de variados colores nadaban por entre aquel bosque de vegetación de coral.

Los papúas se prepararon para la pesca. De los botes en que iban empezaron a deslizarse, dejándose caer suavemente en el transparente líquido de zafiro, hasta llegar al fondo, que a una profundidad de ocho brazas se veía perfectamente. Tal era la limpidez y transparencia del agua.

Lo que vi me dejó atónito. Aquellos hombres empezaron a andar por el fondo del agua como si estuviesen al aire libre. ¿Cómo podían hacer aquella maravilla? Imposible explicármelo. De vez en cuando se agachaban ante un agujero, hurgaban con un palo que llevaban en la mano izquierda y extendían la derecha, con la que tomaban el pez que huía de aquella molestia. En unos momentos llenaba los zurrones de que iban provistos. Un muchacho se lanzó como una saeta sobre un pez que pasaba veloz y lo tomó con rapidez asombrosa.

Entonces vi uno de los episodios más emocionantes que he presenciado en mi vida. Parecía un estudiado truco de película, pero era una escena real y verdadera.

El muchacho en quien tenía fija la atención estaba metiendo otro pez en su zurrón de red, cuando apareció una forma negra, alargada, enorme. Era terrible, fascinador, ver aquella escena en el fondo del mar; aquello sólo podía terminar de una manera: el muchacho estaba perdido. El horrible monstruo, el enorme tiburón se acercaba veloz.

Rápidamente, con un brusco movimiento, el joven papúa se echó hacia atrás, dando frente al escualo, y se metió en un hueco que formaban dos corales, en donde apenas cabía. No podía retroceder más, y allí permaneció quieto, inmóvil, mirando al monstruo con ojos maliciosos. Aquella escena, que duró un par de minutos, me pareció eterna.

El tiburón atacó; pero no podía alcanzar con sus dientes al muchacho. Mas aquello no podía durar. Era imposible que el papúa resistiese más tiempo sin respirar. Entonces arrojó su zurrón a un lado, y el tiburón se lanzó voraz sobre aquella presa, y el muchacho, dando una patada en el suelo, subió a la superficie y se encaramó en el bote con una tranquilidad espantosa, como si nada le hubiese ocurrido.

Descansó unos minutos, tomó un cuchillo y volvió a bajar al fondo del mar.

Algunas veces, pero no en aquella ocasión, suelen emplear para la pesca una pasta que hacen en forma de bolas con la raíz de una planta que llaman *tuha*, y que colocan en los corales más frecuentados por los peces. La *tuha* los atonta, y los indígenas pueden entonces cogerlos con la mano con más facilidad.

La pesca a mano, con red y con aparejo, son sus maneras de pescar; pero la primera es la más preferida de los papúas.

También pescan con cometas que llevan en la cola el cebo y una pequeña red impregnada de materia aglutinante. Dejan que la red toque la superficie de agua, y los peces que acuden quedan aprisionados en la red. Aunque la carne del tiburón no es muy apreciada, algunos indígenas la comen. Sin embargo, se dedican a pescarlos para desembarazar de aquellos monstruos—inútil tarea—aquellos mares en donde tanto abundan.

Para tomarlos ponen trampas con nudos corredizos, con el cebo dispuesto de tal forma, que los tiburones tengan que meter la cabeza en el lazo.

Para atraer a estos escualos hacen ruido con cáscaras de coco frotándolas y golpeándolas unas con otras, y los monstruos acuden, no se sabe si por curiosidad o porque el ruido producido se parezca al de algún pescado que sea bocado favorito de estos voraces animales.

Desde la infancia, los papúas educan a sus hijos para hacer de ellos hábiles pescadores. Les enseñan a hacer redes y aparejos, a preparar el cebo, a nadar y bucear y a aguantar en el fondo del mar sin respirar. Es verdaderamente asombroso, ¡es incomprensible; pero es un hecho: estos pescadores papúas permanecen sin respirar en el fondo del mar minutos y minutos. El verlo causa angustia y ahogo; una inquietud intolerable por poco nervioso que uno sea.

Los pequeñuelos aprenden muy pronto a manejar arcos y flechas diminutos, y a pasar la vida en el agua pescando a saetazos. Junto a los hombres siempre se ve multitud de estos arqueros, pequeños Cupidos negros. Se meten en el agua hasta las rodillas, echan cebo ante ellos, y con el arco preparado esperan pacientes, y en cuanto tienen el pez al alcance de su flecha, disparan con una puntería tan certera que siempre dan en el blanco. La refracción no es para ellos inconveniente alguno: la tienen bien calculada, y el tiro es seguro.

También pescan con redes hechas con telas de araña, arte que ya conocen muchos lectores por habernos ocupado de este asunto hace muy poco.

Sin embargo, no quiero pasar por alto lo que presencié un día.

Hermosísima era aquella mañana tropical; en el aire resonaban los gritos y cánticos de las aves, de brillante plumaje; las chiclunas ensordecían con su ruido monótono y penetrante; las palmeras balanceaban sus elegantes plumas al suave impulso de la brisa.

Me encontraba en un poblado en el que todos los niños de menos de once años habían decidido salir en excursión piscatoria.

El grupo de chiquillos se alejó unos pasos, y a los pocos momentos volvieron provistos de largos y fuertes juncos, con los que hicieron unas redes con telas de araña que ya tenían preparadas de antemano. Los delicados dedos de aquellos diablejos trabajaban con rapidez y soltura, y en poco tiempo tuvieron dispuestos sus utensilios de pesca. Se pertrecharon con sacos de red vegetal y partieron en alegre grupo, soportando sobre sus peladas y relucientes cabezas los abrasadores rayos del sol tropical.

Iban orgullosos, con el pecho sacado, andando como los mayores, como si fueran a desempeñar importantísima misión.

Con sentimiento les vi partir, pues gentilmente les hubiese acompañado; pero me era imposible abandonar mi trabajo en aquellos momentos.

No había pasado mucho tiempo cuando les vi aparecer. Venían sin las redes; pero todos traían multitud de peces ensartados en varillas o metidos en sus sacos de red, que brillaban como si fuesen lingotes de plata bruñida.

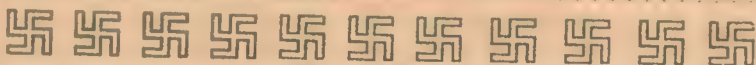
Reían, charlaban y saltaban de satisfacción y orgullo natural."

El camino más largo

El camino más largo del mundo se encuentra en los Estados Unidos. Tiene su punto de partida en el mismo Nueva York, en la esquina de las calles 42 y 5.ª Avenida. Allí existe, en efecto, un poste que sostiene la siguiente placa indicadora: *Ruta de Lincoln-San Francisco: 3.384 millas.*

La longitud de este camino alcanza, pues, a los 5.955 kilómetros próximamente, y su anchura es de 20 metros en toda su extensión.

Atraviesa doce Estados o provincias.



Fatalidad

(Del próximo libro "La voz de la Esfinge")

Caerás bajo el peso de tu duda tremenda
en la noche doliente donde aprendí a cantar;
y andarás por el orbe con la carga estupenda
de mis sueños, señora, bajo el cielo lunar.

Yo seré la congoja de tu fatal caída,
una nave sin rumbo por las trombas del mar!
y al saber el secreto que consteló tu vida
naufragaré en el choque de mi propio pesar.

El vulgo temerario meditará las cosas;
mi huerto estremecido, sus frutos cargará;
dementes de ternura, renacerán mis rosas;
y un ánima sombría de horror las cegará!

Las cegará en las noches silentes de la muerte
y estrujará enervante su esencia a cada flor
que también en aroma mi espíritu se vierte
estrujado en las manos supremas del dolor.

Y cuando asome el alba por entre los escombros
de mis marchitas flores, temblando de ansiedad,
te alejarás llevando fatal, sobre tus hombros,
mi estirpe en las semillas que urdió la eternidad.

Después cuando sembrados, con una horrible mueca
de dolor y de espanto perderás toda fe
al ver cómo la tierra florecida y reseca
no fecunda, si todo su perfume estrujé!

Rodolfo MARASSO ROCCA.



Definiciones criollas

Por Eduardo Schiaffino

(Del libro "Recodos en el sendero", próximo a aparecer)

Al Dr. Francisco Uriburu.

I

(La escena pasa en clase. Entrada del profesor Montesinos, tieso, abrochado hasta el cuello en un largo levitón. Se acomoda en la cátedra, tose y se suena; sus lentes relampaguean a cada movimiento.)

Profesor Montesinos.—Ayer les he dicho qué cosa es de-fi-ni-ción. Sé que la memoria de ustedes es notable. Ahora necesito ejemplos, quiero que ustedes los hagan para probar que han entendido. Excuso repetir que los ejemplos deben ser locales; es decir, referirse siempre a Buenos Aires, y huir de la retórica como de la peste. A ver: ¿Qué es una fuente pública?

Yayo.—¿Fuente pública? Una macana de fierro o mármol sedienta de agua.

Profesor *(que había fruncido el ceño, serenándose)*.—En ninguna parte del mundo, amiguito, podría pasar eso que usted ha dicho por la definición de una fuente pública—ni siquiera privada;—pero convengo con usted en que aquí sería difícil definirla de otro modo. Bueno, ¿qué cosa es río?

Chingo.—Una inmensa extensión de agua que no sirve para nada.

Quelote.—Un caudal de agua invisible.

Yayo.—En donde está prohibido bañarse.

Profesor.—¡Demonio! ¿Pero de qué río están ustedes hablando?

Chingo.—¿El señor profesor no nos ha recomendado que tomemos los ejemplos en Buenos Aires? Nos estamos refiriendo al río de la Plata (1).

Profesor *(para sus adentros)*.—¡Estos granujas tienen razón! ¡Pero también yo no puedo pedirles que me citen ejemplos del Bramaputra! *(Alzando la voz)*. ¿Qué se entiende por soberanía del pueblo?

Quelote.—Ese derecho sacrosanto e inalienable que tenemos todos los ciudadanos a figurar en el censo.

Profesor *(incrédulo)*.—¿Con nombre y apellido?

Quelote.—No, señor, como unidad.

Profesor.—¿Y qué cosa es pueblo?

Yayo.—Una muchedumbre invisible y silenciosa; se hace sentir pagando los impuestos; ella prolonga la ciudad, es el ogro de los mercados de abasto y abastece los cementerios.

Profesor.—Ya que estamos en esto, ¿qué cosa es opinión pública?

Chingo.—Una porción de ceros que todos tenemos la facultad de agregar a nuestro modo de pensar, a fin de impresionar el vecino.

Profesor.—¿Qué es un millonario?

Yayo.—El muerto del día, cuando deja varios millones.

Profesor.—¿Acaso no hay millonarios vivos?

Yayo.—Ninguno conocido.

Profesor.—¿Qué se entiende por una viuda?

Quelote.—El hombre-chancho que sale de noche a asustar la gente.

Pito.—Un pajarito chiquito con un collarcito.

Profesor.—¡Qué disparate! Estoy hablando de una mujer, quiero referirme a una viuda joven.

Chingo.—¿Viuda joven? Es lo mismo que el contendiente que en un pase de armas queda desarmado en el primer asalto.

Profesor.—Ustedes habrán oído, por casualidad, decir alguna vez: mi china. ¿Qué debe entenderse por esa cariñosa expresión?

Chingo.—Decimos mi china, como decimos mi casa, por hablar de algo que no nos pertenece y en el mejor de los casos tenemos alquilado.

Profesor *(inquieto)*.—Salgamos al campo; ¿qué cosa es una palmera?

Yayo.—Un quitasol de tul.

Profesor.—¿Y el paseo de Palermo?

Yayo.—Una calesita de buen tono, en donde los caballos son de carne y las mujeres de madera.

Profesor.—Aunque sea prematuro, ¿qué cosa es una novia?

Chingo.—Un objeto de bazar, del que un cliente ha dicho: volveré por él.

Profesor.—¿Qué cosa es suegra?

Yayo.—El comerciante incorporado a la mercancía.

Profesor.—¿Me atrevería a preguntarle qué es una *cocotte?*

Yayo *(desdeñosamente)*.—Un juguete de ocasión siempre pintado de nuevo.

Profesor.—¡Oye! Me parece usted maduro para el matrimonio. ¿Sabe usted lo que es?

Yayo.—Una sociedad de socorros mutuos.

Profesor.—¿Y el amor libre?

Chingo.—Un pic-nic que se prolonga indefinitivamente.

Profesor.—Maticemos ¿qué cosa es la ley?

Quelote.—Una medida tan falsa que con ella todos los hombres parecen iguales.

Profesor.—No veo inconveniente. ¿Cree usted entonces que hay diferencias tan grandes entre los hombres?

Quelote.—Para unos pocos que tienen temperamento, ¡cuántos no tienen sino temperatura!

Profesor.—¿Qué es la pampa?

Chingo.—Un paisaje bellísimo, al decir del buey o del propietario.

Profesor.—¿Qué es mamífero?

Quelote.—El que tiene mamas

Profesor.—Cíteme uno.

Perucho.—El pato.

Profesor.—¡Oiga! ¿Tan luego el pato?

Perucho *(convencido)*.—Sí, señor profesor; en casa hay una pata que es mama de ocho patitos.

Profesor.—Y diga usted: ¿es usted mamífero?

Pito.—El no es pato...

Perucho.—No, señor profesor; yo no soy mamífero porque mi mama se me ha muerto.

Pito *(con marcado acento serrano)*.—El es paapífero porque tiene páapa.

Profesor.—¿Qué se entiende ahora por poeta?

Yayo.—Algo que no se entiende.

Profesor.—Pero en fin, ¿si se entendiera?

Yayo.—Un joven, más o menos viejo, que al par de Sansón tiene su fuerza en los cabellos, o al par de un motor tiene varios *caballos* de fuerza.

Profesor.—¿Cree usted, como muchos, que la poesía tiende a desaparecer de la preocupación de los hombres?

Yayo.—De ninguna manera; el espíritu humano es magnificador por excelencia, lo es por naturaleza y por elección. El hombre vuela con la imaginación como el pájaro con las alas; es cierto que también entre los pájaros se cuenta el pájaro-bobo, los petreles y los pingüinos, pájaros niños o pájaros mancos, provistos apenas con un muñón de inválido; ellos son los que consideran inútil y hasta peligroso el vuelo del albatros, el del águila o el del cóndor. Es lo mismo que si so pretexto de utilidad pública una asamblea de lombrices condenara a rampar a las mariposas.

Profesor.—Bueno, bueno, señor poeta, ¿y qué cosa es un pedagogo?

Yayo.—Un instrumento de viento.

Chingo.—El cómico de la legua de la enseñanza.

Profesor *(carmesí y vociferando)*.—Ahora verán ustedes lo que son dos chicos insolentes en penitencia: ¡Yayo y Chingo! A copiar cien veces, en letras gordas, la definición del pedagogo que voy a escribir en la pizarra; todos los demás podrán irse, después de haberla leído. *(El profesor se levanta y majestuoso escribe con tiza en grandes letras blancas)*: "El pedagogo es el faro tutelar de la juventud; su luz fija, disipa las tinieblas y señala la gran ruta".

Coro de niños *(respetuosamente)*.—La grandísima ruta.

(1) Este capítulo fué comenzado antes de la Avenida Costanera y del Balneario Municipal.



II

Profesor Montesinos.—Al volver a reunirnos después de vacaciones y antes de comenzar el nuevo curso, quiero recordarles que me he propuesto abolir en esta clase el abuso de la retórica, del que yo mismo he sido víctima y no estoy a veces exento. No es mi propósito formar futuros académicos, sino mentes libres, capaces de expresar sintéticamente opiniones y juicios sin rodeos. Y como no es posible, por ahora, prescindir de sanciones y de recompensas, tendremos una de cada especie: el poroto negro servirá de sanción para los lugares comunes y las gárgaras retóricas. Al lugar común prefiero cien veces la paradoja; en ella al menos puede estar contenida la verdad de mañana. Cinco porotos negros al final del año escolar son el equivalente de *Oficial de Academia*. Diez porotos negros imponen el uso moral del uniforme verde cotorra, con espadín y falucho. En cambio conferiremos por aclamación *la Corona de yuyo*, que reemplaza entre nosotros el laurel de los clásicos y de los guisos, al que se muestre digno de recompensa.

Apenas terminado el curso anterior, una mano anónima—que debe hallarse presente—me remitió una fuente de porotos negros... *(Murmullos)*. No quiero saber quién fué. Confieso que me costó digerirlos, pero ahora creo haberlos asimilado.

Ya les he dicho antes que yo cursé mis estudios en la Escuela Normal de Dolores en la Era Victoriana; ya saben que aquel poeta y educacionista fué uno de los más conspicuos sobrevivientes de la fauna retórica que otrora floreció en "la Atenas del Plata", y todavía, a pesar de mis esfuerzos, en cuanto me descuido, la manera metafórica y el estilo cultiparlista de D. Victoriano retoza en mis entrañas. Es por esto que quiero librarles de tan funesta herencia y tratar de que el espíritu de ustedes sea libre e independiente. *(Aplausos prolongados y gritos: ¡la corona de yuyo!)* Ahora a trabajar. Vamos a ver, Quelote; ¿qué es Historia?

Quelote.—El registro de las anulaciones sucesivas de los hombres más eminentes por las mediocridades de su tiempo.

Profesor.—¿Qué es rey?

Chingo.—Un amo con un garrote, cuya imagen idealizada e inofensiva podemos contemplar en el as de bastos de la baraja.

Yayo.—Un amo vitalicio por mandato de familia, rumoroso e inquieto, animado de caprichos y de pasiones.

Profesor.—¿Cuáles son sus atributos?

Chingo.—Sus atributos principales son la espada de la guerra, el garrote de la paz, la copa de los placeres y el corazón de los amoríos, según podemos verlo en la baraja, que encierra la experiencia de las naciones en sus páginas grasientas.

Yayo.—Los persas dicen: la sonrisa del rey muestra dientes de león.

Profesor.—¿Qué es monarquía?

Chingo.—Una colectividad perteneciente y gobernada por un rey.

Profesor.—Deme un ejemplo.

Chingo.—En el burro-tiznado el rey de Bastos gobierna la baraja.

En la penumbra de la sala

Una sutil tonalidad bermeja
colorea las cumbres del poniente,
y al través del cristal opalescente,
se confunde en la luz de tu guedeja...

Tu mano corre por la clave vieja,
tal como un ave que angustiosamente,
buscando cielos, aleteara frente
a los duros barrotes de su reja...

Se esfuma un sueño vago. La angustiosa
expiración del sol tiñe de rosa
los cortinados de la sala. Un ave

bajo el alero en sombras se acurruca,
y un beso a medio hurtar sobre la nuca,
se fuga entre las notas de la clave...

Enrique VELASCO.

San Juan, 1926.

PROFESOR.—¿Qué es república?
QUELOTE.—Una colectividad gobernada por una reina.
PROFESOR *(sorprendido)*.—¿A qué república se refiere?
QUELOTE.—A la república de las abejas: el señor profesor nos ha dicho siempre que es una república gobernada por una reina.
PROFESOR.—¡Vive Dios! Este granuja no echa las cosas en saco roto. Cíteme otra.
QUELOTE.—La república de las Letras.
PROFESOR.—¿Y eso qué es?
CHINGO.—El más ingobernable de los Estados; lo preside el príncipe de los Poetas y cada ciudadano pretende tener al día varios estados de alma, lo que no impide que cuente con algunos desalmados.
PROFESOR.—¿Qué es independencia?
YAYO.—Una de las cosas de que más se habla y aquella que menos se usa.
PROFESOR.—¿Qué es libertad?
YAYO.—Una plaza...
CHINGO.—Lo que todo el mundo se toma.
PROFESOR.—¿Pero existe?
QUELOTE.—¡Cómo no! Hay libertad de reunión, con permiso de la policía; libertad de la prensa, con permiso de la censura; libertad de pensar, con permiso de alguna iglesia; libertad electoral, con permiso de la autoridad competente.
PROFESOR.—Y la libertad de vientre, ¿a quién se le debe?
YAYO.—Al boticario.
QUELOTE.—Al presidente Lincoln.
PROFESOR.—¿Qué premio mereció el ilustre Lincoln por haber abolido la esclavitud?
CHINGO.—Morir de un balazo.
YAYO.—Que su venerado nombre, símbolo de independencia, sirva para bautizar una raza de carneros.
PROFESOR.—No me parece justo. Consuele usted mi espíritu diciendo algo de la justicia.
YAYO.—Es tan rara como el radio; apenas hay una vara en cada pueblo y esa la tiene el alcalde.
CHINGO.—La Justicia es una mujer robusta, vendada e impasible, que maneja una balanza sin pesas y se dispone a reemplazarlas con la Espada de Breno.
PROFESOR.—¡Diantre con el satírico! Decididamente ya no hay infancia... ¿Qué se entiende por infante?
YAYO.—Un chico escapado a menudo al infanticidio.
CHINGO.—El soldado de infantería que marcha siempre a pie, o la alteza real que anda siempre en coche.
YAYO.—Mi hermanito Perucho cuando iba a la Escuela de los sapos.
PROFESOR.—¿Qué escuela es esa?
PERUCHO.—El Jardín de Infantes.
PROFESOR.—¿Qué es religión?
PERUCHO.—Un partido político.
PROFESOR.—¡Oiga! ¿Está seguro?
PERUCHO.—Sí, señor profesor; en todas las citaciones que tatita recibe del Comité viene siempre escrito: "Ilustre correligionario"; y tatita dice, echándose para atrás: "¡La política, tal como nosotros la entendemos, es una verdadera religión!"
PROFESOR.—¿Qué se entiende por Vestal?
YAYO.—Una muchacha agraciada, que desde los catorce hasta los veinticinco años entretenía el fuego sagrado en el Altar de Vesta.
PROFESOR.—¿Acaso no había vestales maduras?
CHINGO.—No se ha conocido ninguna. Después de los veinticinco años obtenían permiso para alimentar algún fuego fatuo, y eran solicitadas como nodrizas.
PROFESOR.—Desde el año anterior no hemos oído nada de la opinión pública.
QUELOTE.—Es un niño de teta regalón, a quien hay que apaciguar mostrándole un seno turgente, pero sin dárselo nunca porque lo muerde.

PROFESOR.—¿Qué se entiende por beatas?
CHINGO.—Son personas de aire compuesto, que usan poner los ojos en blanco, comerse los santos y morder al prójimo; huelen a cera caliente y se mueven con rumor de rosario, con leve chasquido de crótalos; son las víboras de la cruz en el junco social.
PROFESOR.—¿Qué se entiende por nobleza?
QUELOTE.—Un temple de espíritu que lo hace capaz de resistir a toda imposición y a cualquier halago de orden inferior.
YAYO.—Una tendencia invencible a preferir siempre los valores morales.
PERUCHO.—La nobleza es una casta de personas que pretende tener sangre azul; pero no es cierto porque al condesito cuando le rompen la chocolata, le sale la sangre más colorada que salsa de tomate!
EL CONDESITO *(con voz de tiple)*.—¡La sangre de los próceres se ruboriza de que la derrame un patán!

san consideran que ha llegado la hora de emanciparse.
CHINGO.—Cuando los pueblos pierden la paciencia y comienzan a tirar la casa por la ventana, los sesudos imperios los emancipan.
PROFESOR.—¿Qué es honor?
QUELOTE.—Un sentimiento anterior a la industria.
YAYO.—Una esencia imponderable que se evapora por el menor resquicio. Se pretende reemplazarlo por los honores; pero a medida que los honores aumentan, el honor disminuye.
PROFESOR.—¿Qué se entiende por bestia feroz?
YAYO.—El hombre.
QUELOTE.—Aquelas fieras, a veces hermosísimas, como el tigre y el león, que semejantes al hombre sacrifican animales indefensos para saciar su apetito.
CHINGO.—Pero menos crueles que nosotros sólo matan para comer y no por achaque deportivo, haciendo gala de pretendida destreza.

LA CARICATURA DEL CUERVO

Un divertidísimo animal, que puede considerarse como el clown de los pájaros, es un ave perteneciente a la familia de los cuervos, y verdadera caricatura de esa especie ornitológica. Habita en las regiones tropicales, y su plumaje es casi todo negro, roja la cabeza y el pico de un amarillo brillante. La forma singular de los pies sólo le permite una marcha muy torpe y caracterizada por cómicos vaivenes, y que recuerdan los movimientos de los payasos. Cuando despliega las alas, también de extraña forma, parece imitar grotescamente la actitud de saludo de una bailarina. Gusta esa ave pintoresca de tenderse sobre el dorso y, en esa posición, levantarse sobre las patas, mientras mantiene en el suelo el enorme pico, y en tal postura semeja un acróbata. En fin, la figura del curioso pájaro es risible en todos los instantes, y esa comicidad perenne contrasta con la gravedad de los simbolismos atribuídos al cuervo por muchos pueblos de la antigüedad y con lo pavoroso de las supersticiones de que es objeto, aun en nuestros días, ese próximo pariente del alado clown al que acabamos de referirnos.

En la India se personificaban en el cuervo las sombras de los muertos, y por esta razón todavía se deja una parte de la comida para esas aves. Para los antiguos griegos, el cuervo era un ave profética, consagrada a Apolo, con el cisne, y uno y otro simbolizaban el conocimiento que aquel dios tenía del día y de la noche. Los augures romanos llegaban a distinguir hasta 47 variaciones en el graznido del cuervo, que también figura en la mitología escandinava. Suponen en Islandia que, además de adivinar lo por venir, los cuervos saben lo que ocurre a distancia, y que presienten la muerte de las personas, lo que indican posándose en la casa donde ha de ocurrir la defunción y volando después al cementerio, a la vez que lanzan lúgubres graznidos.

El mayor elogio que en aquel país hacen de un sabio, consiste en afirmar de él que conoce el lenguaje del cuervo, lo que equivale a decir que conoce la ciencia de lo oculto. Los normandos llevaban como enseña un cuervo en sus expediciones rapaces.

En fin, se asegura que Groenlandia fué descubierta gracias a los cuervos que en sus navegaciones llevaban los antiguos piratas escandinavos y que soltaban de vez en cuando para ver si hallaban tierra.

La Naturaleza tiene sus humoradas, y ha ridiculizado, como se ve, el pájaro sagrado de los árabes, como abate el orgullo de la especie humana al crear ejemplares de la misma que presenten una gran semejanza con el mono.

PROFESOR.—Ya les he dicho que en mi clase no quiero guerra de clases. ¿Qué es libertad?
CHINGO.—El permiso para hacer alguna cosa.
QUELOTE.—La libertad es un mito, una pretensión ilusoria.
PROFESOR.—¿Qué es licencia?
QUELOTE.—Libertad sin permiso, aunque lleve su nombre, es decir sin trabas.
PROFESOR *(se levanta y escribe en el pizarrón)*.—La libertad es el anhelo de los pueblos esclavizados, y la licencia, el abuso de los esclavos en rebeldía. *(Dirigiéndose a la clase)*: ¿Qué se entiende por reconocimiento de un hijo?
YAYO.—La gratitud que nos debe por haberle engendrado.
QUELOTE.—Reconocer quiere decir olfatear un pariente por su parecido con nosotros y declararlo hijo nuestro.
PROFESOR.—¿Hay una edad para la emancipación de los hombres y de los pueblos?
YAYO.—Cuando los jóvenes comienzan a hacer locuras por las mujeres se les emancipa.
QUELOTE.—Cuando las mujeres se ca-

PROFESOR.—¿Acaso la crueldad procede de la alimentación cárnea?
CHINGO.—Los grandes Inquisidores eran todos vegetarianos y nunca hubo mayor desperdicio de carne asada que en los buenos tiempos de Felipe II.
QUELOTE.—Los chinos, que se alimentan con arroz, inventaron los suplicios más refinados; y los japoneses cuando se suicidan protocolarmente parecen poseídos de sadismo, se socavan el vientre con un cuchillo produciendo torbellinos de sangre semejantes a los chorros de un fuego de artificio.
PROFESOR.—¡Hola, hola! ¿Conoce usted ya el marqués de Sade?
CHINGO.—No diré que el divino marqués sea nuestro libro de cabecera, porque carece de actualidad, pero no lo ignoramos.
PROFESOR.—Si volviéramos a la Biblia, ¿quién fué Job?
QUELOTE.—El único ex millonario capaz de seguir reuniendo a sus amigos en torno a un estercolero.
YAYO.—Los amigos de entonces resistían a la pérdida del automóvil, del palco en la Opera y de la bodega bien provista.

El espantoso martirio de una misionera

Por primera vez en los tiempos modernos ha sido posible escuchar una información auténtica sobre los bárbaros ritos de los sacrificios humanos que han penetrado en estas selvas salvajes de Hukong, en la India.

Quizás si ha habido algunos hombres blancos que han penetrado en estas selvas salvajes e inexploradas; pero los pocos que lo han conseguido es seguro que han pagado con la vida su atrevimiento.

Ultimamente, un osado explorador y misionero el doctor sueco Alex Christiansen y su esposa, se dirigieron a estas regiones con el fin de cristianizar a aquellos caníbales. Fué una verdadera locura en la que insistieron en persistir a pesar de las sabias advertencias que les fueron hechas.

Pasaron muchos meses sin que se supiera nada del matrimonio, hasta que un buen día, en un puesto inglés de la frontera de la selva apareció el doctor, aniquilado, deshecho, despedazado. Estaba completamente agobiado por un rabioso paludismo y en una condición mental tan deprimida, que bien puede decirse que había perdido la razón.

Después de muchos cuidados y una larga convalecencia, pudo al fin hacer declaraciones espeluznantes. Refirió que apenas había penetrado en la selva fué asaltado por los salvajes y llevado a la aldea más cercana. Pretendió entonces tratar algo sobre religión; pero se le declaró esclavo y se le llevó a trabajar a unas minas cercanas. La señora Christiansen, mientras tanto, fué tomada como esclava preferida del jefe de la tribu. Christiansen no era un hombre robusto, por lo que después de cuatro semanas de trabajo en las minas mencionadas su salud ya estaba profundamente quebrantada.

Como castigo por su incapacidad para el trabajo se le condenó al martirio más grande que puede soportar un ser humano. La señora Christiansen había sido escogida como víctima para ser sacrificada a los "espíritus naturales". Christiansen fué atado al tronco de un árbol, frente al sitio donde debía efectuarse el sacrificio de su esposa, quedando obligado, de consiguiente, a contemplar cómo se le cortaba la cabeza, se le arrancaba el corazón y se esparcía la sangre de la víctima por el suelo, como ofrenda para que los espíritus se mostraran propicios. Es seguro, que estaba acordado que el propio doctor Christiansen fuera sacrificado posteriormente; pero para su felicidad o desgracia, sobrevino un ataque de los nativos vecinos y la tribu tuvo que dedicarse a la defensa de sus tierras. En el curso de uno de los combates el doctor pudo escapar y después de increíbles penurias logró llegar al puesto británico en que fué socorrido.

Las autoridades británicas tienen la firme creencia de que este misionero es el único hombre blanco que ha sido testigo de las feroces ceremonias de aquellos salvajes y, por lo tanto, es el único que puede relatar los hechos en toda su bárbara realidad.

Parece increíble, que en este siglo de luces y grandes adelantos, en este luminoso siglo XX, existan todavía lugares en la tierra donde se acostumbren sacrificios humanos como en los primeros días de la formación de los pueblos.

Pero lo más triste es que los ingleses que por hoy, sin duda alguna, son los más grandes paladines de la civilización, no puedan, a pesar de sus constantes esfuerzos, poner fin a estas prácticas inauditas.

Cuando sir Harcourt Butler, gobernador de Burma, recientemente logró penetrar al interior del país y ponerse al habla con algunos de los jefes de tribus, lo primero que hizo fué manifestarles que los sacrificios humanos debían terminar para siempre. Los jefes le respondieron que aquello era sencillamente imposible puesto que desde innumerables generaciones atrás se llevaba a cabo esta práctica y que tal costumbre sólo podría acabarse exterminando en masa a todas aquellas tribus. Los representantes británicos, aunque de manera no oficial, han confesado que es imposible acabar con el canibalismo y los sacrificios humanos, pues para castigar las tribus dentro de sus propias selvas, Inglaterra necesitaría un ejército fantásticamente numeroso.

Los nativos del gran valle de Hukong, entre Burma y Assam, con sus selvas vírgenes y sus tribus antropófagas de Nagas continúan rindiendo como en los tiempos primitivos un ciego culto a la naturaleza. Para ellos los árboles, las rocas, los montes, los ríos, etc., tienen alma y sus espíritus vagan incesantemente en la atmósfera. Estos espíritus, en su mayor parte, son adversos al hombre y para volverlos propicios es necesario ofrecerles víctimas humanas.

Los sacrificados son, generalmente, miembros de otras tribus que son tomados prisioneros en el curso de sus inacabables guerras. Estos prisioneros viven en la esclavitud hasta el momento de su sacrificio, por lo que entre estas tribus la esclavitud no es sino una muerte viviente. Pero no sólo son víctimas los prisioneros de guerra. Cuando algún infeliz de otra tribu se pierde dentro de la selva y es capturado, inmediatamente se le retiene para ser sacrificado en cierta fecha o festividad. Mientras llega el momento fatal de la sangrienta fiesta, el cautivo es puesto a trabajar en las minas, tal como sucedió con el doctor Christiansen. Estas minas son unos túneles estrechísimos de sólo dos o tres pies de diámetro que tienen una profundidad de seis o siete. El esclavo es obligado a cavar en este hueco e ir extrayendo algo así como una resina fosilizada, la que es usada para adorno de las mujeres. Al finalizar el día, el esclavo es sacado mediante una cuerda que se le ata a los sobacos.

El trabajo en estas minas de temperatura sofocante es realmente la forma más cruel y simple de tortura. Muchos de aquellos infelices no pueden soportar tal martirio más de un mes. Pero tan pronto dan muestras de decaimiento son retirados del trabajo y encerrados en jaulas de juncos en espera de que llegue el día del sacrificio. La fecha de mayor festividad para ellos es la de la cercanía de la recolección de las cosechas. Es entonces que los espíritus naturales deben ser aplacados. Los nativos se sientan en un gran círculo y antes de comenzar la orgía de sangre se entregan a la borrachera y a la danza. Cuando ya se hallan en un grado de excitación que puede calificarse de locura se procede a traer a los infelices que han sido escogidos para el sacrificio. Y entonces es que sucede algo sencillamente horroroso, espeluznante, sin nombre. Aunque los métodos son diferentes, según las tribus, todos terminan siempre de la misma manera: con la decapitación, el arrancamiento del corazón y el vertimiento de la sangre sobre el suelo.

A la víctima se le ata contra una estaca que ha sido clavada en medio de la plazoleta de la ceremonia y frente al asiento del jefe de la tribu. Los miembros de ésta van sentándose en amplio círculo sin cesar de beber y gesticular. Cuando ya todo está listo el sacerdote mayor hace sonar monótonamente un tambor que al recibir los golpes retumba gravemente. Es la señal por la que se anuncia a los espíritus que va a hacérseles el sacrificio que debe aplacarlos.

Acallado el ruido del tambor siniestro el gran sacerdote se acerca a la pobre víctima desfallecida de terror; y después de dar un gran grito le hunde su cuchillo precisamente encima del corazón. Cuidadosamente amplía la herida, hasta que alcanza una longitud de unas diez pulgadas, tratando de no lastimar el corazón. Inmediatamente saca la víscera palpitante y la levanta en alto. La sangre que corre del pecho del hombre, es recogida en unas escudillas de barro. Se riega un poco de ella por el suelo y el resto se da a beber a los espectadores, mientras que las mujeres reciben trozos de carne palpitante de la víctima que devoran en medio de transportes de un verdadero frenesí de canibalismo.

El sacerdote se ha mantenido con el corazón en alto clavado en la punta del cuchillo. A una señal del jefe de la tribu avanza una fila de guerreros, la cual parte a trocitos aquel corazón y lo devora en medio de copiosas libaciones hechas con licor que se saca de la fermentación de una raíz dulzona. Abrigan la creencia de que devorando el corazón del sacrificio adquieren todas las virtudes del muerto, especialmente su valor si era hombre de coraje. Por fin, la víctima, así despedazada, es decapitada y la sangre que fluye de este tronco humano, es esparcida por la tierra para que sirva de fertilizante.

Este rito es espantosamente bárbaro; pero aun hay otro que puede calificarse de peor. La víctima es sepultada viva, dejándole solamente la cabeza fuera. Ya en tal condición se inicia una danza de hombres y ganado sobre la cabeza, no cesando ella hasta que ha quedado completamente machacada y los danzantes con los pies embarrados de los sesos y sangre del desdichado sacrificado.

En Assam vive la tribu más feroz y de más triste fama de toda la región, o sea la de los Ao-Naga. Estos terribles salvajes, además de caníbales y sacrificadores humanos, son cazadores de cabeza. Su religión los obliga a que cuando toman a un enemigo, deben cortarle la cabeza con su propia mano y llevarla a su hogar. Así, el espíritu del muerto será su esclavo en la otra vida, cuando el victimador muera. Los jóvenes guerreros acostumbran también usar los cráneos mondados de los sacrificados como utensilios domésticos, tales como platos, canastas de alfileres vegetales o de labores femeninas de sus mujeres. Ofrecen estos cráneos perfectamente limpios a sus muchachas; pero ninguna mujer hará caso a un amante, mientras éste no ponga a sus pies la cabeza palpitante de un enemigo.

La elevada temperatura de las selvas y la casi nula civilización que tienen, son las causas primordiales de que vivan casi desnudos; pero a falta de vestimenta se cubren el cuerpo de numerosos y difíciles tatuajes. En la parte superior, por lo general, el tatuaje es azul y en la inferior colorado.

Un guerrero vestido de toda gala lleva un pequeño collar de semillas azules de un fruto existente en esas selvas y en medio, como pendantif, un colmillo de cualquiera bestia carnicera. Sobre su espalda muestra una piel de tigre, león o elefante; en la mano derecha una aguda lanza y en la izquierda el escudo. Un etnólogo, que pagó con su vida su ansia de conocimientos, comprobó que un territorio de unas 2.000 millas cuadradas, existían más de 1.200 cabezas clavadas en picas de bambú, en diferentes regiones. Los salvajes creen que estas cabezas son el mejor amuleto contra el cólera y otras enfermedades similares que a veces hacen enormes estragos en aquellas comarcas. Cuando sobreviene una plaga, y no hay cautivos que sacrificar, los más viejos de la tribu deben ser decapitados para que éstos aplaquen a los dioses.

Los británicos han luchado denodadamente para acabar con semejantes prácticas, pero como han declarado los jefes de las tribus, para que no prosigan sería necesario exterminar a las tribus mismas.

Sin embargo, las cosas no pueden continuar en este estado, sobre todo en territorios que están bajo la bandera británica. El gobernador, sir Ernest Hooper, ha insistido en la cesación de tan bárbaros ritos; pero la estupidez sin paralelo de estos pueblos degenerados hace que la empresa sea perfectamente difícil, a menos que se recurra a extremos de violencia inaudita, como el de exterminar a tribus enteras.

La religión de los nagas, tiene su origen en la noche de los tiempos y desde una lejana época, estos desdichados no han cesado jamás de entregarse a la feroz costumbre de los sacrificios humanos.

El doctor Christiansen no ha recobrado totalmente la razón En su cerebro desequilibrado, aún está impreso con rasgos terribles e indelebles el espantoso pasaje del cual fué testigo; y aunque en su corazón de verdadero creyente todo sacrificio es pequeño cuando se trata de dar a conocer al verdadero Dios, su carne, flaca como la de todo hombre, ha resentido intensamente un suceso más digno de una pesadilla increíble que de un hecho real.



Cuarenta centavos... ¿Era posible? Volvió a meter los dedos en el raído chaleco y ratificar la suma. Las monedas tintinearon sobre su palma ancha y huesosa. Las miró, prorrumpiendo enternecido: "¡Chiquitas, chiquitas!" Las apretaba, pretendiendo acuñarlas en las carnes de su mano; volvía a mirarlas y a apretarlas. Eran siempre las mismas: tres de diez y dos de cinco. No se multiplicaban; no tenían la virtud prodigiosa de los peces de Cristo.

Entró en un cafetín esquinero. Un modestísimo café le fué servido, que paladeó con increíble voluptuosidad. ¡Qué rico! Pediría otro, pero... Con qué dinero iría a tomar el tranvía que habría de conducirlo... ¿Adónde?

Vivía en un cuartujo de una casa de pensión, adeudando dos meses que debía abonar hoy, indefectiblemente.

Voluntad de pagar no le faltaba.

¡Lástima no tener medios para ponerla en ejecución!

Tan enorme, tan gigante era su permanente voluntad de pagar las deudas, que pensaba, si fuera posible envasarla, agotar la producción de tarros de todas las fábricas del mundo. Se haría rico mercando su voluntad solidificada a los prestamistas y toda clase de acreedores, para que éstos, valiéndose de alguna estratagema, la suministraran en pastillas o en polvo a los clientes que oponen reparos para cumplir con ellos.

Pero su idea, momentáneamente, era irrealizable. Quizá con el tiempo...

De vez en cuando, la Naturaleza se complace en obsequiarnos con un fruto no muy común de su vientre fecundo. Y nos da, para regocijo de los escépticos y devoción de los estudiosos, un hombre dotado de células cerebrales que los hace diferir del resto: sirven para algo más que satisfacer sus necesidades orgánicas.

¿Por qué uno de estos hombres no se propondría hallar el procedimiento para solidificar el flúido, o lo que fuere, llamado voluntad? La capacidad de los sabios es relativa, pues aún no han sabido decirnos si primero en nacer fué el huevo o la gallina, pero...

Se había sentado a meditar sobre su vida, y la loca de la casa lo llevaba por los cerros de Ubeda.

Necesitaba pensar serenamente.

Treinta y tres años, y como el gran visionario de cabellera ensortijada, sus brazos, tentaculares y flácidos, se habrían en cruz, aguardando el madero donde ser enclavados.

¡Qué vida la suya! No podía ser más emocionante y sugestiva.

En Rosario vió por primera vez el sol que alumbraba ahora su nave maltrecha y desvencijada. Niño aún, y era ya en carreras de caballos un sesudo catedrático. No podía abonar en su descargo el ejemplo en la casa de sus mayores. Su padre había sido el miembro más conspicuo de una liga de templanza.

¡Oh, las encíclicas que solía endilgarles a guisa de postre en las sobremesas!

—El juego es una inmoralidad que pide a gritos su sanción punitiva. Sin ahondar en la desviación psíquica del sujeto influenciado, rasquemos con el escalpelo su epidermis, y nosotros, profanos en fisiología, notaremos una virulencia indenominada que es el producto resultante de los volcanes de fiebre que asuelan el jugo gástrico del sujeto. El juego es una inmoralidad—repetía con gesto solemne de hombre que pontifica.—¿Quién osa poner en duda este aserto?... ¡Vil y supino! Supino y vil dijere al atrevido—y golpeaba con los nudillos el lomo endeble de la mesa agobiada por sendos botellones de agua fresca.

Agitando con un movimiento brusco su nívea cabellera de hombre provecto, continuaba impertérrito:

—Digo y pongo por testimonio al tiempo: el hombre que jugare será identificado, y su delito—cuando de tal lo califique una legislación más previsora y menos viciada—no quedará impune. El hombre que juega lleva en la sangre

El grito lejano

Por Víctor Alberto Buzio

los gérmenes patógenos de una anormalidad imperceptible en apariencia, pero que ha de poner en manifiesto el lente clínico. La química, ¡oh sí!, la química establecerá la diferencia existente.

—Pero, papá—se animó una vez a rebatirle,—la vida sin el escolaso es un opio.

Palideció la madre ante la eminencia de la catástrofe. Sus hermanos lo miraron absortos.

—¿Cómo has dicho?—inquirió el padre que no entendía de jerigonzas.

Luciano, consciente del peligro que lo amenazaba, ensayó una disculpa y todo pasó.

Tenía entonces 14 años. No podía negarse su procacidad.

—El viejo debe estar chiflado—decíase para su coleto.—¿El juego una inmoralidad?... ¡Hágame el favor! El gobernador, que es el más alto exponente de cultura moral e intelectual, ¿no tiene, acaso, un stud de su propiedad? ¿No es el más fuerte capitalista en quinielas? ¿Sus hijos, no levantan redoblonas y amanecen en las casas de juego? Los diarios y periódicos que son—al decir de ellos—órganos directos y conductores de la opinión pública, ¿no dedican páginas y más páginas al juego? No hay vueltas: el viejo, como que siga con esa moral añeja y atrabiliaria, va derecho al open door. ¡Pobre viejo!

La caja, en la trastienda del comercio de su padre, resultaba ser la víctima de sus decantados conocimientos hípicos. Ganaba una y perdía cinco, y crecía su afán por ganar y más perdía.

Parodiando al Job de la bíblica leyenda, surgía de sus labios a cada descalabro:

—El azar me lo dió y el azar me lo quitó, sea el veleidoso nombre del azar bendito.

Las primeras incursiones nocturnas a la caja de su padre, las realizó a pedir de boca. Y todo hubiera marchado como en el mejor de los mundos, si unos malhadados billetes sin valor, de jugadas anteriores, al caer de su faltriquera, no revelaran a su progenitor la clave de la merma en los ingresos. Sentía el buen hombre un terror pánico por todo lo que fuera azar.

—Jugar a las patas de los caballos, es el vicio más nefando—solía decir y execraba del juego y sus adictos.

¿Su hijo carrerista y ladrón? Entonces no debía ser hijo suyo. El puño recobró para el renegado perdidas energías; el castigo fué brutal y despiadada la expulsión.

Habían pasado muchos años, pero el áspero gruñido del "fuera" vibraba en sus oídos toda vez que rememoraba la escena.

Sin otro vehículo que sus piernas, llegó un día a Buenos Aires, sin protección ni amparo.

Fué a la deriva haciendo un poco de todo. Vendió periódicos y lustró botas; lavó platos y fué mozo de hotel; siempre procurándose el sustento con el trabajo honrado. Jamás sintió el menor asomo de apropiarse de lo ajeno a pesar de no haberle faltado oportunidades para ello. No podía calificar de robo lo que hiciera con su padre; a lo sumo, lo juzgaba un anticipo sin previa consulta.

Estudiando en las horas de la noche se graduó, años después, de tenedor de libros. En diversas casas con poca suerte ejerció su profesión.

Tres, cuatro meses y luego se le despedía. ¿Las causas?... Pretextos tontos. Nunca se le había dicho el verdadero motivo.

Trabajando en un Banco y pensando seriamente en la jubilación, llevaba dos años y meses, cuando un lunes, al entrar a oficinas, le comunicaron que el gerente deseaba verlo. Se sorprendió por el ascenso en perspectiva y fué a notificarse.

Allí no oyó pretextos tontos. La verdad sin eufemismos por boca del inflexible gerente.

Se le despedía por vicioso, por carrerista.

Habíase comprobado que era un asiduo concurrente a los hipódromos nacionales y provinciales. Los polizontes al servicio del Banco lo sorprendieron el día anterior, por la mañana en Temperley y horas después en Palermo.

Ensayó su defensa con cierta lógica y aplomo, pero en balde.

—¿No es, señor gerente, mi dinero el que juego? ¿Los hipódromos son clandestinos o están oficializados? Si estos funcionan con la complacencia de las autoridades, ¿por qué ha de ser delito concurrir a ellos?

—El Banco lo prohibe, señor, y usted lo sabe perfectamente.

—De acuerdo. Pero es una aberración. ¿Con qué derecho el Banco, que es una institución dependiente del gobierno, prohibe concurrir a un lugar de esparcimiento que ese mismo gobierno autoriza y prestigia? ¿Se explica eso, señor gerente?

—No tengo nada que explicarme, señor. El Banco lo prohibe y usted no lo ignoraba. Por otra parte, aunque no tengo por qué argumentarle nada, voy a decirle que con empleados enviciados en el juego, peligra la estabilidad y buena marcha de esta institución. Hemos terminado. Está despedido.

—Esto es absurdo...

—Señor, tengo mucho que hacer.

Marchóse.

—Reniego del juego y juro por los clavos de Cristo abominarlo por siempre—exclamó iracundo en la calle.

Pero su voluntad, pujante y férrea, no regía con esa pasión, sexto sentido de su persona. Resignóse a sobrellevarla con estoicismo.

Tres meses habían pasado desde su expulsión del Banco. Tres meses de zozobras y vergüenzas. No le quedaba un amigo a quien acudir. De todos lados le aparecían los gestos inquietantes, mefistofélicos, de sus acreedores implacables.

—El juego... El juego, ¡invención diabólica!

Sumido en la ambición fatalista e inmoral de la fácil ganancia, desoyó el ritmo quejumbroso del corazón y se abstuvo de abrevar en la fontana de los amores virginales.

No asomaba al rostro en sus remembranzas a través del velo del tiempo, ninguna mujer por él amada.

Pasó por la vida cerrando sus ojos al poema interior.

El juego le absorbió todo.

Diríase que caballos y números simbolizaban su existencia.

No desvariaba mucho su padre en aquellos sermones indigestos, cuando atribuía la pasión del juego a una desviación psíquica que poblaba de gérmenes patógenos la sangre a consecuencia de los volcanes de fiebre que asolaban el jugo gástrico del sujeto.

Podría parecer disparatado y lego el informe médico por aquello del jugo gástrico, pero Luciano estaba perfectamente convencido de que el mal radicaba en la sangre.

¡Sólo una completa transfusión de la misma podría liberarlo!

¡Qué triste el pasado de este espantoso presente!

Como corolario de sus añoranzas amargas, los bolsillos exhaustos.

¿Exhaustos?

No.

Quedábanle veinte centavos: cantidad que para la imaginación tropical y afiebrada del hombre que juega, bien pudiera ser el punto inicial de una fortuna.

Los jugaría a "la quiniela".

La cábala surgía de su propia situación.

Treinta y tres años, y como único capital veinte centavos... ¡Aborrecible y desconcertante suma!

Al 33 "a la cabeza", y el producto total al 20 en el segundo puesto.

Si la "perra suerte", condolida de su estado precario se dispusiera a favorecerlo, "se le hacía" la bonita suma de $ 1280. ¡Cuánto dinero!

Frente al cafetín de aspecto infame, se hallaba el próspero negocio deIrataglia. Lotería, Cigarrería y "Anexos". Los anexos aumentaban día a día las ganancias del zorro Barataglia.

Como la bala de fusil, se introdujo Luciano en el lucrativo comercio. A cambio de las veinte centavos recibió una boleta con los números de su cábala, y satisfecho y confiado se echó a andar por esas calles...

No quiero ser fatigoso con mi estilo y transcribo la noticia aparecida en el mismo día, en un diario de la noche, con el laconismo de práctica: "A las 14 horas, en la intersección de las calles Tucumán y Junín, un automóvil, cuyo conductor se dió a la fuga, atropelló a un hombre causándole heridas internas que determinaron instantes después su muerte. La víctima no ha sido identificada. En sus bolsillos guardaba una boleta de quinielas cuyas cifras coinciden con la jugada de hoy."

Bien; a los ojos del común de las gentes, este fué el epílogo del impenitente jugador de nuestro cuento, al que un auto malograra para satisfacción del "capitalista".

Sin embargo, no es así.

Hay causas más profundas que debemos desentrañar.

Días después, el viejo y zorro Barataglia, enfermó de espanto. No podía conciliar el sueño. Una voz de reclamo venida del plano astral ululaba en sus oídos con persistencia extraña y cruel. Por las noches, ante sus ojos agrandados por el terror, aparecían visiones enloquecedoras.

Sobre un fondo negro como sus pensamientos, resaltaban cuatro números blancos, que le revelaban con toda nitidez el importe de una jugada, retenido involuntariamente. Luego, una boca desdentada se complacía en emitir la cifra: 1280..., 1280..., 1280...

¿El muerto quería cobrar?

—Manes del Averno, dejadme en paz — bramaba Barataglia, en tanto su caja craneana por efectos de la impresión continuada se oprimía y dilataba como un pneumático.

Todas las noches, con ligeras variantes, se repetían las mismas visiones.

Aquello llevaba miras de prolongarse indefinidamente.

Pero una mañana, después de haber pasado febricitante y nervioso las horas de la noche, Barataglia, sin aconsejarse de nadie, de "motu proprio", cometió un acto insólito.

Llevó mil doscientos ochenta pesos a una sociedad benéfica para que esa suma fuera invertida en obras de caridad.

El caso merece preferente atención de un espiritista. Desde entonces, Barataglia, pudo dormir cómo un bendito.

La población de los Estados Unidos

Según el último censo, la población de los Estados Unidos es de 114.321.000 habitantes, y ha aumentado en el año 1924 en 1.627.000. La inmigración, que en 1920 fué de 446.000 individuos, ha subido en 1924 a 915.000, a pesar de las severas medidas restrictivas. La progresión media por año es de 1.560.000.

Durante los últimos diez y seis años se han registrado más de 41 millones de nacimientos y, aproximadamente, 22 millones de defunciones, lo que explica, aparte de la enorme inmigración, el fabuloso crecimiento de aquella República norteamericana.

PAPEL Y TINTA

"Desde mi senda", poesías de Mercedes Danta Lacombe

El despertar literario en la mujer se va acentuando cada día, así nos lo confirman las múltiples obras que se vienen publicando, sobre todo en verso, las cuales concebidas en momentos de suprema idealidad llevan en sí verdaderos estados de alma.

Apartándonos de aquello que pudiera chocar con nuestro modo de prejuzgar, diremos que el libro de la señorita Danta Lacombe, está trazado dentro de los moldes consagrados. Sin ser una revolucionaria en la forma como Raquel Sáenz, sin caer en un realismo exótico, como muchos, canta las endechas de su corazón, con serenidad y dulzura, con la suprema bondad del arroyuelo que se queja por un mandato inexplicable y seductor. Ya dice la autora en la iniciación de su libro:

"No hay orden cronológico en lo que [vas a leer;
mis versos son de hoy y también son de [ayer."
....
"Pobres engendros tristes de mis melan- [colías
en que van confundidos los años y los [días."

Los versos de la señorita Danta Lacombe, dejan en el alma una suave dulzura; no pesa en ellos un dolor muy acentuado, ni un pesimismo abrumador, sino una fe que reconforta.

"Penumbra", por Alfredo Orgaz

He aquí otro libro de versos en el cual la emoción, es su parte tónica.

Conocíamos la musa seria y apasionada de este poeta de quien Arturo Capdevila ha dicho "que busca en las cosas y en los hechos el alma de la vida; por artista, se preocupa de la forma; se detiene acariciante ante la estrofa y procura su primor".

Y así es, en efecto, el señor Orgaz no rompe la forma consagrada, la estudia, la burila, como la abeja su panal, y en aquella trama sutil engarza el sentimiento que domina su alma emocionante y dada en las divinas ensoñaciones.

"Penumbra" es un excelente libro que marca un galardón más para este poeta que en su obra anterior nos reveló sus inquietudes y ensueños.

Canta el citareda, y su canto a veces lleva la tristeza que le inspira el árbol viejo, el invierno o el recuerdo de la buena amada, después de haber perdido su soledad.

En síntesis, este libro es hondo y meditado.

F. A. V.

"Los Altúnez", por María Morrison de Parker. Editorial Tor. Buenos Aires. 1925

¡El amor! Este es el núcleo deslumbrante y maravilloso alrededor del cual giran los personajes de esta bella e interesantísima novela. Personajes harto bien calcados de la triste realidad; hombres y mujeres, sin alma y sin impulsos propios, movidos por esa existencia social y mundana en la que los más caros y tiernos impulsos ahóganse bajo la vanidad y la fatuidad.

Drama intenso y desesperante para el espectador, trazado por una mano hábil, experta y conocedora como la de su autora, por fuerza debe resultar una aguda crítica de una buena parte de nuestra sociedad, donde las personas, huecas, sin saber qué quieren y dónde van, a cada paso nos recuerdan a otra conocida y víctima también de la vorágine.

Claudicaciones indecibles ante las exigencias de la vida mundana y las agobiadoras convenciones sociales; dramas silenciosos y turbios en los que se juega la dignidad y el honor; farsas donde el amor oculta al interés y el interés al amor; vicios bochornosos y altiveces inesperados dentro de un ambiente tan corrupto y desquiciado: todo esto, con trazo maestro lo ha pintado fielmente la autora, a la que, en manera alguna, por otra parte, es posible echarle en cara el más mínimo apasionamiento.

"Los mundos reales y los mundos imaginarios", por Camilo F ammarión. Edición Maucci. Barcelona.- España

El peor enemigo de toda idea, es aquel que diciéndose partidario suyo la deforma con sus exageraciones y extravagancias. La idea de la pluralidad de mundos habitados, concebida y echada a volar por Flammarión, no tardó mucho tiempo en verse atacada por tal sistema.

Esto le obligó a salir en defensa de su pureza, y para ello dió a luz "Los mundos reales y los mundos imaginarios".

"El, que se ha constituído en defensor o representante de una causa—dice —¿no tiene el deber de sostener esta causa en toda su integridad y de ampararla contra los ataques de los espíritus erróneos o exagerados? ¿No tiene el deber de eliminar los obstáculos, alejar las nubes y contener la falsa luz que pudieron oponerse a que la belleza que adora luzca con todo su esplendor?"

He ahí la finalidad de esta obra de Flammarión.

"Breve historia del mundo", por H. G. Wells

La Editorial Calpe pondrá, próximamente, en venta esta nueva producción del celebrado escritor H. G. Wells.

El renombre universal del autor, la índole de la obra y el éxito que ha acompañado a las ediciones en idioma inglés, hace esperar que la edición en español, que pronto se dará a publicidad, será acogida con gran entusiasmo por el público amigo de esta clase de lecturas.

Hemos recibido:

Organización y aplicación de la justicia en el tiempo incaico, por N. Rodríguez del Busto.

Poesie scelte di Alfonsina Storni, por Alfonso Depascale. — Buenos Aires, 1925.

La vida heroica, por Paúl Armand. — Edición A. Biffignandi. — Córdoba, 1925.

La sugestión de la sonrisa, por Luis Fernán Cisneros.—Rosario, 1925.

El indio, por Eduardo Escobar.—Necochea, 1925.

El cisne, por Eduardo Escobar.—Necochea, 1925.

Boletín de la Mutualidad del Tranvía Anglo Argentino.—Año IV. N.º 46.

Guía de comunicaciones postales.—Edición de la Dirección de Correos, 1925.

Contribución al estudio del problema tranviario, por el doctor Demetrio Morales—Buenos Aires, 1925..

Hispania.—Año I. Números 14 y 15. —Madrid, (España).

In memoriam. Juan J. Atengo. Periodista, político y legislador. (1870-1918). La Plata.

COLABORACION ESPONTANEA

Al naranjo

Arbol feraz que en opimas regiones
luce el follaje de su copa esbelta;
con su aroma deleita las mansiones
del alto Paraná, al bajo Delta.

¿A quién no agrada su jugoso fruto
de melifluo sabor?, y, ¿quién no siente
dulcificar el paladar enjuto
al clavar en su carne el blanco diente?

Utiliza la química su cáscara
cuya esencia mezclada con almíbar,
pone al remedio bajo dulce máscara
que a solas fuera repugnante acíbar.

Doquier su fama, reina y gran señora
es y será, mientras la savia encierra
el germen de su fibra bienhechora,
portento solo de una pingüe tierra.

La novia, al son de los festivos salmos,
sube al altar de bendición sedienta
y entre los rizos sus capullos almos
de azahar, sobre su sien ostenta.

De mi huerta un naranjo es el orgullo;
distanciados le admiran dos nogales;
a veces inspirándome a su arrullo,
compuse los más tiernos madrigales.

Jamás a su simbólica arrogancia
batió del vendaval el soplo bronco;
lo vi plantar gozoso allá en mi infancia
y al par que yo crecía, creció el tronco.

Al pasear, de su fronda, el aúra aspiro
suave perfume que a menudo imploro;
deténgome a sus plantas y le miro
brindando entre sus ramas, frutos de oro.

Ceferino BUONANOTTE.

Amor infantil

Para "Fray Mocho".

¡Eras bella con tu pelo lacio y bruno!...
Y entre nos, ¡cuántas guerras promoviste...
mas, en vano; porque tú nunca tuviste
preferencias sospechosas por ninguno...

Y esto era un consuelo para alguno
que te amaba con amor callado y triste...
Un amor de poeta que aún subsiste
cuando, acaso, te olvidó ya más de uno...

Es fragancia
de mi infancia
tu memoria...

Y aún pasas por mis sueños con tu falda
corta y rauda y tus trenzas a la espalda
cual un ángel que bajara de la gloria...

Fernando S. AMIEVA.

Páramo

Para "Fray Mocho".

El huerto está azotado por el frío,
mueren en él los astros de la vida,
y en la sombra sin fin que el alma anida
hay una nota pálida de hastío.

Ha caído nieve sobre el huerto mío
arrasando la senda más florida,
todo quedó muy triste a tu partida.
Mi alma está sola en medio del vacío.

Yo marcho por recónditos lugares
en busca de los astros luminares
que guardan el secreto de las sendas.

Ellas te contarán mis dichas viejas
y bajo el padrenuestro de las quejas
te dirán mi dolor para que entiendas.

José A. MURGA.

LAS TRES GOTAS

POEMAS

Alba, el hada bienhechora, la que protege a las niñas, la que posa su pupila azul en las vírgenes, pasaba una mañana junto a una rosa y oyó que tres gotas temblorosas pronunciaban su nombre.

—¿Qué queréis de mí, brillantes gotas?

—Que decidáis una cuestión—repuso la primera.

—Proponédmela—dijo el hada.

—Somos tres gotas distintas; queremos que digáis cuál de nosotras ès la que vale más, cuál es la más pura.

—Habla tú—dijo el hada bienhechora.

Y la primera, trémula, habló de esta manera:

—Yo vengo de las altas nubes y soy hija de los mares. Yo represento el océano.

—Habla tú, gota brillante—dijo el hada a la segunda.

—Yo soy el rocío que alienta los lirios: yo soy la hija de las nieves que se desprenden cuando la noche obscurece el cielo. Yo represento a la aurora, que es luz risueña, que es la esperanza.

—¿Y tú?—preguntó el hada a la más pequeña.

—Yo nada valgo—respondió ésta.

—Dime de dónde vienes.

—Vengo de los ojos de una niña: fuí sonrisa, fuí creación, fuí amor; ahora soy lágrima...

Las otras reían de la pequeña gota, pero el hada la tomó en sus manos y dijo:

—Esta es la más valiosa, ésta es la más pura.

—Pero yo vengo del océano.

—Yo salí del seno de la atmósfera.

—Sí, trémulas gotas—dijo el hada;—pero ésta es un pedazo de corazón.

Y desapareció llevándose a la gota humilde...

Coelho NETTO.

Visión

Vogaremos los dos, tú sin recelos
sin más fe que una virgen sensitiva,
llevando como lámpara votiva
el triunfo—en gestación—de mis anhelos.

Sé que voy a triunfar. Mis propios celos
me dicen de ese puerto donde arriba
mi juventud; y la esperanza aviva
esos dos y lejanos paralelos...

Sé que voy a triunfar, airosamente,
y aunque sé que es penosa la jornada
y puede que me quiebre en aquel puerto,

yo tengo esa esperanza que me auxilia
que hoy me acecha en las noches de vigilia—
¡y que me ha de llorar después de muerto!

Galo Arg. ZARAGOZA.

Las niñas bien

Dos niñas bien que se encuentran
después de un rato de ausencia
tienen mucho para hablar;
y lo peor, cuando hablan ellas,
es que en perjuicio comentan
el honor de las demás.

Mirando en serio o en broma
se descubre siempre en todas
un modelo original.
Pero ¿quién las cataloga
si ellas cambian con las modas
como cambian de pensar?

Nunca salen de sus casas
si no van acompañadas
de mucamas y mamás,
que en esa forma se amparan
ante la gente que pasa,
pues si no ¡lo qué dirán!

Se sonrojan ante todo
lo que no sea el decoro,
la virtud y la moral;
pero ante el pecado propio
porque es propio, por lo pronto,
no se sonrojan jamás.

Tocan bien o mal el piano,
cantan versos, bailan tangos
y flirtean al azar;
pero es lo lindo del caso
que las cosas del trabajo
de la casa, están de más.

Hablan de modas, de tiendas,
de paseos y de fiestas,
de cualquier vulgaridad,
pero no hablan de la ciencia,
de las artes y las letras
porque ¿para qué han de hablar?

Víctor J. MUSCHIETTI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12
U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . $ 2.50	Trimestre . $ 3.00	Trimestre $ oro 2.00
Semestre . . „ 5.00	Semestre. . „ 6.00	Semestre. „ „ 4.00
Año. . . . „ 9.00	Año. . . . „ 11.00	Año. . . „ „ 8.00
N.° suelto. . 20 cts.	N.° suelto. . 25 cts.	
N.° atrasado. 40 „	N.° atrasado. 50 „	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.



En las riberas del Amazonas

Un continente desconocido.—Tribus en estado de naturaleza y tribus antropófagas. — La expedición de Hamilton Rice

El Amazonas, así llamado porque los primeros blancos que llegaron a sus riberas oyeron hablar de tribus de guerreros salvajes, que les recordaron a los de la leyenda griega, es uno de los ríos más largos y caudalosos del globo. Su curso tiene una longitud de 5.000 kilómetros. Arrastra más de 120.000 metros cúbicos por segundo, y su cuenca cubre una superficie diez veces más grande que la de España. El Amazonas es, pues, por sí solo, un verdadero continente, un mundo aparte y muy diverso de las regiones que le rodean.

No hay exageración en decir que este mundo, aunque oficialmente pertenece al Brasil, aunque forma un Estado de la Federación Brasileña, es casi desconocido. ¿No es en el Amazonas donde Conan Doyle ha situado su "Mundo perdido"? El curso del Amazonas y el de sus afluentes se ha trazado sobre el mapa, muy cierto; pero no es menos cierto que el Amazonas se halla todavía en muchas regiones totalmente ignorado. Esto sucede, sobre todo, en las regiones alejadas de la embocadura del gran río y de las capitales brasileñas; es decir, de toda la parte noroeste de la inmensa cuenca.

Pocos son, en efecto, los exploradores que han recorrido las vastas extensiones forestales bañadas por los afluentes de la izquierda del Amazonas y de los afluentes de la derecha del Orinoco. Situada en los confines de los tres países: Brasil, Venezuela y las Guayanas, las cuales se la disputaron largo tiempo, esta región ha conservado desde este hecho una casi absoluta independencia. La vida europea no ha podido penetrar en ella todavía ni aun en la forma de instalaciones comerciales o de empresas mineras. ¡Atrayente país para aquellos en quienes vive el alma de los grandes exploradores!

Adelantándose al doctor Mac Govern, que iba a explorar en breve los afluentes del alto Amazonas, un sabio americano, el doctor Hamilton Rice, ha recorrido toda la región comprendida entre el curso superior del Amazonas y las fronteras guayanesa y venezolana.

Su expedición era una de las más importantes y la mejor organizada de las que han ido a aquellas regiones. Se hallaba provista, no solamente de canoas desmontables, sino hasta de un hidroplano, que permitiría remontar la corriente cuando no fuese demasiado rápida y hacer reconocimientos por encima de las selvas impenetrables. Piloteado por Walter Hinton, el hidroplano, llamado "Eleonor", del nombre de la esposa del jefe de la expedición, estaba provisto de un aparato fotográfico para tomar vistas aéreas. La expedición se comunicaba con las principales estaciones de T. S. H. de los Estados Unidos. Se hallaba igualmente provista de una gran cantidad de baratijas, pequeños regalos con que podrían conquistar la simpatía de los naturales.

La expedición, salida de Manaos, junto al Amazonas, remontó por lo pronto su más importante afluente, el Río Negro, que confluye en aquella ciudad y presenta la particularidad de tener un tributario común con el Orinoco: el Cassiquiare. Este río es una especie de canal natural entre las dos grandes arterias de la América del Sur. Pero dejando el Río Negro, mucho antes de su encuentro con el Cassiquiare, los exploradores se internaron en el valle del principal afluente del Río Blanco, que conduce hacia Venezuela y la Guayana inglesa, y después, en la región del Parima. Esto se hizo con grandes dificultades. Los ríos discurren bajo verdaderos túneles de follaje y se hallan formados por tantas pendientes y cascadas, que sólo pueden navegar por ellos las pequeñas canoas, y éstas, con gran lentitud.

Llegados los expedicionarios al curso superior del Parima, tuvieron que recurrir a este medio de locomoción, no pudiendo a veces hacer más de una milla por día.

Pasan los indígenas de estos países por ser de un carácter poco hospitalario; pero los exploradores americanos habían hallado un medio ingenioso de ganarse su benevolencia: en los reconocimientos aéreos volaban sobre los calveros y hacían descender pequeños paracaídas en los cuales bajaban enganchados sacos que encerraban muchos objetos totalmente desconocidos hasta entonces en aquellos parajes: espejitos de bolsillo, cortaplumas de varias hojas, cuentas de vidrio y toda clase de joyería falsa. Maravillados por este maná celeste, los naturales tomaron por dioses o semidioses a los expedicionarios y los acogieron con más sorpresa que hostilidad. Mr. Hamilton Rice y sus compañeros pudieron así llegar hasta el origen del río Parima, que hasta entonces no se sabía sino de una manera aproximada donde se hallaba emplazado, y hacer el mapa geográfico de la vasta región, desde el flanco oriental de Sierra Parima, y que atraviesa la frontera brasileño-venezolana.

Las tribus que la exploración americana ha tenido ocasión de visitar han proporcionado a los etnógrafos de la expedición interesantes observaciones. Estas tribus se hallan todavía muy cerca del estado de naturaleza. En Río Blanco y Parima los individuos se asemejan al tipo del buen salvaje de que habla Rousseau.

La región es muy calurosa; así, pues, nada de vestidos; una simple hoja de lianas, rara vez de tela, tan breve, que, junto a este indumento, el traje de baño puede pasar por un vestido de ceremonia. Pero, como la coquetería no abandona jamás sus derechos, las mujeres se confeccionan una pampanilla con cuentas de vidrio. Estas gozaban hacía tiempo del favor de las elegantes de aquellas tribus, quienes llevan brazaletes y collares formados por varias hileras de cuentas (hasta veinte o treinta) superpuestas.

El bosque y la ribera les proporcionan liberalmente y sin esfuerzo su alimentación: unos hacen la recolección de bananas; otros, armados de un gran arco y de largas flechas, cazan los pájaros y los peces (porque ellos no conocen la pesca, propiamente dicha); la fermentación de una banana les ofrece, en fin, un licor que, sazonado con pimienta, emborracha fuertemente.

La vida política, la vida social, se hallan reducidas a la más simple forma. Hay una tranquilidad tan grande en toda la región que no se experimenta jamás la necesidad de un gobierno, ni de policía, justicia, ni ejército.

Todo es allí de todos, y los frutos de la tierra son tan abundantes que a todo el mundo bastan. Nadie tiene riquezas acumuladas. No existe allí la herencia. En las riberas del Río Blanco pudieron observar los expedicionarios una manera radical de abolirla; el padre de familia muere; los hijos queman su casa, sus vestidos, sus armas, todos los demás bienes, y se van a instalar lejos de allí... Y cada uno recomienza la vida sin deber nada a sus predecesores.

Todas las tribus del Amazonas no son tan pacíficas. En las regiones que cruzan los afluentes de la izquierda y la derecha del alto Amazonas existen sanguinarias tribus de antropófagos. Una de ellas, las Matanzas, ha conservado hasta estos últimos años una reputación siniestra: su nombre es bien significativo, y ningún viajero se atrevería a cruzar por ella sin una buena escolta.

Era uso entre estos indios guardar los incisivos de los enemigos muertos y devorados, y cuando se había recogido un número importante, hacer un collar. Cuanto más largo era el collar, má salto hablaba del valor de su dueño. Esta práctica ha subsistido hasta nuestros días.

Pero la antropofagia está en vías de desaparición. Gana terreno a medida que la civilización avanza. Y ésta lo hace a grandes pasos, en aquellas regiones, por medio de exploradores, cazadores de caucho y buscadores de minas. Un servicio de barcos de vapor enlaza esta región con los pueblos civilizados del Brasil. En pleno bosque van levantándose ciudades modernas. Y ya en ciertas tribus del Alto Amazonas, el buen tono quiere que los novios, el día de la boda, luzcan levita y sombrero de copa, velo blanco y flores de azahar.

MI VIAJE A AMERICA

—No me hablen ustedes mal de los "apaches" y de los ladrones —dijo el banquero Gogoff.— Les debo la fortuna que poseo.

—¿Sí?...

—Como ustedes oyen, aunque no como ustedes piensan. Hace diez años me levanté una mañana completamente arruinado. Había especulado sobre los ascensores, y éstos se empeñaron en bajar, hasta que me quedé sin un céntimo. Mi ruina era completa. No me quedaban más bienes que el traje que llevaba puesto. Aquel día había sido embargado. De mi casa había desaparecido todo. No me habían dejado más que la cama. Había escrito a todos mis amigos, citándolos en un café a las cinco en punto de la tarde. Pretendía yo que entre todos me facilitasen tres mil francos que necesitaba para marcharme a América; pero todos sospecharon el "sablazo", y a las seis no había llegado nadie al café. Volví a mi casa en el estado que pueden suponer. No podía ni suicidarme, porque hasta el revólver me habían embargado. Me acosté, y a medianoche desperté al oír ruido en mi habitación. Dos hombres, provistos de una linterna sorda, discutían acaloradamente. Eran dos ladrones. Estaban desconcertados a la vista de aquel cuarto completamente desnudo, en el cual no había ni un solo "bibelot" de cincuenta céntimos. Al oír la disputa me eché a reír.

—Lo que nos ocurre no tiene maldita la gracia—me dijo uno de ellos indignado,—y no vemos motivo para que usted se burle de nosotros.

—Les han cogido la delantera, amigos míos—les dije muy regocijado.

—¿Algún otro colega?

—No. La autoridad judicial.

—¡Ah! Entonces no quedan ni los clavos—dijo el otro ladrón.

—No nos queda más que hacer mutis—repuso su compañero.—Perdone usted que le hayamos molestado.

—No tan de prisa—les dije.

—¿Por qué?

Cogí la campanilla que daba a la portería y les dije:

—Voy a llamar a la portera y diré que avise a los guardias.

—Eso sería demasiado. No hemos cogido nada.

—Sí; pero el propósito de ustedes era robarme.

Los dos ladrones se miraron.

—¡Caramba!

—Hay un medio de arreglarlo todo—añadí.

—¿Cuál?

—Necesito tres mil francos para marcharme a América. Si ustedes me los dan, les dejo salir sin avisar a la policía.

—¿Que le demos encima tres mil francos? Usted se burla de nosotros.

—Como ustedes quieran. Dentro de cinco minutos saldrán ustedes de aquí esposados por la policía.

—¿Llevas dinero?—preguntó uno de los ladrones.

—Mil trescientos francos. ¿Y tú?

—Mil quinientos. ¿Se contenta usted con dos mil ochocientos?

—Sí.

Los ladrones se echaron mano al bolsillo y me entregaron la cantidad convenida.

—Están ustedes libres.

Y los acompañé hasta la puerta.

Al día siguiente embarqué para América, de donde volví a los pocos años con la cuantiosa fortuna que saben ustedes.

GEORGES DOLLEY.








EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"EL TENEDOR", DE DICENTA Y PASO (HIJOS), EN EL MAYO

La compañía de Sanjuán, sigue desarrollando felizmente su temporada de verano, registrando un nuevo éxito a cada nueva producción que pone en escena.

Los afortunados autores de "Mi tía Javiera" han ensayado en "El tenedor" una especie de vodevil o pieza de enredo, hábil y graciosamente desarrollada. Desde luego cabe hacer notar que se trata de dos discípulos de Muñoz Seca, que utilizan en sus obras los mismos recursos e iguales procedimientos que el ocurrente maestro de la astracanada. La inspiración se advierte claramente y hasta en algunos momentos algún chiste de mucho efecto nos recuerda haberlo ya reído en una obra del profesor. Esto, que no es más que una orientación, porque tratándose de autores jóvenes no tiene importancia decisiva la imitación, que es una forma de aprendizaje, no resta méritos a la labor de Dicenta y Paso (hijos). En la producción antes citada y en esta que comentamos han demostrado ampliamente que tienen un amplio dominio de la escena y que cuentan con ingenio y gracejo suficientes como para proceder por cuenta propia en lo sucesivo y dar nuevos y feraces dominios al dilatado reino del astracán.

"El tenedor" es una obra más complicada y mejor resuelta que "Mi tía Javiera". El difícil desarrollo de la trama ha sido logrado con todo acierto y la acción, que comienza sencilla y amable, se enreda en el acto segundo y llega en el tercero a convertirse en una intrincada red de situaciones difíciles, a través de las cuales la experta mano de los autores conducen a los personajes con la lógica indispensable para que la farsa tenga cierto aspecto de verosimilitud. Todo ello salpicado de frecuentes y abundantes chistes, retruécanos y juegos de palabra que continuamente provocan la hilaridad del público.

El actor Sanjuán encarna el tipo del protagonista con suma eficacia cómica, Viene demostrando este actor en la temporada que realiza en el Mayo condiciones muy destacadas para el género que cultiva, como lo prueba el numeroso público que, noche a noche, lo aplaude con entusiasmo. Los demás actores de la compañía secundan con mucha eficacia su labor, interpretando las obras en forma inmejorable.

"DONDE VAS CON MANTÓN DE MANILA" Y "METELE AL VENTILADOR", DE D. ANDRÉS MUÑOZ Y MAESTRO DEVALQUE, EN EL AVENIDA

En plena estación veraniega, se ha organizado y presentóse al público una nueva compañía de revistas que por sus obras y por los componentes del elenco, está muy por encima del mediocre mérito que generalmente se atribuye y en realidad tienen las breves temporadas de los teatros de verano.

Bajo la dirección del maestro Devalque han sido reunidos muchos elementos valiosos que han actuado en la escena nacional y en la española, resultando un cuadro sumamente completo y meritorio, capaz de interpretar con esmero cualquier producción del género. Tal es la ventaja que ofrecen las revistas, ya que un conjunto de comedia de los mismos merecimientos sería mucho más difícil componerlo.

En cuanto a las obras estrenadas merecen un franco elogio por el buen gusto de sus cuadros, la gracia que campea en sus escenas y el tono discreto en que están concebidos todos los cuadros, cosa poco frecuente en piezas de esta índole.

Indudablemente, "Donde vas con mantón de Manila" es superior a "Metele al ventilador", aunque entre las dos existen ciertas concomitancias que denuncian la misma mano. Entre los cuadros que una y otra nos ofrecen, merecen destacarse la evocación de Granada, el baile ruso, el de la ordenanza de tráfico, la parodia de las "girls" y de la estación de broadcasting, la sátira titulada "Churrasco and soda" y algunos otros entre los que acaso sean los de más éxito los de ambiente español, que están tratados con mucha gracia y alegría.

Como decimos al principio, el conjunto que actúa en el Avenida es muy completo, figurando en él tiples tan destacadas como la Manrique, la Prado y Lydia Campos, las bailarinas Nury, Dalton y García y los actores Giacobino, Lusiardo y Vita.

"AGUA MANSA", DEL DOCTOR GONZALO BOSCH, EN EL BUENOS AIRES

Con una trama que quizá peque de demasiado sencilla, el autor de "Agua mansa" ha escrito una obra interesante y emotiva en la que sustenta una tesis sana y elevada, como cumple a un escritor de su talento y prestigio.

El tema, como decimos, resulta algo trivial, aunque tal vez ello dependa del contraste que ofrece la simplicidad de la psicología de los personajes comparada con la profundidad del concepto y la belleza de la expresión en los diálogos, especialmente en los parlamentos un poco extensos, en los que el autor puede expresar con amplitud sus ideas. Con todo, no le falta a la obra el interés que, a pesar de su intensidad dramática, conservan su tono de digna sobriedad. El asunto se hubiese prestado a peligrosas resbaladuras hacia el melodrama declamatorio, pero el autor ha sabido desarrollar su tesis dentro de un encomiable concepto del buen teatro.

Se trata, en suma, de una producción digna de aplauso tanto por el fondo de alto valor moral que la inspira, como por la forma noble y bella en que está escrita.

La compañía de Muiño dió una aceptable versión de esta pieza, en la que se destacó especialmente el primer actor citado, encarnando el papel de protagonista. Le secundaron correctamente las actrices G. Faluggi y G. Iturrat, así como los demás elementos que intervinieron.

FUÉ APLAUDIDO, EN EL ARGENTINO, "LOS SENSUALES"

Acaso el más joven de los autores iniciados en la literatura escénica en el año que acaba de expirar, es el señor Manuel Belnicoff, de quien conocemos una escrupulosa versión de "L'insoumise", de Pierre Frondaie, estrenada en su última temporada del Liceo por la compañía de Angelina Pagano. Somos de los que creemos en el esfuerzo de los jóvenes escritores, antes que en el de los ya avezados. Y apresurémonos a agregar que el ensayo del señor Belnicoff es sugestivo. Desde luego, hay en él un dramaturo que se avizora en "Los sensuales", obra que revela las aptitudes del autor para cultivar el teatro.

La idea básica de la pieza que nos dió a conocer la compañía del Argentino, no es nueva, por cierto, ni posiblemente el señor Balnicoff pretendió con su primer intento dramático desarrollar un conflicto nunca tocado por otros escritores. Pero si no es nuevo, es de todo punto interesante y acusa una preocupación por los problemas de fuerza psicológica que presentan sin duda grandes dificultades para exponerlos y resolverlos.

En "Los sensuales", se quiere demostrar que las fuerzas instintivas podrán estar adormiladas mucho tiempo, pero, en un momento dado, despiertan y dominan la personalidad. Así le ocurre al personaje protagónico al final de la obra, desarrollada con evidente acierto, sobre todo en el primer cuadro, construído con habilidad poco común en un novel. Los cuatro personajes de la obra fueron discretamente interpretados y el autor llamado a escena.

OLARRA Y BOUHIER.

Han caído con buen pie en el Ateneo estos dos discretísimos actores, que intentan por primera vez una temporada de comedias. El público ha respondido al esfuerzo del conjunto, constituído por figuras que, en su mayoría, se agrupaban bajo el nombre de Camila Quiroga.

Un reestreno muy interesante ofrecido últimamente, fué "El malón blanco", aquella obra de Vicente Martínez Cuitiño dada a conocer hace años y que no se recordaba por las compañías nacionales de mucho tiempo a esta parte. Gustó mucho y fué muy aplaudida.

EL BEL CANTO

Las aguerridas huestes de De Angelis prosiguen con ininterrumpido tesón su temporada lírica del Marconi, ofreciendo versiones muy aceptables de las principales óperas del repertorio clásico. Ultimamente fué cantada, con gran éxito, la popular producción de Puccini, "Madame Buterfly", por la conocida soprano Olga Simzis, que actuó en la pasada temporada del Colón. Del mismo autor, por el que siente especial predilección el maestro De Angelis, se dió también con éxito "Manon Lescaut". Resulta, pues, una interesante temporada que une a la baratura de sus precios el positivo valor de los espectáculos.

ZARZUELA ESPAÑOLA EN EL SMART

Está dando sus últimas representaciones en este teatro la compañía española de zarzuelas que dirige el primer actor José Cortés. A precios ínfimos han sido dadas al público las obras de más éxito de la novísima producción lírica española, cuyo renacimiento es notorio. No se sabe hasta ahora con exactitud la fecha en que terminarán los espectáculos, pero probablemente será en la próxima semana, por tener que cumplir otros compromisos la compañía.

LA TESADA, EN EL LICEO

Si los avisos teatrales se cumplen con más puntualidad que los de la oficina meteorológica, debutará mañana en el Liceo un conjunto nacional de comedia dirigido por la distinguida actriz, la que desarrollará una temporada de teatro sintético.

TEATRO DE VARIETÉS

El teatro de la Comedia continúa ocupado por la compañía de varietés que viene realizando una proficua temporada veraniega. La variedad y mérito artístico de los números que la componen atrae mucho público a esta sala, en la que actúan con gran aplauso los Carpi, Ada Falcón, Belermina, Hermanas Celindas, Ambarina y troupe Olimpia.

El calor no afecta a esta clase de espectáculos, que siempre tienen público aficionado cuando se trata de números interesantes y de vasto repertorio, continuamente renovado. Para estos días se está preparando la presentación de nuevos elementos que vienen a reforzar el ya numeroso elenco.

PEPE RATTI, TERMINA

Con la función de esta noche, en beneficio de los elementos de la compañía, pone término a su breve temporada en el Sarmiento, el conjunto que capitanea José Ratti. El público, que estima la labor del referido comediante, supo responder bastante bien.

LABIOS QUE SE ACERCAN

Si no fallan los cálculos, el jueves será estrenada en el Maipo la nueva revista de los autores de la casa, Cayol, Cairo y Antonio De Bassi, titulada "Labios pintados". Se anticipa de la misma cosas fronterizas de lo maravilloso; parece que todo será sorprendente, desde la decoración hasta las desnudeces de las chicas. Por lo visto, esos labios han de saber besar en una forma novísima y original; sus besos quedarán vibrando en la atmósfera y serán susceptibles de ser transmitidos por radiotelefonía...

Admiradores como somos de las actividades sentimentales y, particularmente, de las que se localizan debajo de la nariz, en los idilios urbanos y pastoriles, nos parecen muchos días los que faltan para conocer esos labios tentadores, como los de una mujer desconocida que se aproxima en la sombra .

DON PEPE EN EL NUEVO

El viejo cultivador de las tradiciones criollas, prosigue desarrollando su temporada estival en el escenario del Nuevo. Si bien los hermanos Podestá tienen un abundante repertorio de obras gauchescas, desean alternar su cartel con algún estreno, y al efecto han solicitado del aplaudido autor don C. Martínez Payva que les escriba una pieza campera. El nombrado escritor tiene ya un éxito que aún se recuerda con los Podestá: "La ley oculta", estrenada en el Apolo, si mal no recordamos, en 1923, con gran aceptación y que se representó muchas noches.

Es de esperar, pues, que si el señor Payva accede al pedido la compañía del Nuevo ofrecerá en este verano una interesante novedad.

LA CATEDRAL

En el Nacional, cuya temporada se dilatará hasta el 31 del actual, ha obtenido un discreto éxito de público la última pieza de José A. Saldías, "Tucumancito".

En estos días viene compartiendo el cartel con "Todo bicho que camina, va a parar al asador", sainete de Vaccarezza que se reprisó con la misma aceptación con que fué estrenado, hace dos años, en el mismo escenario.

A esta reposición seguirán otras de piezas igualmente celebradas, hasta el final de la "season".

REGRESO DE SPAVENTA

Está de nuevo en nuestro país, el cantor de tangos don José Spaventa, artista que se ausentó a España cuando estaba formando su reputación. Su estada de cerca de dos años en la península ha tenido el mejor de los éxitos, habiendo actuado en varios escenarios, siempre con la mejor aceptación. Se hizo aplaudir con gran entusiasmo y contribuyó muy eficazmente a vulgarizar nuestra típica canción. En Madrid, especialmente, Spaventa fué celebrado muchas veces, habiendo llegado a mostrar sus habilidades artísticas ante la reina.

Antes de marchar nuevamente a España, a cumplir contratos, es casi seguro que nuestro compatriota ofrezca algunas audiciones.

PERELLI, AL SARMIENTO

Substituyendo al elenco de Pepe Ratti, se anuncia para mañana la presentación en el Sarmiento de un cuadro nacional, cuyas principales figuras serán la actriz señora Milagros de la Vega y el actor Carlos Perelli, completado por las actrices Mecha López, María Leguizamón, Chola Osés, María Pena y los actores Miguel Gómez Bao, Carlos Rodríguez, García Garabá, Pérez Bilbao, Luis Fiorito y Juan López.

El debut coincidirá con el estreno de los piezas "A Santa Lucía", del señor Julián Rodríguez; "Mujeres de cabaret", de Eleodoro Peralta, y la reprise de "Quince días en la gloria", del malogrado sainetero José López Silva en colaboración con el señor Segret, estrenada en la Comedia en el verano pasado, precisamente por una compañía que capitaneaba el actor Perelli.

Aparte de las obras nuevas aludidas, el director del cuadro cuenta con la promesa de varios conocidos autores que proveerán su cartel durante la temporada.

PARA EL PORTEÑO, EN LA PRÓXIMA TEMPORADA

La empresa arrendataria del Porteño ha contratado a la tiple cómica señorita Lydia Campos para integrar el elenco que actuará en dicha sala en marzo próximo y que seguirá cultivando la revista y la pieza espectaculosa.

Es una buena adquisición, pues la tiple Campos se ha revelado como una interesante figura bataclanesca y pronto ascenderá a estrella de primera magnitud, en franca competencia con la Guzmán, la Lamas y demás astros del bataclán.

"CARNE TRIUNFAL"

En momentos de cerrar esta edición, se da a conocer en el Argentino la pieza de este título, original del señor León Yarará, cuya lectura sedujo a la dirección de la compañía realista, a cargo de don Adelardo Fernández Arias. Prometemos ocuparnos en el próximo número.

FLORIDA

La bonita sala del pasaje Güemes ofrece un cartel variado y simpático, que atrae bastante al público andariego que se fatiga de pasear por la aristocrática calle porteña. Paquita Leo, Antonella, Angelita Martínez, entre "ellas", y Mario Pardo, el guitarrista criollo, y el itálico parodista Guido Appiani, son los que monopolizan los aplausos de los auditorios.

CASINO

Esta sala es de las que se pueblan de concurrencia lo mismo de verano que de invierno. La empresa sabe lo que quiere el público afecto a las varietés y contrata en el extranjero números interesantes que son recibidos con aplausos. Actualmente el cartel ofrece un espectáculo de todo punto atrayente y agradable, que congrega mucha gente en las veladas.

GRAND SPLENDID

Esta hermosa sala que administra con singular acierto don Carmelo Carbone, realiza sus funciones con gran número de familias pertenecientes a nuestra mejor sociedad, que lo han convertido en un salón social, en un punto de cita mundano donde triunfa la elegancia y el buen gusto femeninos.

Puede afirmarse, sin exageración, que el Grand Splendid es el salón más concurrido de la capital por la gente calificada. Una de las razones por las que la empresa, conociendo las exigencias de esa clase de público, brinda las mejores producciones del arte cinematográfico.

CAPITOL

Mucho público distinguido concurre a las veladas de este acreditado cine, que se caracteriza por la excelencia de los films que exhibe, todos de buenas marcas y de argumentos muy morales.

Para la semana que comienza, la empresa prepara novedades cinematográficas que son esperadas con interés por las familias "habitués".

CORREO TEATRAL

R. N. S.—Es cierto. Reconocemos la omisión, pero guardamos secreto por ahora, ya que es posible que no todo el público sea tan minucioso como usted. De todos modos, muchas gracias por su interés.

Lector.—No tenemos noticia de ese tango, pero le advertimos que nuestra erudición en el ramo no va más allá de "La morocha" ni más acá de "El organito de la tarde". Sin embargo, tenemos la sospecha de que no está usted muy acertado al atribuírselo a Wágner.



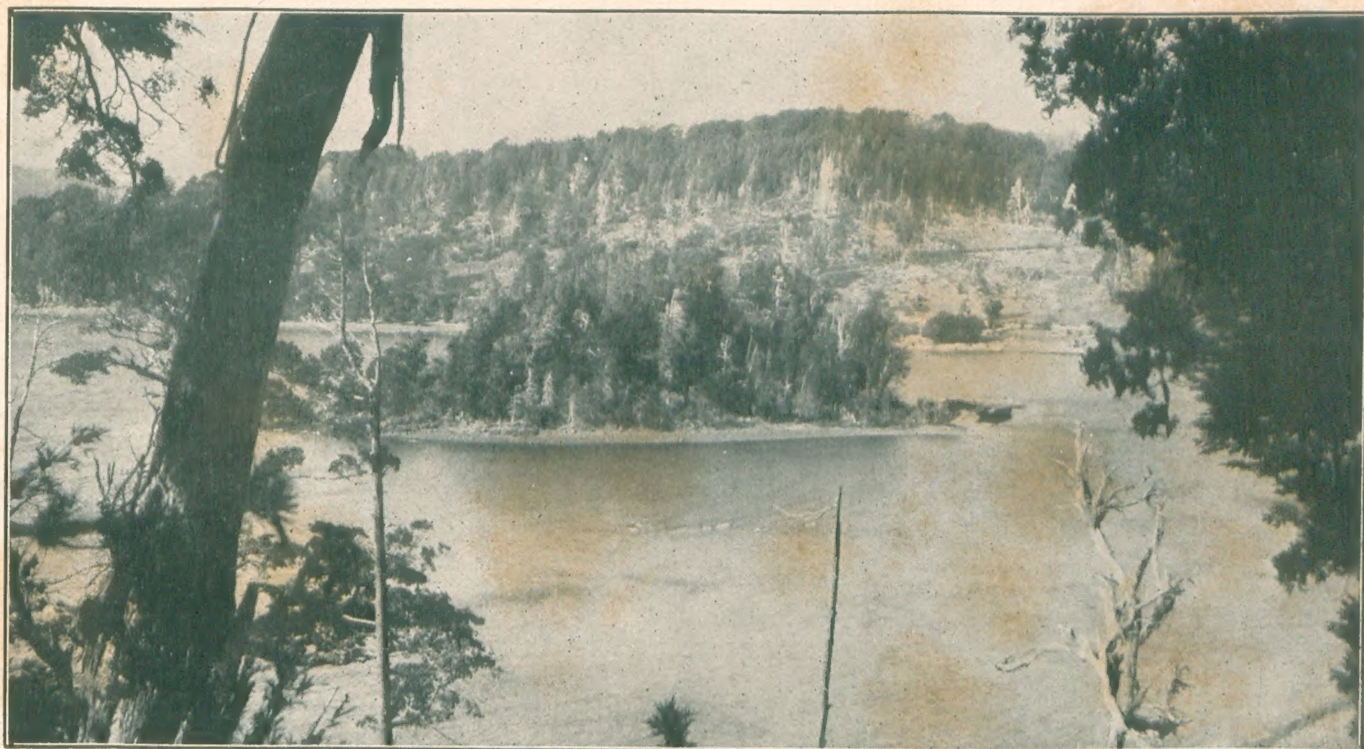
La fotografía artística



Altos coihues, en una loma del camino del Camping a Llao-Llao, sobre el lago Nahuel-Huapí.



Un rincón del puerto Llao Llao, en el lago Nahuel-Huapí.



El islote de Puerto Pañuelo, en el lago Nahuel-Huapí.

Fots. J. C. Dantiacq.

Talleres Gráficos Cía. Gral. de Fósforos Buenos Aires
INDUSTRIA ARGENTINA